
3 1761 06677925 7

Juan Agustín García

n los jardines del Convento

NARRACIONES. NOTAS. ORACIONES



BUENOS AIRES
CASA EDITORA DE CONI HERMANOS
684, CALLE PERÚ, 684

1916

En los jardines

del Convento

DEL MISMO AUTOR

Introducción al Estudio de las ciencias sociales argentinas, 1 vol., 3ª edición, Ángel Estrada y compañía.

La ciudad Indiana, 1 vol. 2ª edición, Ángel Estrada y compañía.

En los jardines del convento, 1 vol., Coni hermanos.

Ensayos y notas, 1 vol., Moen y hermano.

NOVELAS

Memorias de un sacristán, 1 vol. 2ª edición, A. Espiasse.

La Chepa Leona, 1 vol., Moen y hermano.

Juan Agustín García

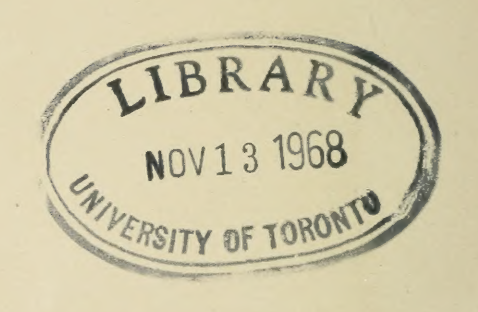
En los jardines del Convento

NARRACIONES. NOTAS. ORACIONES



BUENOS AIRES
CASA EDITORA DE CONI HERMANOS
684, CALLE PERÚ, 684

1916



Índice

A

Francisco J. Beazley

En el jardín del convento

Mañana y tarde se celebraban animadas tertulias en los viejos claustros. A esas horas acudían los jóvenes de buena familia, estudiosos y despejados, a conversar con los reverendos padres. Se discutían las cuestiones de interés, se juzgaban con recato los acontecimientos. Los padres resolvían con su gran autoridad los conflictos sociales.

Tenían poder y prestigio. Muy raras veces se desecharon abiertamente sus consejos. Eran serios, paternales y solemnes, con el aspecto de su valer, el físico del empleo.

Era un placer oirlos, y un honor gozar de su intimidad y confianza ; y además muy en-

tretenido, porque se sabían muchas cosas reservadas, las pequeñas comedias que se desarrollaban en las antesalas del gobernador o del virrey, las intrigas sociales que venían a morir en las sombras del claustro.

En las mañanas claras y doradas de invierno se paseaban por los jardines, filosofando o murmurando. Con los jóvenes se hablaba de Aristóteles, de Santo Tomás, de Duns Scott, los famosos frailes razonadores, que llevaron el razonamiento a sus límites más extremos, allí donde sólo llegan las cabezas muy robustas. Porque la generalidad abandonaba las riendas a mitad de camino, enervada por esas finuras de análisis en pleno vacío.

La teología inspiraba un respeto profundo a esa juventud selecta. Los estudiantes teólogos eran la crema de las clases. Estaban familiarizados con unos volúmenes gruesos, que parecían Biblias, escritos en latín, impresos en letras góticas, con mayúsculas adornadas. Esos adornos eran un primor de ele-

gancia y finura, como las líneas de oro. Debía ser una ciencia aristocrática la que se envolvía en formas tan bellas y elegantes. Eran cosas muy difíciles y misteriosas que requerían una gran preparación. En esos libros se explicaba ese mundo prodigioso que vive tras las nubes, oculto por la cortina azul, alumbrado por las estrellas. Entre los deliciosos arabescos, se explican en una tipografía admirable todos los misterios del cielo y de la tierra, los destinos del hombre, la esencia de Dios; y se define y se mira sin miedo a la misma Muerte.

Así en medio de flores, de magnolias admirables, de árboles que databan de D. Juan de Garay, era agradable discurrir sobre las filosofías, los problemas de moral y lógica.

— A la antigüedad venerable, decía el P. Neyra, se ha de hacer mucho honor; cualquier desprecio de la antigüedad debe mirarse como un sacrilegio contra la república de las letras. Y si tenemos que apartarnos de los

antiguos debe ser con la mayor modestia posible.

Y los jóvenes oían con agrado esa cómoda regla metodológica. Pasaban los novicios con sus aires juveniles, llevando con gracia el hábito gris, con un aire de austera gravedad forzada, porque no decía con sus años. El P. Ramón, con sus manos metidas en las mangas, contemplaba silencioso los juegos de la luz entre las hojas. Otros murmuraban sus rezos, indiferentes a todo ese bullicio. Los legos iban y venían, afanados en sus humildes tareas. A ratos se notaba el olor del incienso, o se oía el eco de cantos, coros a la Virgen, murmullos crecientes del Rosario o de la Salve que rezaban en el templo. La naturaleza armonizaba muy bien con la religión, y entre las luces de los cirios, que se veían por las ventanas abiertas y los rayos del sol, el perfume de las flores y el incienso, las oraciones y los cantos y los trinos de los pájaros y el murmullo de la brisa entre las ramas, habían

afinidades electivas, y el conjunto dejaba una impresión serena y suave de paz.

— ¿Las ideas claras son verdaderas? padre — preguntaba un joven de ojos negros y maliciosos.

— ¿Y qué son ideas claras? — preguntaba otro.

Y se oían distingos, niego, afirmo, premisas, consecuencias, mayor, menor; hasta que la voz segura del maestro acallaba todas las preguntas y las dudas, y exponía la verdad indiscutible sobre el punto, dejando confusos y corridos a los heresiarcas, que asoman en todas partes. Y se reían, con tranquilidad envidiable, de todos los adversarios: Erasmo era un loco, Lutero la propia encarnación del diablo. Tenían una lógica simple, y argumentos irrefutables para todas sus tesis. Así, por ejemplo, fuera de toda duda podrá decirse que alguna obra pertenece a tal autor si lleva escrito su nombre en su frente o al final por alguna mano digna de estimación. Y con este

buen sentido admirable se resolvían problemas sobre autenticidad de documentos y de libros, que vistos de otro modo reclaman años de trabajo, para llegar a resultados dudosos.

Por otra parte, el hermano Ramón, lego de la biblioteca, que ordenaba los libros y copiaba los catálogos, tenía el convencimiento íntimo de que las cosas seguirían su curso, despreocupadas de las soluciones que dieran los padres a los diversos problemas. Y esta lógica vana le permitió vivir setenta años entre los libros, curando la polilla y limpiándolos, página por página, con verdadero amor.

A veces tomaba un gran *in folio* presuntuoso, pedante, pero con esas tapas adorables, esas líneas de oro que ascendían en espirales. Y reflexionaba que durante muchos años varias generaciones de padres y de jóvenes alumnos habían penado para comprender. Todavía se observan las huellas de los dedos, las páginas usadas, las señales visibles del estudio y la meditación. Un libro viejo,

decía el hermano Ramón, es un objeto venerable. Cada una de sus páginas está cargada de recuerdos. ¡ Si hablaran ! ¡ si pudieran contar lo que presenciaron en las veladas de invierno, cuando una frente arrugada se inclina para comprender los misterios trascendentales de la vida ! Y es evidente que esas claridades están ocultas entre las letras, pero no se muestran ; jamás se vió salir a un padre de la biblioteca con aire satisfecho. En cambio, el hermano Ramón, que conocía los libros por las tapas, por las mayúsculas coloreadas y por los arabescos dorados, que se deleitaba inquiriendo con los dedos la suavidad del dibujo en el cuero de Córdoba, no tenía dudas ni preocupaciones intelectuales. Sus ideas eran claras y precisas sobre todas las cosas. Sabía la existencia de Dios, la inmortalidad del alma ; y sabía que Dios tenía sus preferencias por los legos bibliotecarios, que no inquirían, ni eran curiosos, que defendían los libros contra la polilla y dejaban librada a la

previsión divina el arreglo de todas la dificultades de la vida.

No obstante la suavidad y modestia de su filosofía, el excelente hermano Ramón era mirado con desprecio por los padres lectores, que se apiadaban de su ignorancia del silogismo y de su incapacidad para hacer un distingo oportuno.

Y en los paseos por el jardín, el buen hermano no oía las disquisiciones filosóficas, y se entretenía con los juegos de la luz entre las flores, con el canto de los pájaros, con el murmullo de la brisa entre los árboles.

Cuando las campanas daban las doce, con ecos de una gravedad mística, todos se retiraban y el jardín quedaba solitario. En el claustro, la hora es símbolo lleno de expresión; el tiempo es visible, es la tela en que se desarrolla la vida, y cada toque de campana es como la señal de un paso adelante, en esa marcha solemne hacia la muerte, que siguen todos los hombres.

En la intimidad de Felipe IV [1]

(LA CALDERONA)

Para el historiador psicólogo, Felipe IV es uno de los tipos de estudio más interesantes. Hay en ese héroe de Velázquez una rara mezcla de sensualidad y misticismo, muy españolas. Rey libertino, alegre, artista, amigo de las fiestas decorativas y lujosas ; del teatro y de las bellas actrices que tuvieran gracia. Su majestad concurre al aposento (cuarto especial de la primera galería), donde observa con comodidad y puede analizar en detalle, los méritos de las jóvenes que hace buscar el

(1) MARTÍN HUME, *Historia de la corte de Felipe IV*. Correspondencia de Felipe IV.

conde duque de Olivares en todos los teatros de España.

De su palco ve la escena, el público animado y bullicioso, y el vestuario donde encuentran distracciones. Ahí están las actrices que cambian de traje para la representación. Alguna; observa un contemporáneo citado por Martín Hume, en su genial historia de la corte de Felipe IV; muda sus zapatos apresuradamente, porque atravesó las calles a pie; esas calles de Madrid donde resuena de tiempo en tiempo el grito que alarma al transeunte: ¡agua va! Y estas mudas, dice con ingenuidad el cronista, no pueden hacerse en público sin que sufra el decoro. Así, por más que se contraríe la infeliz actriz no osa protestar, temerosa de comprometer su éxito y de perder aplausos. Debe continuar sus arreglos en el mismo lugar y resignarse a las visitas inoportunas y a sus curiosidades indiscretas.

Así conocería don Felipe a la Calderona,

en el desorden del vestuario, saliendo con habilidad y elegancia de esas afligentes situaciones. La severa historia hace bien en conservar estos episodios, aun a costa de la gravedad de la austera Clio. Son los momentos risueños de esas vidas tan castigadas, y esparcen un cierto encanto, un matiz de suavidad en medio de las rudas y brutales tragedias políticas. ¿ Si se suprimiera a Cleopatra y la Lavallieri no perderían algo de su perfección humana las biografías de Antonio y de Luis XIV ?

La parte pomposa y trascendental de la historia es la menos verdadera. Los prohombres representan un papel desde que salen al escenario. Sus discursos son convencionales y mentidos ; sus gestos de artificio rematan la silueta penosamente elaborada, con que esperan engañar a la posteridad.

La crónica cuenta que ella tenía diez y seis años cuando se presentó en el teatro de Madrid. No era bonita, pero tenía fascinación

y gracia, la voz dulce, persuasiva, una voz que venía saturada de todas las ternuras ociosas que vagaban en su alma.

La pintoresca pareja era sensual y mística. Don Felipe debía terminar su vida dominado por sor María Agreda; atormentada por las angustias, las dudas, las miserias y unos arrepentimientos muy complicados: « Suplique a Dios y a su Santa Madre, le escribía, que nos socorra y ayude, pero poco cuento con mis méritos porque he pecado y peco, y bien merezco todas las aflicciones y castigos que sufro. Así os ruego que pidais a Dios a gritos que inspire mis actos y dirija mis ejércitos. »

Estas cartas se repetían después de los muy frecuentes pecados reales. Su naturaleza era más fuerte y poderosa que su religión. En muchos casos era natural que sor María rezara a gritos para que las iras divinas se aplacaran. Pero no se aplacaban; las angustias y zozobras de su alma pecadora eran más intensas a medida que envejecía. Su conciencia

afinada hacía análisis íntimos, de una sutilidad admirable: una sola mancha, un mal pensamiento bastan para condenarnos a una eternidad de tormentos!

La crónica no ha conservado detalles sobre la Calderona. El destino de las favoritas reales era trágico; por los respetos debidos al monarca y para evitar que fuera profanado el objeto consagrado por sus amores, debían entrar en religión. Se cuenta, dice Hume, que una dama demasiado cortejada por el rey se encerró bajo llave en su habitación, y le decía: no, no señor, no quiero ser religiosa. En esa mentalidad de la vieja España, la religión, el amor y la muerte van siempre entremezcladas. Los amores tienen siempre un matiz funerario.

Sabemos que la Calderona aceptó con propósito deliberado ese sacrificio de su vida. Después de dar a luz a don Juan de Austria, rechazó enérgicamente los galanteos del enamorado don Felipe. Le bastaba haber dado

un hijo al más gran monarca de la tierra, y debía consagrar el resto de su vida a la santidad del claustro. Murió de madre abadesa de un convento de Carmelitas Descalzas.

Velázquez, que retrató a toda la corte de Felipe, se olvidó de ese modelo; y fué un olvido lamentable. La posteridad, curiosa de las cosas bellas, habría preferido su imagen a la del conde duque de Olivares. Tendríamos un documento inestimable para conocer lo que fueron la gracia y la fascinación en el siglo XVII.

La muerte de Rita

(CAPÍTULO FINAL DE LAS « MEMORIAS DE UN SACRISTÁN »)

Muchas veces su confesor le había aconsejado que entrara en la orden tercera de San Francisco, para calmar sus angustias religiosas. La cuerda, el cilicio, y sobre todo el hábito gris, son preciosos talismanes; serenan las almas inquietas y favorecen las expansiones místicas. A pesar de los refranes, el hábito hace al monje, y la seda o la lana, el descote o la garganta descubierta, imprimen tendencias frívolas o graves. Así, San Jerónimo meditó muchos días el género con que se cubrirían sus frailes ; una ropa blanca de ningún color, ni tintura, sólo la que dió na-

turaleza, dice un sabio y entretenido cronista. Porque lo blanco, agrega, participa de más luz, deja en el corazón algo como un reflejo de lo divino ; el pardo remeda el color de la tierra, es más humilde, por eso lo adoptó San Francisco.

Habría deseado profesar en algún convento de hábito blanco y someterse para siempre a la dura disciplina, morir para el mundo !... Pero esos trágicos pensamientos dibujaban una sonrisa interior muy dulce : morir para el mundo, murmuraba una voz íntima, melancólica, llorosa. Y un montón de recuerdos pesaban sobre su alma conmoviéndola. Sentía las opresiones de mil ternuras ociosas, nunca bien satisfechas, esparcidas al azar en el correr de la vida, entre gentes que no las conocieron.

Así, sus pláticas con su confesor, el R. P. Ambrosio, de los mendicantes, eran sabrosas. A veces se desarrollaba toda una filosofía entre sus preguntas ingenuas y las respuestas

dogmáticas del fraile. Se puede pasar la vida enamorando o enamorada y tener una filosofía de las cosas tan profunda como las de Aristóteles, Scot o Santo Tomás. Y en su azarosa existencia, que casi termina en un auto de fe, había visto y oído más esencias y conceptos que los que caben en un sistema metafísico.

A veces debía luchar con todos los demonios. A su cuarto, en casa de la familia Piria, cerca del hueco de ña Gracia, llegaban a medianoche algo así como ecos apagados, de conciertos muy misteriosos. Hasta el rengo, un pobre perrito de aguas, de largas lanas negras, aullaba en notas prolongadas, llenas de una angustia sobrenatural. Entre las hojas verdes de los paraísos y las manchas blancas de los naranjos en flor, andaban luces movedizas, como las luciérnagas, pero no eran luciérnagas, porque miraban. Eran ojos verdaderos, iluminados por un fuego ardiente.

Era el momento de la disciplina, de invocar a Nuestra Señora, a Santa Clara. Su cuerpo muy bonito, con curvas delicadas y de un dibujo muy tierno, temblaba de terror de pies a cabeza. Todo ese espacio osbcuro, hasta la bóveda azul y estrellada, estaba poblado de seres muy maliciosos, algunos tan traviesos que se escurrían por las hendeduras de la pared y le hacían unas cosquillas, como para reír en pleno misterio.

Probablemente todos los diablos indios, negros, mulatos y mestizos se daban cita en los alrededores. El P. Ambrosio pensaba, que Satanás había engendrado en América una prole demoniaca de degenerados, diablos vulgares, que sólo heredaron de su orgulloso y gigantesco antepasado el espíritu travieso, las pequeñas picardías, suficientes para preocupar a los seres inferiores, entre los que actuaban. Tal vez no tendría mayor interés en arrastrar esas almas a sus profundos infiernos, y las abandonaba a satélites de me-

nor importancia. Por otra parte, no sería extraño que dioses y diablos fueran creaciones de los hombres, dibujados por cada uno a la medida de sus propias facultades. Así se explicarían los variados matices, que presentan esas cosas tan misteriosas, en las distintas razas, y en las distintas épocas. Estos conceptos, algo arriesgados, se le ocurrían al P. Ambrosio observando las almas a través del confesonario. Reflexionaba que cada beata tiene su Dios, sus santos y sus diablos, y que el mismo San Francisco, con ser tan fácil y simple, varía en forma fundamental al pasar de una a otra alma ; que las plegarias cambian según el espíritu que las anima, aunque todas vienen cargadas de emoción y de historia, rebosantes de dolor humano. Así, modestamente, creamos todo lo que existe, y el universo físico y moral sería un producto de nuestra fantasía, efímero y fugitivo...

De todas maneras, eran esas noches muy

desagradables para Rita. A veces no bastaba una serie disciplinaria para aplacar sus miedos. Rezaba *Aves* y *Paters* hasta que fatigada, dormía un sueño agitado, y en zozobra. Otras veces invocaba mentalmente el auxilio de las madres de Santa Clara, que a esas horas también libraban sus formidables combates con el Demonio. Para ellas la lucha era más fácil, en coro, con todos los recursos de la comunidad, en su templo, protegidas por las santas imágenes y lo sagrado del recinto.

Así agotaba todos los recursos místicos para remediar ese estado de angustias. El recuerdo del pasado perdido era más poderoso que todas las disciplinas; la obsesión amorosa se interponía entre los objetos divinos obscureciéndolos. Pensó entonces en el gran remedio de todas las desesperaciones, el encierro en las profundidades del claustro, muy lejos del mundo, en el rincón de la celda, separada de la calle por un grue-

so muro, que intercepta todos los rumores de la vida.

Todavía era bonita y graciosa, con sus labios sensuales, refrescados con la esencia de las hojas de hinojo, que mascaba siempre, por entretenimiento; y sus ojos llenos de vivacidades. La madre abadesa pensaría, con prudencia, que no era su vocación de las más puras y espontáneas. Pero la ofrecía en cambio la ayuda moral de las madres. A la hora de maitines, cuando en la soledad obscura y silenciosa de la iglesia entran en esas inefables comuniones con el mundo sobrenatural, la recordarán en sus rezos, aplicándole sus meditaciones. Y los ecos de los murmullos de sus plegarias llegarían hasta el hueco de ña Gracia, como suave y confortable consuelo.

Además las madres eran aristocráticas; gustaban adorar al Señor en buena compa-

ñía, en un ambiente discreto de distinción y abolengo. Y entonces ella se ofreció con toda humildad como lega, dispuesta a desempeñar todos los oficios, arreglar los altares, acariciar las imágenes santas, bordar los vestidos de Nuestra Señora, poner cierta coquetería en los mantos y en las cintas, y desparramar flores con buen gusto a los pies de las imágenes queridas...

Así, insinuándose, desplegando todas sus ternuras y caricias felinas, entró en el convento y vistió hábito blanco de pura lana; el que más participa de la luz y deja en el corazón algo como un reflejo de lo divino. Y recomenzó la batalla de sus recuerdos, que surgían con inusitado vigor en la soledad del claustro...

Muchos años después las madres viejas hablaban de esa extraordinaria lega y sonreían. Era muy posible que Dios, en su infinita ironía, la hubiera sacado del purgatorio para alegrar el cielo. Al menos sobre su

tumba señalada con una cruz de madera, crecían siempre los hinojos, los claveles y algún lirio plantado por una beata romántica, y se veían de noche revolotear las mismas luces, que parecían luciérnagas, pero que eran ojos encendidos, ardientes, que alarmaban a las madres.

La verdadera crónica de Lucía Miranda

Sobre esta famosa historia de Lucía Miranda, existe un documento muy curioso del siglo XVI, escrito y copiado por el R. P. Ramón Neyra, religioso franciscano de estilo suave y pensar discreto.

La cubierta del manuscrito es de pergamino, con guarda de oro. En los ángulos asoman unas caras diabólicas, pero risueñas, que no infunden miedo. En el centro reposa, a la sombra de un árbol muy triste, una silueta de mujer, dibujada con amor y de líneas muy tiernas. Una nube fantástica de flechas y de

llamas tiene la intención de abrasar el escenario, pero no se mueve. El título en letras negras y suaves tonos de oro anuncia con modestia: « La crónica de doña Lucía, escrita y copiada por R. Neyra, de la orden de N. S. P. San Francisco. » Toda la página adornada con arabescos rojos, negros y dorados, de una prolijidad pasmosa, es agradable al tacto y a la vista.

Estos primores y cuidados revelan que fray Ramón se deleitaba en su obra. La copiaría con amor, demorando días en encuadrar sus párrafos entre dibujos muy finos, poner gracia y fantasía en las mayúsculas que iluminan la página. No me atrevo a afirmar, por escrúpulo de conciencia, que descubrí con el lente huellas de una lágrima furtiva, que humedeció el pergamino hace tres siglos.

Era el P. Neyra uno de esos hermanos ingenuos y mansos, bibliotecario del convento, sensible y bastante artista, como para seguir en líneas doradas los caprichos y sue-

ños de las horas que pasan. Se ignora la fecha de su arribo a Buenos Aires, pero consta que murió en 160... y fué enterrado en el convento, en tumba anónima. La comunidad franciscana no conserva recuerdo del delicado hermano. A pesar de sus virtudes y méritos era muy modesto, y no quiso ser santo milagroso como el P. Bolaños, porque tenía el respeto profundo del orden establecido en este universo.

Así, dejó a los muertos tranquilos en la paz de Dios, sin molestarlos con resurrecciones inoportunas; y aconsejó a los enfermos que se resignaran a las duras necesidades de este orden lleno de misterios. Esa audacia de los padres misioneros, dominadores de las fieras y de los elementos, que paseaban los bosques escoltados por tigres, leones y víboras, le parecía de mal gusto. En resumen, su filosofía era optimista; bendecía respetuoso a Dios en todas sus obras, pasmado ante esa serena voluntad superior que

domina al mundo, y se manifiesta en formas de inagotable variedad y belleza.

Es evidente que el hermano Ramón no tuvo dón de gentes. Sin mayor esfuerzo habría podido hacer milagros y pasear escoltado por tigres, leones y víboras, ganando el mayor aprecio del pueblo y de los demás frailes. Tendría ahora su culto, sus fieles devotos, y un sepulcro de mármol con su retrato, y la leyenda de estilo. Tal vez un gran convencimiento de la efímera fragilidad de las opiniones de los hombres, lo llevó a despreciar esta clase de recursos. O tomaría muy al pie de la letra la filosofía de Heráclito, sobre el correr de las cosas de este mundo ; sin pensar que la metafísica no sirve para la acción, a pesar de sus méritos para distraer el espíritu y animar los detalles del universo, prestándoles significados muy interesantes. Lo alejaba del milagro. Los otros religiosos menos reflexivos, pero más listos, sonreían al pasar por su celda, en busca de

los tigres, leones, víboras, de los muertos deseosos de resucitar. Así llegaban con gloria a los grados y gerarquías superiores, mientras el buen hermano Ramón copiaba con amor sus manuscritos, iluminando bien sus mayúsculas.

Quien le habló por primera vez de Lucía fué el R. P. Ambrosio, un octogenario amable y sereno, con la tranquilidad de las pasiones satisfechas; había colmado la medida de los pecados sensuales en una vida accidentada de militar aventurero, que terminaba en la paz del claustro. Sus recuerdos de Lucía eran muy alegres, y también los pocos contemporáneos sobrevivientes conservaban una impresión muy placentera. Durante algún tiempo, en los duros trajines de las primeras fundaciones en las márgenes del Paraná, fué algo así como la gloria de los conquistadores. Se la veía sentada sobre las

bombardas y las culebrinas, con su manto de seda amarilla que convenía con su pelo veneciano, vivaracha, movediza, llena de agilidades físicas y morales. Los soldados hacían coro alrededor de su personita. Y el P. Ambrosio describía su gracia, su prestigio, algo que mareaba como el vino y los ponía en un estado de puras delicias; como influjo de demonio, pero de demonio bueno, amable, dulce.

Después de estas confidencias el hermano Ramón volvía a su celda sobresaltado y pensativo. Al cerrar los ojos veía con todo relieve un manto amarillo que flotaba alegre en el aire diáfano, y la cabecita dorada, picaresca, surgía de entre los pliegues de la seda. La rápida y fugaz visión lo dejaba apesadumbrado. Sentía nostalgias de emociones ignoradas, movimientos de una vida misteriosa que despertaba recién en lo más íntimo de su sér. Y reflexionaba sobre el P. Ambrosio y sus descripciones de Lucía.

— Cuando ella reía, reía todo el regimiento — contaba el P. Ambrosio — inclusive los famosos tercios de lanzas castellanas ; y era inútil pretender contenerse : era una explosión de alegría, una vida que rebalsaba.

Así, la historia habría creado una Lucía de leyenda — pensaba el hermano Ramón — mientras doraba una mayúscula. Cuando los caciques Mangoré y Siripo venían a parlamentar con los españoles, Lucía envuelta en su manto, risueña, gozaba con los trastornos demoníacos que producía en esas almas ingenuas. Alguna vez dejó caer una fruta bien mordida que los caciques arrebataban sin disimulo, como perros hambrientos.

Mangoré y Siripo ignoraban la malicia femenina, sus experiencias eran muy inocentes, y su concepto del amor simple y fácil. Jamás se les ocurrió a las innumerables chinas de sus recuerdos sonreír delante de un cacique, o de un indio de la tribu. En ese primer grado del amor, reflexionaba el her-

mano Ramón, la mujer está muy cerca de Eva, y el hombre de Adán; el recuerdo de la tragedia del Paraíso influye en el fondo oculto de sus almas. Ella es tímida y sumisa, la gacela fugitiva, indefensa, que clavó los ojos en el suelo, entregada de antemano a todos los rigores masculinos.

Y los buenos indios volvían a sus toldos impresionados por aquel cuadro de amor alegre, risueño, adornado con seda amarilla, con olor a flores ; un amor combatiente, orgulloso, lleno de cosas muy misteriosas y muy nuevas. De noche, sentados a las puertas de sus chozas, miraban el cielo azul, y en el oro de las estrellas veían el pelo de la española, y al cerrar los ojos la imagen risueña, aparecía con toda su gracia, y el relieve de las alucinaciones. Las chinas rondaban abandonadas, tristes, angustiadas ; apenas se atrevían a acercarse como para provocar los ladridos de los perros. Mangoré y Siripo permanecían indiferentes, saboreando todo el

intenso encanto de esa primera hora de amor cristiano que pasaba.

Muchas veces con fútiles pretextos se quedaban todo el día en la fortaleza. Lucía era una hábil cocinera y preparaba unos pucheros famosos. Así, entre el humo suculento de la olla y los entretenimientos de Lucía, pasaban alegremente las horas, sin sentirlas. Mangoré y Siripo eran silenciosos, de tiempo en tiempo demostraban su satisfacción con algún gesto, una palabra gutural, salvaje, y volvían a esa calma ancestral plácida. El capitán Hurtado, con su aire severo de conquistador, parecía apreciar las delicadezas de un caldo perfumado con choclos; pero no estaba en la escena, aunque su papel de marido fuera muy principal. Lucía analizaba discretamente los músculos hercúleos de Mangoré, y hacía comparaciones muy favorables a Siripo. Este ejercicio mental le gustaba, distrayéndola mientras mordía un choclo muy tierno. Los indios adorarían al

nuevo Dios de los cristianos en una de sus obras primorosas.

A medida que el hermano Ramón adelantaba en su encuesta histórica, escribía con peor letra, y lo que es un síntoma grave, descuidaba las mayúsculas. Así, su estado de ánimo se revela en la flojedad de la caligrafía. Al llegar al capítulo del rapto había perdido todas sus ilusiones : la letra es confusa y débil, las mayúsculas pobres, el estilo se aplasta. Sin embargo es el momento agudo de la tragedia, las pasiones se desencadenan, el juego risueño de Lucía provoca el incendio, la desolación y la muerte. Mangoré, el capitán Hurtado, todos los conquistadores mueren. El buen hermano apenas escribe diez líneas sobre el sangriento desenlace. Siripo y Lucía desaparecieron en la selva y no se supo nada más de ellos.

Así concluye su manuscrito, diciendo con simplicidad y sana resignación : «fué más

fuerte que la Muerte »; y esta última mayúscula, muy bien dibujada, deja entrever una calavera que ríe y se asoma entre los palos de la letra. Sería esa la última y desesperada fantasía del distinguido copista, discreto iluminador de manuscritos.

Sentimientos coloniales

¿En qué cosas pensarían los argentinos del siglo XVIII? ¿qué clase de mentalidad tendrían? ¿y qué preocupaciones e ideas y sentimientos?

¿Comprendieron las bellezas de la naturaleza? ¿tenía algún significado su cielo claro y luminoso como de cristal, su ambiente traslúcido, la verdura eterna de la Pampa, que entonces se extendía hasta el océano, sin solución de continuidad, confundiéndose en sus límites con el azul del mar?

Para la gente del común, diremos en estilo de la época, el bello cielo era un entretenimiento. Don Pedro Cabrito, un comer-

ciante acaudalado, pasaba sus noches de verano muy entretenido con la luna clara. Así, lo dice ante el alcalde, en una declaración jurada. Y es probable que para todos tuviera el mismo significado ; algo curioso y divertido ese mudar de formas de las nubes, y el retozar de los copos blancos que juegan a las escondidas entre los astros.

Pero andaba también Dios, majestuoso y formidable, oculto con su corte tras la cortina celeste. Desde ahí mandaba los rayos espantosos, los relámpagos, los truenos que aterrorizaban a los hombres, a los animales, la peste, la miseria y la muerte. Tan la mandaba Dios, que siempre visitaba a los moribundos, dentro de la hostia, llevado por el sacerdote, y seguido de una teoría de velas, vagos murmullos, quejidos y aves.

Muchas veces pasaban los santos envueltos en las nubes ; y se les reconocía en medio de la forma vaga y movediza, porque recordaban las imágenes que estaban en las iglesias.

El diablo no venía del cielo, ni galopaba en escobas por los aires. Anda por la tierra, entre los árboles, en las tumbas. Se escapa de los hogares encendidos, envuelto entre el humo y las chispas, grita dentro de los leños que arden, con movimientos desesperados, torciéndose entre las brasas.

A veces era alegre, bromista ; jugaba con bromas feas con las señoras y las niñas ; perseguía a los novios, infundiéndoles desconfianzas, incitándolos a travesuras impropias.

Ese diablo pícaro vivía en los jardines. Se escapaba de las rosas, de los azahares y claveles. Duerme en los ramos de violetas y jazmines, arrullado con los movimientos de los senos. Penetra en las habitaciones envuelto en el rayo de luna que baña las cabelleras negras, e inspira sueños muy dulces, mientras el aire fresco de las quintas refresca las caras, sonrosándolas.

Con razón las madres catalinas previenen

del peligro. Las flores son para el altar ; están bien a los pies de la virgen entre cirios, en las tumbas ; pero fuera de la iglesia atraen a los demonios. Debe saberse que el « espíritu del mal » tiene un papel muy serio en la vida de los sentimientos, y a cada momento interviene en las acciones y en los destinos de los hombres : vive en el ambiente.

Y las niñas se persignan al bostezar, porque puede meterse en las almas, dentro de un suspiro. Complica los amores, sugiere las malas ideas, separa con sus intrigas las parejas felices. Las madres cuentan historias inacatables. Su vida es una perpetua lucha con diablos de todas clases que acuden al convento. A veces un murciélago se posa en los vitrales de la nave y proyecta su sombra. Es la luciérnaga que las distrae en sus oraciones durante las noches de verano. Son los naranjales que se cubren de azahares, las camelias y las magnolias que abren sus senos

llenos de sensualidad, e impregnan la atmósfera con una robusta brisa de vida mundana. Es la luna que las mira y las baña con su luz muy tierna, sugerente de cosas horribles...

Así toda la naturaleza es un símbolo de cosas trascendentales, y tras las formas fugaces que desfilan a nuestra vista, están ocultos seres extraordinarios, voluntades y designios misteriosos, incomprensibles, que gobiernan nuestros destinos, y no envían la felicidad o la miseria, la vida o la muerte.

El buen o mal tiempo, la enfermedad o la salud, el dolor y el placer, no resultan de relaciones necesarias de las cosas, sino de las voluntades arbitrarias de esos seres que gobiernan, ocultos tras la cortina azul ; que viajan en las nubes, se distraen con los astros, y son dueños de todas esas maravillas.

Y los hombres contemplaban todas las cosas de este universo como simples manifestaciones de la voluntad divina. En esta mentalidad los menores detalles, y los accidentes

más efímeros adquieren proporciones considerables, y el mundo se magnifica. Porque todo es símbolo de otros seres, de otras entidades, de misterios para siempre indescifrables, que encubren la vida humana con una neblina espesa y obscura.

La naturaleza nos permite, de vez en cuando, atravesar esa franja de misterio que rodea la vida por todos lados. A veces algunos seres privilegiados ven a Dios, y la mayoría de los creyentes cuando se arrodilla en el templo, si no lo ve, lo siente. Está en el perfume de incienso que asciende en espirales de humo, en los acordes del órgano, y en las voces inocentes y cristalinas que cantan las oraciones.

En la media luz de la noche, que calma los nervios, en el ambiente de flores e incienso, en el dulce reposo de las meditaciones divisas, las almas se ponen en contacto con los seres sobrenaturales. Así lo repetían las madres. Los murciélagos huyen de los vitrales;

la luna se vuelve inocente y es símbolo de pureza, y refleja imágenes veneradas, y sólo sugiere pensamientos celestiales. Al caer la tarde y en la luz indecisa del crespúculo, las imágenes de los santos se animan, sus fisonomías ascéticas se matizan, y la misma virgen de los dolores sonríe ante esa humanidad de juventud, belleza y gracia, que le dice con un acento que ensancha el corazón : ¡ Dios te salve, señora, salve ! Las madres veían todas estas cosas tan confortables.

Porque un mundo asi es de amor, de piedad y perdón. Es una familia sometida a una autoridad terrible, pero que perdona y a menudo sonríe, y abraza entre sollozos a su súbdito arrepentido. Nuestro concepto moderno es más duro. Si las leyes de la naturaleza existen, las consecuencias de nuestros hechos deben producirse con precisión matemática y terrible. Felizmente tenemos el derecho de dudar y refu-

giarnos en esa dulce filosofía optimista, de las madres catalinas del siglo XVIII, y con algunas flores, músicas y cantos virginales, y una sana disposición de las almas, todo el universo, como si fuera de cera, se deja modelar por nuestra voluntad, y lo recreamos a nuestra imagen y semejanza.

La familia colonial

EL MISTICISMO

Del punto de vista histórico, el estudio del fenómeno religioso es de los más interesantes y sugerentes, porque revela los hilos más finos y ocultos del alma humana. Así para precisar un poco la psicología de nuestros antepasados, buscaba con afán en los archivos, alguna huella que hubiera dejado al pasar el misticismo. Desgraciadamente, es más fácil tropezar con el Demonio que encontrar a Dios, aun en la vida del historiador y en el ambiente apergaminado que lo envuelve. Con razón los santos padres nos previenen tanto; y en épocas muy remotas

reservaban el cuidado de las bibliotecas para los hermanos ingenuos y mansos, sensibles y algo artistas, como para iluminar con amor una página de pergamino de blancura virginal, y dibujar en oro todas las fantasías de las horas que pasan.

Para la historia del Diablo los documentos abundan y son entretenidos. Todos los misioneros se consagran a celebrar sus hechos, y se conocen en detalle las transformaciones que sufre en el medio americano, su vida y aventuras. No es improbable que algún erudito se deje tentar por el interesante tema, que implica cuestiones muy serias y graves de psicología y moral positivas. De un punto de vista concreto y estético la historia sería pintoresca y variada. Los diablos africanos e indios actúan con brillo en la sociedad americano-europea. Unos escupen fuego, asustan a los niños, esparcen el terror y la angustia en las familias. Otros como Mandiga pertenecen al género chico, más

bien alegran la vida, porque son ocurrentes y se entretienen en tejer las intrigas de amor ; algunos son trágicos y matan...

Todas estas figuras extraordinarias son cosas sumamente serias y dignas de la más grave atención ; símbolos de los sentimientos de los hombres, de sus preocupaciones, de sus angustias, de sus amores y de sus oídos. Así la comedia diabólica tiene toda la profundidad y el relieve del repertorio de Colombina y Arlequín, y nos permite llegar a parajes muy profundos y obscuros del alma humana ; presentados en una forma simple, infantil, algo burda y sin habilidades de dramaturgo, pero muy interesante.

Desgraciadamente, las relaciones con Dios no han dejado una documentación tan copiosa. Casi podría decirse que en el cielo colonial Dios se obscurece en el brillo de sus santos. Nuestras señoras del Rosario, de la Merced, del Carmen, San Antonio, San Benito, San Francisco, San Cosme, San Da-

mián... son las estrellas de primera magnitud. Aquellos hombres « creían a puño cerrado en las verdades de nuestra Santa Religión », pero pensaron poco en su propia fe religiosa. Eran rutineros, habituados a seguir la vieja senda, con su zahumerio de incienso, y las dos famosas espadas bien dispuestas para encarrilar a los caracteres originales.

En unos apuntes prolijos de un cura párraco se observa el funcionamiento oculto de estos resortes eclesiásticos. El padre llevaba cuenta a sus feligreses de cómo cumplían con los preceptos de la Iglesia :

Concepción, la niña mayor de los X... vino ayer sin el rosario, se la vió en la iglésia contando los aves con los dedos ! que forme escrúpulo, pidiendo perdón de ese descuido a la reina del cielo. ¡ A pesar de sus manos tan tiernas y moldeadas y de que sus plegarias iban cargadas de amores y ternuras ociosas ! La familia... llega tarde a las oraciones,

faltó a la novena del Rosario, la madre se aleja del confesonario : ¡ es grave que las madres se alejen del confesonario ! Es tan angustioso referir, aun al mismo Dios, todas las miserias de la vida. Otras veces las faltas son más graves, rozan la herejía, el judaísmo... y la letra del párroco se ennegrece, nítida y bien asentada sobre el papel.

Es curioso el desarrollo del misticismo femenino, desde los primeros años de la fundación de la ciudad. Muy a menudo se quejan los vecinos de la falta de conventos de monjas, y exponen en detalles todas las razones que justificarían al establecimiento de clarisas o capuchinas. Razones de todo orden : religiosas, económicas, sociales. A veces hablan de la lucida nobleza de las familias, que reclaman una casa de recogimiento donde puedan sus hijas darse a la contemplación « desplegando las velas a la natural virtud con que nacen las más », otras se refieren a intereses prosaicos « porque para

casar su hija con mediana decencia es necesario mucho más caudal que para que entren dos en religión » ; o a necesidades sociales porque hay muchas señoras de esa clase lucida en la pobreza, e infinidad de niñas y huérfanas miserables.

La iniciativa privada se apresuraba a satisfacer estos deseos premiosos. A falta de conventos oficiales se creaban pequeños claustros alrededor de alguna señora virtuosa e inspirada. Así en 1692, doña Juana de Saavedra « que por su virtud, prudencia y gobierno pudiera ser fundadora del más austero convento de carmelitas descalzas » seguía en su casa, acompañada de algunas amigas, la dura regla de Santa Clara. Era una época de salud moral perfecta. Los sentimientos más puros y desinteresados brotaban en profusión y espontáneamente : « las mujeres, dice un documento de 1699, han sido dotadas por Dios de un natural tan piadoso y caritativo con los pobres enfermos que a

ninguno niegan el hospicio en sus casas curándolos y regalándolos con toda caridad y asistencia ».

A principios del siglo XVIII el misticismo entra en un período de crisis aguda, con motivo del tránsito de un grupo de religiosas capuchinas de viaje a Chile. La ciudad sentía el deseo fervoroso de una casa de plegarias y duras penitencias, y reiteran las solicitudes para que se autoricen las clarisas. La razón de esta preferencia no viene, como podría suponerse, de una mayor simpatía por la deliciosa santa y compañera espiritual de San Francisco. Es de un orden más inferior : « porque los hábitos no sólo son menos costosos que otros, sino que con la abundancia que hay de lana en esta tierra, podrían hilarlos y tejerlos las mismas monjas ».

En 1749 se establecen las capuchinas en la iglesia de San Nicolás. Un local inadecuado para convento, « cuatro cuartitos ba-

jos y otros tantos altos», y falta la pieza principal y más necesaria que es el coro bajo. Además quedan expuestas a los insultos de los que temen poco a Dios. En 1745 se instalan las madres catalinas en un convento situado en la actual calle de San Martín.

Era un misticismo aristocrático. Deseaban amar a nuestro Señor en buena compañía, en un ambiente de abolengo y distinción, en número limitado. Las capuchinas se amotinaron porque la madre priora, menos escrupulosa, había admitido una novicia de poca clase. Así, su misticismo se matizaba con los perjuicios mundanos, y obtenían la doble satisfacción de ser preferidas de Dios sin perder sus privilegios terrestres. El místico es egoísta y absorbente. En su idealismo lleno de símbolos se destacan dos figuras con un realce tan extraordinario que apagan el resto del universo: Dios y su devoto; y algo envueltos en la penumbra crepuscular, como una legión de fantasmas que se desva-

necen, el resto de los humanos. En su esencia íntima el temperamento místico y el artista son idénticos. En ambos predomina el idealismo y conciben el mundo como un sistema de símbolos. El uno penetra el alma oculta de las cosas por el amor divino, el otro por el amor humano en su forma más pura, que le revela en el éxtasis de la adoración de la belleza la misteriosa ciencia de la vida.

La gente menuda tenía que contentarse con una satisfacción más modesta de sus angustias religiosas Las cofradías y la democrática orden tercera de San Francisco servían admirablemente estos fines. Con hábito, la cuerda y el cilicio interior, se entregaban a las expansiones místicas en su humilde rancho, privadas del ansiado escenario del claustro que multiplica las emociones, del placer de adorar en coro con las compañeras. Pedestremente, sin altares, ni incienso, ni órgano, luchaban a brazo partido con Mandin-

ga la formidable batalla de los destinos eternos, solas y sin otro apoyo que el de su propia entereza. La sombra del convento las sostenía ; pensarían en las madres que en esas horas desiertas también peleaban la la sublime batalla... con diablos más elegantes, el tradicional Satanás bíblico. Tenían el supremo consuelo de dormir el sueño del Señor en el enterratorio del convento, y de ser recordadas, dentro del grupo anónimo, en las misas por los pobres difuntos, y el día de la fiesta del santo patrono.

LA FAMILIA ARISTOCRÁTICA

Existen en el archivo unos pocos catastros de la época colonial, bastante incompletos, pero muy útiles para el mejor conocimiento de la organización de la familia. Copio al azar uno de esos cuadros, para que el lector tenga la impresión directa de la forma de una familia acaudalada del siglo XVIII.

Don Manuel Barquín, 35 años, casado, blanco.

Doña Ana de Velazco, su mujer, 24 años.

Doña Bárbara, hija de dichos, 4 años.

Doña Manuela, hija de dichos, 2 años.

Don Benedicto Velazco, 21 años, soltero.

Don Pedro A. Cervino, 20 años.

Esclavos : Juana, Manuel, su marido, Juanita, Mario, Diego, Andrea, Antonio, Petrona, Felicia...

En los cuadros de otro catastro del primer cuarto de siglo, figuran en la rúbrica final, además de los esclavos, los indios y los agregados. Todas esas personas formaban parte de la familia, porque viven permanentemente bajo el mismo techo, unidas por los vínculos de la sangre, los legales, políticos y económicos.

Así la célula social no es en esas épocas la familia legislada por las leyes de Partida, que sólo comprende a los parientes dentro del sexto grado ; sino un grupo heterogéneo

de hombres de diversas razas, sólidamente organizado por las fuerzas económicas, y sometido a la autoridad despótica del padre.

En el norte de la república los caracteres patriarcales de esta organización se acentúan, por la especialidad de sus trabajos rurales, las condiciones geográficas, el clima y las cualidades de las razas conquistadas. Bajo las formas del matrimonio católico viven en discreta poligamia, parecida a la bíblica, pero más disimulada. De los cañaverales y viñedos brotan como las frutas los mulatitos, los indiecitos europeizados, que son ricos productos del sol ardiente de la tierra de los trópicos.

Es una familia taller. En su seno se fabrican todos los artículos necesarios para la vida, empezando por el pan, el « pan de mujer », como lo llamaban los antiguos, de una masa más tierna y limpia, amasado con amor, cumpliendo un deber desinteresado,

porque la esclava lo fabrica bajo la vigilancia de la señora, que le da la harina elegida, muy blanca, y observa la temperatura del horno.

No sólo se lava, se plancha, se amasa y cocina ; también se tejen los géneros de lana para abrigarse en invierno : se preparan cueros para las rudas y tradicionales botas de potro, los recados, riendas y lazos ; se carpintea. De vez en cuando se fabrican unos miles de ladrillos en la quinta lejana, porque la familia construye con los planos de un padre jesuíta servicial, y bajo la dirección inmediata de un buen negro de Angola, parlanchín y movedizo.

Así el grupo familiar atiende todas sus necesidades con sus propios medios, es autónomo : apenas depende de la ciudad por ciertos servicios de orden administrativo, y por las necesidades morales, que la ignorancia del jefe no puede satisfacer.

Si se observan esos cuadros catastrales

con un poco de atención, surgen poco a poco los aspectos físicos y morales del grupo. El núcleo dirigente y alma de la familia está formado por los primeros nombres, las personas unidas por los vínculos de la sangre. En esa época son siempre numerosos. Es raro el cuadro que sólo enumera a los padres y los hijos. Siempre viven bajo el mismo techo y disciplina los antepasados y colaterales. De este punto de vista la vida real es más amplia que los textos legales. Los parientes sienten con fuerza sus respectivos vínculos. La sangre y el nombre conservan un gran poder de atracción y la solidaridad se extiende al través de todas las ramas del árbol genealógico.

Esta manera de ser viene impuesta por las circunstancias sociales. Fuera de la familia no hay otros grupos que cobijen a los hombres de esta clase, ni otros caminos, carreras u oficios que den la autonomía de la vida. La economía peculiar del país, su gé-

nero de riqueza que reclama el mantenimiento del latifundio para que prosperen los ganados, favorecen esa organización de una oligarquía cerrada, que monopoliza la tierra, única fuente de la fortuna. En 1775 se ordena por bando del gobernador Salas que « ninguno pueda tener estancias ni tenerse por criador que no posea tres mil varas de terreno por frente y legua y media de fondo ». Y en el mismo bando se resuelve prohibir « que las tierras de suerte completas de estancia puedan dividirse en partes, ni por título de herencia, venta u otro modo de enajenación ; y que cuando por razón de ser muchos los herederos de una sola suerte de estancia, sea preciso repartirla entre ellos, no se divida sino que se adjudique a uno solo, con cargo de que este subsane a los demás en dinero ».

Así en el seno de esas familias tan sólidamente constituídas, se forma el alma de la oligarquía famosa, tema de interesantes dis-

cursos y apasionamientos, que todavía gobierna al país, deteniendo el avance de una democracia nueva, ansiosa de figuración, de gloria y de placeres. Baudín calcula en cuatrocientos el número de nuestras familias dirigentes. Cualquiera que sea su número, la realidad del hecho político se prueba de una manera matemática, recorriendo en los almanaques las listas civiles y militares desde 1810 hasta la fecha. Si aparecen nombres nuevos en los altos puestos, es porque entroncaron con las familias de vieja cepa argentina. No es improbable que el futuro historiador de estos tiempos nuestros, sea amigo de las síntesis, y busque alguna clave de los fenómenos. Tal vez piense : esa historia argentina desde 1890 hasta 1920 se caracteriza por la lucha entre la oligarquía tradicional y la nueva burguesía resultante de la agricultura, la industria, los colegios y las universidades. Esa clase de origen cosmopolita, enriquecida, ilustrada, llegaba

con bríos a la vida, deseosa de inscribir su nombre en la historia; de gobernar y tener influencia social y política; de que sus apellidos se cotizaran a la par de los coloniales.

Si ese historiador imaginario es más filósofo, le gustará ahondar su meditación, meter toda una época dentro de un concepto, un elegante estuche de líneas armoniosas y continuará: el factor económico que rige a veces la trama de la historia habrá modificado la estructura de la sociedad argentina. La familia se simplifica y aligera, pierde su carácter religioso y conserva un resto de disciplina, lo indispensable para que los hombres se formen a medias. Así triunfa un individualismo acentuado: cada uno para sí y Dios para todos. La nueva estructura social dirá para terminar nuestro filósofo, reclama nuevas instituciones o una diversa aplicación de las viejas.

En ese medio, rodeado de esclavos, in-

dios y agregados sumisos, el místico orgullo español encuentra el ambiente más propio y favorable. El mismo poder religioso contribuye a la formación de esa clase cerrada. Las cofradías se dividen en aristocráticas, como la del Santísimo Sacramento, y democráticas como la orden tercera de San Francisco, la de Nuestra Señora del Rosario. Las almas y las situaciones sociales de los creyentes se reflejan en las cualidades de los santos de su predilección, y secretas afinidades electivas los llevan a preferir a Santa Clara, Santo Domingo o San Ignacio. Podría decirse, parodiando al refrán, dime qué santo adoras y te diré quién eres.

Así su misticismo, formado en ese hogar, era aristocrático y muy orgulloso. Las buenas monjitas renunciaban al mundo, sus pompas y vanidades, a condición de adorar a Dios en buena compañía, en un ambiente de abolengo y de distinción, en número limitado. Las dificultades del ingreso, las condi-

ciones complicadas de sangre limpia, de buen linaje, realzaban el prestigio y el decoro del convento y de las religiosas.

Las capuchinas se amotinaron porque una madre priora poco escrupulosa admitió una novicia de clase inferior. La cualidad dominante de esa oligarquía, cerrada y orgullosa, actuaba en todas las manifestaciones de la vida social, y la misma humildad cristiana se matizaba con esos colores demoníacos.

Casi todas las familias «decentes» tenían algún deudo en el convento. No podían mirar con indiferencia la vida religiosa. Los dos mundos, el laico y el místico, intercambian ideas, sentimientos y prejuicios. La política de las monjas en todo el desarrollo de su orden interno era seguido con vivo interés. Y a veces ocurrían conflictos graves. Así las Catalinas introdujeron unas esquelas bajo los guantes que llevaba monseñor en el sombrero, pidiéndole confesores extraordinarios. Alguna, más enérgica y audaz, lo ci-

ta ante el tribunal de Dios, si no socorre su extrema necesidad, convencida en su escrupulosa conciencia de que comulga y confiesa sacrílegamente. Y el asunto se comentaba de sobremesa, con espíritu discreto.

Además cada familia tiene su santo, su altar, un detalle de la iglesia que corre por su cuenta. Las niñas cortan y cosen el traje de Nuestra Señora, bordan el manto y siguen con hilos de oro las líneas del modelo. Así pasan las horas que vienen cargadas de fantasías, de emociones, de sueños y recuerdos. Van a la iglesia cuando los claustros se cierran, porque tienen sus entradas de privilegio para arreglar el altar, poner flores a la santa de su devoción, la patrona tradicional de la familia, que recibió los votos y oyó las plegarias ancestrales, y cuya imagen besaron en las últimas angustias los padres y los abuelos. Y mientras limpian y anudan las cintas con elegancia, asoman las madres y algunas novicias consagradas al aseo del tem-

plo. Y entablan diálogos muy interesantes, disquisiciones de una filosofía muy optimista y segura, basada en una fe cerrada y firme, con sus raíces en la intimidad del alma. Así sumergen sus espíritus en esa atmósfera mística, en la media luz de la nave que calma los nervios, en un ambiente de incienso, en el dulce reposo de las meditaciones divinas. Así se siente a Dios. Está efectivamente en todas partes, al alcance de las sensibilidades afinadas; impregna ese aire que dilata los corazones. Postradas ante las sagradas imágenes, las madres y las niñas, en su íntima comunión con los seres celestiales, notan que por grados, sus propias almas desaparecen, confundidas en una esencia misteriosa, cargada de inefables dulzuras. Si entonces suenan los acordes de un órgano y una voz tierna de contralto canta la canción cristiana, la ilusión es completa, y la música nos eleva a la plena región de lo infinito, donde se pierde el contacto del mundo.

Así esa capa superior de la familia aristocrática está impregnada de religión, viven en un contacto íntimo con el mundo sobrenatural, familiarizada con Dios, los santos y los demonios. El « espíritu del mal » tiene un papel muy serio, y a cada momento interviene en las acciones y en los destinos de los hombres ; vive en el ambiente. Las niñas se persignan al bostezar, porque puede meterse en el alma dentro de un suspiro. Complica los amores, sugiere las malas ideas, separa con sus intrigas las parejas felices. Las madres cuentan historias inacabables. Su vida es una perpetua lucha con diablos de todas clases que acudían al convento. A veces es un murciélago que se posa en los vitrales de la nave y proyecta su sombra. Es la luciérnaga que las distrae en sus oraciones durante las noches de verano. Son los naranjales que se llenan de azahares, las camelias y las magnolias que se abren, e impregnan la atmósfera con una robusta brisa

de vida mundana. Es la luna que las mira y las baña en su luz muy tierna, sugerente de cosas horribles...

No se puede negar que un poco de confianza en las regiones traslunares es cómodo y benéfico en el viaje de la vida. Los hombres se sienten apoyados y dirigidos, y saben que el destino en vez de ser inexorable, y la consecuencia precisa de nuestros actos, es un padre bondadoso que enmienda y repara nuestros errores. En el momento de morir, el hombre debe sentirse absolutamente solo, en medio de un universo hostil e inmenso. Esa emoción y esa angustia se calman, y en ciertos casos se cambian en estados apacibles; y mediante un simple esfuerzo de la voluntad se duerme en la paz del Señor. En ese instante supremo se manifiesta nuestra naturaleza divina, porque creamos la luz, el cielo o el infierno, para toda la eternidad.

La disciplina de la educación se armoni-

zaba con las características del hogar. El colegio era un noviciado, con sus reglas severas. Se parte de un concepto simple y muy claro : el hombre es un ser corrompido por el pecado original, lleno de pasiones, insubordinado ; con un espíritu levantisco y razonador. El maestro debe reprimir todas estas tendencias, inclusive las intelectuales ; sofocar los rasgos peculiares, la originalidad, imponer un estilo, un molde común, tipo de belleza, modos de razonar idénticos, de una impecable uniformidad.

Desde su primer contacto con el colegio, el joven se daba cuenta de la seriedad transcedental de esa ciencia ya hecha, acabada, perfecta ; tanto que en el siglo XX después de Kant, Hegel, Schopenhauer, Spencer y Darwin, se insiste en Santo Tomás. La verdad es algo grave, terrible, una religión. De aquí todo el ceremonial que se sigue para entrar al colegio. El neófito es recibido en la capilla, en asamblea de profesores y alum-

nos. De rodillas entonaba el *Veni-creator*, que repetían todos en coro. Después se le despojaba de su vestido seglar, y el rector le ponía el traje de colegial, la beca y el bonete, rociándolo con agua bendita, mientras el alumno decía la fórmula del juramento, política, social, filosófica y religiosa : « con todas mis fuerzas defenderé el misterio de la Imaculada Concepción de María Santísima, y procuraré la honra, libertad y preeminencia de este real consistorio ».

Desde ese día, con su ropa de colores honestos, porque « según San Bernardo la descompostura en el vestido arguye deformidad en el entendimiento », era un esclavo de la disciplina. Saldrá « el día del cumpleaños de su majestad, en que el rector y los colegiales irán a palacio para felicitar al virrey ». Los días festivos y jueves, acompañados por el rector u otro sacerdote ejemplar. Y de vez en cuando puede salir con dos colegiales a visitar personas distinguidas, para que

« así se ejerciten e instruyan en el trato civil, con tal modo que no parezca artificial, ni menos se hagan fastidiosos a la sociedad ».

Los viernes eran los días de los teólogos, y los jueves de los filósofos. El « maestro de sentencias » indicaba con anticipación los casos que debían discutirse en el púlpito del refectorio, mientras cenaban. Los filósofos se alternan : un jueves los metafísicos y otro los lógicos.

El hogar era una prolongación del colegio. A Mariano Moreno le permitían sus padres : « visitar por las mañanas a las personas que lo favorecían... eclesiásticos de reputación por sus talentos y virtudes, los cuales le pagaban benignamente sus visitas, y al mismo tiempo no dejaban de informar al padre de los pasos más mínimos de su hijo... o pasaba sus mañanas en ejercicios piadosos de iglesia, después de lo cual volvía a casa a entretenerse en la lectura. La conversación a que tenía permiso de asistir, rodaba

sobre puntos curiosos e instructivos, de viajes e historia, hasta las once en verano y las diez en invierno, a cuyas horas se preparaba la cena y media hora después de ésta se recogía la familia a la cama ».

Así, la carrera intelectual era penosa. Nuestra ciencia es más amable, más libre y viva, irrespetuosa y llena de sorpresas. Las verdades cambian cada lustro con los nuevos hombres, las nuevas épocas y circunstancias. No se requieren concilios, ni mayores formalidades para enterrar un sistema filosófico. Todo hombre de talento y de una sensibilidad superior, puede crear un sistema e imponérselo a una o más generaciones, como Schopenhauer. Domina un cierto indiferentismo sobre el fondo de las cosas. Nos atrae el ejercicio intelectual como un noble y delicado deporte. De ahí el concepto de una verdad fugitiva, momentánea. Volvemos al viejo Protágoras diciendo : el hombre es la medida de todas las cosas.

La base de esa estructura social era religiosa. Como dice un contemporáneo, creían a puño cerrado. Las luchas de la reconquista, tan heroicas y entusiastas, « que el anciano, el joven, el rico, el pobre y aun el infeliz esclavo ansiaban por tener parte en la defensa », fueron de religión. El inglés representaba al tradicional hereje, era el símbolo del diablo para nuestro pueblo. Esa expedición libertadora de uno de los yugos más odiosos que haya sufrido país alguno, fué preparada de acuerdo con personajes criollos, que desde hacía varios años estaban a sueldo de Inglaterra, entre otros Rodríguez Peña. Desgraciadamente no pensaron a tiempo en ese factor formidable, el fanatismo religioso que levantó como un solo hombre a la masa popular.

Esa familia estaba sometida a la doble vigilancia del estado y de la iglesia. No era indiferente al bienestar social que los hombres fueran viciosos, y no cumplieran con

relativo rigor los mandamientos de la iglesia. Es probable que en ese pasado colonial los hombres vivieran para sus pasiones, en un camino de la perfección lleno de escollos, perturbados por las diversas Venus : la Venus blanca, la Venus negra y la Venus india, que obscurecen los problemas de nuestra historia y complicaron los anales argentinos. Así se explica el celo con que desempeñaban las autoridades sus funciones de censoras. Cada cura párroco llevaba una prolija estadística de su feligresía : si las familias comulgaban y se confesaban, si asistían a la misa y demás ejercicios piadosos. Y se anotaban hasta los simples escrúpulos, la ligera culpa : contar los aves con los dedos, distraerse en la plática sagrada. Se observa que al caer la tarde los jóvenes sofrenan sus caballos delante de una ventana. Y se previene a la madre para que guarden compostura y tengan mucho cuidado : el amor encierra un terrible misterio, orilla abismos prodigiosos.

La vieja y prudente educación española de los niños nobles se ha perdido por falta de conventos. Las niñas viven en medio de esos jardines transparentes, en una atmósfera de cristal que destaca con un relieve endemoniado los colores y las formas; las rosas, los jazmine y los azahares, toda esa fauna perfumada y deslumbradora, que adormece con sus sensaciones y distrae de las sanas ideas de ultratumba.

El pobre cura lucha con paciencia contra esas fuerzas demoníacas. Los domingos en la misa mayor sube al púlpito y denuncia los pecados, los encamotamientos de pan y manteles, poniendo los nombres propios donde es necesario, provocando el escándalo público. Censura los perfumes, los colores, los trajes, los bailes. Cierra los ojos a ese cielo infernal translúcido, a esa luna corruptora que baña el escenario con sus reflejos suaves, llenos de ilusiones, y muestra la tragedia de la cruz, la tempestad de la agonía, de

la muerte, del infierno. Todo es inútil, la brisa fresca de vida y sensualidad deshace todos los símbolos en este nuevo jardín de Epicuro.

Sin embargo, el religioso o el cura continuaron siendo los consejeros, filósofos, moralistas, abogados y médicos de las familias. Unen al prestigio de sus investiduras el de superioridad moral, de su jerarquía, de su poder eficaz y positivo. Disponen de los destinos, hacen y deshacen esponsales, distribuyen el respeto social, según su buen saber y entender. Por eso son las personalidades más cuidadas. Para ellos las primicias de la industria casera, los mejores dulces, las aves más sabrosas. Ocupan los asientos de honor y presiden con justa razón los dos actos más transcedentales de la vida humana: el matrimonio y la muerte.

Nuestra tradición obrera

El método microscópico aplicado a la Historia da excelentes resultados, y sobre todo es muy entretenido. A menudo nos señala cosas nuevas, él resuelve problemitas de un marcado interés social.

Así ¿cuál era la organización industrial del antiguo Buenos Aires? ¿había gremios? Y estos gremios ¿qué papel tenían?

Hasta hace poco tiempo, estas preguntas quedaban sin respuestas, o mejor dicho, no se formulaban. Ahora, gracias a las publicaciones de la Facultad de filosofía y letras, algo podemos decir al respecto.

En 1780, setenta y tres zapateros, de los

que treinta y tres no sabían firmar, se presentan al virrey solicitando organizarse en gremio. Acompañan unos estatutos, divididos en ocho capítulos titulados : de los maestros mayores, de la autoridad de los maestros mayores, de los derechos de examen, del número de los maestros, de los oficiales aprendices, de la incorporación de los maestros actuales, del tesorero, de la distribución de los fondos, del director del gremio.

Era una organización al estilo de las usadas en España, y que formaba una especie de « trust », dirigido por todos los asociados, que cuidaban celosamente el ingreso de los nuevos elementos. En el capítulo VIII, se ofrece fabricar todo el calzado que necesite la guarnición de Buenos Aires. En ese mismo capítulo se consigna la única cláusula que se refiere al concepto moderno de solidaridad : « porque se experimenta — dice — que en las ocasiones en que se pensionan

los oficiales mecánicos con guardias dentro de esta capital padecen sus hijos y mujeres, notables necesidades provenidas de la cesación del trabajo de sus maridos, parece conveniente a fin de evitar este perjuicio y otras fatalidades que resultan de la miseria, que para no distraerlos de la ocupación de su oficio costee el gremio con sus fondos otros tantos personeros cuantos fuesen los individuos gravados»...

Favorablemente informada por el regidor Ramos Mejía, esta solicitud no tuvo mayor ulterioridad, dormiría entre los papeles de la secretaría del virrey.

En el mismo año de 1780, se publica un bando del virrey Vértiz ordenando que comparezcan todos los artesanos de la ciudad para reducirlos a gremios. En el documento se enumeran las industrias que deben someterse al nuevo régimen : son 21.

Pero no se ha encontrado rastro de la ejecución de esta medida de gobierno. Es pro-

bable que se juntara con la solicitud de los zapateros.

Sin embargo, algunos gremios, como el de los plateros, bajo la protección de San Eloy, estaban organizados de tiempo atrás. Existen varios expedientes, de los anexos del cabildo, en los que constan exámenes, aprobaciones y licencias, para ejercer ese arte.

Es excusado decir, que el rey no miraba con simpatía estas tentativas de organización gremial. Los políticos de la época prefieren a los hombres aislados; la asociación les inspira ciertos recelos fundados, dada su manera de ver, como lo demostró el porvenir.

A pesar de todos estos obstáculos, la población obrera era bastante levantisca. En una ley del trabajo, de 1777, se dice, refiriéndose a las exigencias de los peones: « La voluntariedad que acostumbran amenazando, y aun efectivamente yéndose sino

les dan todo lo que piden, pena de 100 azotes por las calles y un año de destierro a los presidios, si fuere indio o mulato o negro, y si fuere español, dos años de destierro, porque debiendo dar éstos buen ejemplo son por lo común los que pervierten las demás gentes con sus malos consejos y operaciones ».

Así, en esas fechas ya lejanas de 1777, los obreros argentinos comenzaban sus primeros aleteos, en esa lucha secular en busca de una felicidad siempre lejana. La represión era ruda y formidable, y las medidas draconianas se decretaban con la mayor sencillez.

En 1780, para activar el celo de los trabajadores y estimular a los obreros de la ciudad al trabajo rural, se ordena : « que cesen todas las obras que hay en esta ciudad y los obrajes de hacer ladrillo y teja, hasta que se acabe la siega, y que todos los peones que se ocupan en esto, y los indios, mulatos y negros libres, salgan a las chacras

a conchabarse para la referida recogida de trigo, pena al que así no lo hiciere de 100 azotes y que la misma se ejecutará en lo que se cogieren trabajando en dichas obras y obrajes, o jugando en las canchas de bolas u otras partes durante la siega ».

Como lo ve el lector, el régimen era de los trabajos forzados; y se resolvían, los que ahora llamamos problemas sociales, con una admirable simplicidad de medios. Los azotes, el destierro y el presidio, para la huelga; el trabajo obligatorio durante la cosecha, con análogas sanciones.

Ahora uno desearía saber a que aspiraban aquellos hombres. Su régimen de vida, tal cual lo ordenan los virreyes, no sería un ideal para el obrero moderno : trabajar desde las 4 a. m. hasta una hora después de entrado el sol, con dos horas y media de descanso para comer, de 11,30 a 2 p. m. Su jornal era de cuatro reales plata, equivalente a 50 centavos oro de nuestra moneda,

el mate y demás alimentos. Así tenían esos 50 centavos para enviarlos a sus familias, y los vicios, la bebida y el juego, según se ve por la forma enérgica en que los fulminan. No era un patrón de vida ideal y desde este punto de vista nuestro pasado es triste y miserable. Pero tenían sus compensaciones que ignoran los contemporáneos. Los consolaba una vaga confianza en otra vida mejor. Relatos de misioneros, visiones de religiosos graves, sueños de adivinos y brujos, demostraban la realidad del cielo, y en las fantasías de las nubes creían ver el trasunto de cosas muy agradables y curiosas, que ocurrían tras el velo azul, que oculta el infinito misterio de nuestro destino.

Contribuía a su filosófica resignación, la serena vida mental, sin dudas, ambiciones y envidias. Era una de las ventajas de la vieja política y filosofía : tranquilizar a los hombres, convencerlos de que todo en este universo es vano y efímero. A la misma senten-

cia llega la doctrina refinada de los mismos pensadores modernos. Pero el espíritu de suave duda, no penetra ni cunde en las capas populares. El pueblo sigue lleno de fe en la felicidad. Antes la esperaba en un mundo de metafísica, simbólico ; ahora la exige para esta vida terrena, que a pesar de todas las filosofías, considera muy importante, muy seria y muy real.

La educación de los revolucionarios argentinos

Nuestros antepasados no dieron la suficiente importancia a las cosas efímeras. Fué un grave error, que perjudica a nuestra ciencia histórica, y nos priva de muchos placeres de vana curiosidad. ¿Cómo amaban los argentinos a fines del siglo XVIII, cuáles eran sus gustos, sus pasiones, cómo vestían; su patrón de vida, su ideal colectivo? ¿Los dominaba, como a los contemporáneos, la pasión del dinero? Ya ve el lector que cuestionario interesante queda hasta ahora sin respuesta.

Y sin embargo, es muy probable que en esas deliciosas siestas, a las sombra de las parras cargadas de uvas, entre naranjos, jazmines y rosales en flor, algún moralista, por desgracia ocioso, analizara sus almas, repasara sus vidas por entretenerse, mientras tomaba el mate, y espantaba las moscas y los mosquitos la pardita cebadora. No creería que toda esa trama de la vida normal fuera digna de alabanza, como para alcanzar los honores de la Historia. Se reservaban estas alegrías para los solemnes documentos, cédulas reales y decretos. Lo histórico venía al mundo en pergamino, caligrafía artística y preciosa, con un pomposo sello rojo o negro. La grave Clío no tenía que ver con esas menudencias del cuotidiano penar de los hombres. Al acercarse a sus dominios los señores se vestían de gala, tomaban el gesto y la actitud del cargo y decían esas cosas que se armonizan con la caligrafía preciosa y el sello augusto.

Nuestro hipotético moralista nos habría prestado un gran servicio analizando las almas de sus contemporáneos, describiendo sus usos, y el trajín diario de su vida. Su libro tendría hoy más importancia y gloria que todos los documentos oficiales, debidamente sellados y en rico pergamino.

La carrera de «intelectual» fines del siglo XVIII, era penosa; un calvario de disciplina y estudios áridos. Nuestra ciencia es más amable, más libre y viva, irrespetuosa y llena de sorpresas. Las verdades cambian cada lustro con los nuevos hombres, las nuevas épocas y circunstancias. No se requieren concilios ni mayores formalidades para enterrar un sistema filosófico. Domina un cierto indiferentismo sobre el fondo de los cosas; nos atrae el ejercicio intelectual, como un noble y delicado deporte, delicioso, que eleva las almas... pero igualmente vano e inútil. La

verdad huye, se escurre; las cosas y los sucesos se combinan para engañarnos. De ahí el culto de la verdad fugitiva, momentánea, siempre que sea saludable y buena. Volvemos humildemente al viejo Protágoras, y repetimos que «el hombre es la medida de todas las cosas».

En el colegio San Carlos esta meditación habría sido grave, y aún trágica. Actualmente es innocua, y el Universo sigue su marcha llena de atrayentes misterios, sin preocuparse de estas palabras de los hombres.

Desde su primer contacto con el colegio, el joven se daba cuenta de la seriedad trascendental de la ciencia. La verdad era cosa grave, terrible, una verdadera religión. El neófito era recibido en la capilla, en asamblea de colegiales y profesores. De rodillas entonaba el *Veni Creator* que repetían todos en coro. Después, se le despojaba de su vestido seglar; el Rector le ponía el traje de colegial, la Beca y el Bonete, y al mismo

tiempo le rociaba con agua bendita, mientras el alumno decía la fórmula del juramento, política, social, filosófica y religiosa : « con todas mis fuerzas defenderé el misterio de la Inmaculada Concepción de María Santísima, y procuraré la honra, libertad y preeminencia de este Real Convictorio ».

Desde ese día, con su ropa de colores honestos, porque « según San Bernardo la descompostura en el vestido arguye deformidad en el entendimiento », era un esclavo de la disciplina. Saldrá « el día del cumpleaños de S. M. en el que el Rector y los colegiales irán a Palacio para felicitar al Virrey. Los días festivos y jueves, acompañados por el Rector u otro sacerdote ejemplar. Y de vez en cuando puede salir con dos colegiales a visitar personas distinguidas para que « así se ejerciten e instruyan en el trato civil, con tal modo que no parezca artificial, ni menos se hagan fastidiosos a la sociedad ».

Los viernes eran los días de los teólogos,

y los jueves de los filósofos. El « maestro de sentencias » indicaba con anticipación los casos que debían discutirse en el púlpito del refectorio, mientras los demás cenaban. Los filósofos se alternan : un jueves los metafísicos, y el otro los lógicos.

¡ Qué sabrosas disquisiciones sobre las categorías, los universales y las esencias ! ¿ Qué mirarían por las ventanas del comedor, en el claro azul de nuestro cielo, los jóvenes becados, mientras sus compañeros ergotizaban ? Es probable que los grupos de nubes con su maravilloso colorido, encerraran una filosofía más interesante y comprensiva que la jerga de la clase. Y continuaban el monótomo trajín de metafísica, lógica y teología, sin sospechar la tragedia que les preparaba el destino.

La disciplina del hogar se armonizaba con el espíritu del colegio ; era su prolongación. A Mariano Moreno le permitían sus padres « visitar por la mañana a las personas que lo

favorecían... eclesiásticos de reputación por sus talentos y virtudes, los cuales le pagaban benignamente sus visitas, y al mismo tiempo no dejaban de informar al padre de los pasos más mínimos de su hijo... o pasaba sus mañanas en ejercicios piadosos de iglesia, después de lo cual volvía a casa, a entretenerse en la lectura... La conversación a que tenía permiso de asistir, rodaba sobre puntos curiosos e instructivos, de viajes e historia, hasta las once en verano y las diez en invierno, a cuyas horas se preparaba la cena, y media hora después de ésta, se recogía la familia a la cama » (1).

Así se formaban los futuros revolucionarios argentinos, entre lecturas serias, visadas por el confesor, conversaciones instructivas en los claustros de San Francisco y Santo Domingo, y ejercicios piadosos !

(1) *Vida de Mariano Moreno.*

La noche del 25 de Mayo

RELATO DE UN CONTEMPORÁNEO

Han transcurrido muchos años desde esa fecha memorable. Fué un día lluvioso, una semana de humedad y neblina. El drama se desarrolló en la plaza y sus alrededores, en escenas tranquilas y sin violencias.

Pero la ciudad permaneció quieta, pacífica, sin mayores noticias de los sucesos. Los hombres continuaron sus faenas sin preocuparse de estos hechos históricos. Ni se daban cuenta del significado de todas esas cosas que se atropellaban produciendo algún tumulto pasajero, como los del año 6 y del año 9, y otros de fines del siglo relacionados con los impuestos.

La masa popular esparcida por las rancherías miraba el cielo cargado de nubes, hosco, terrible cuando se enciende en las batallas infernales. De vez en cuando el trotar de alguna patrulla armada despertaría su curiosidad. Algo debía ocurrir de grave porque los soldados no tenían esa bonhomía de la vieja Hermandad. Iban con aire muy serio, y los oficiales parecían emocionados, algunos con cierta angustia ; pero la expresión era resuelta y firme, inexorable ; se veía en los ojos que no darían cuartel. La muerte andaba por ahí cerca, el ambiente se volvía solemne. Asomaba en las intimidades de las almas el presentimiento de la tragedia.

Por las calles fangosas los animales retozaban. Vivían en una gran intimidad con los hombres. Los patos tornaban pausadamente a las quintas, después de haberse bañado en los charcos, zambullendo con fruición ; muy orondos y tranquilos, con su paso majestuoso y su aire de indiferencia. Meditarían sobre

Dios, que creaba las lombrices y otros seres deliciosos y delicados, cuyo destino es misterioso, pero muy simple y agradable. Los perros lamentaban en silencio la ausencia de la luna, su fiel compañera, a la que dirigen sus súplicas en tono lastimero y desarmónico. La revolución pasaba por entre ellos en la forma de una patrulla de caballería inquietante e incómoda. Para otros era la batalla y la gloria, para muchos la ruina y la muerte, o las ambiciones colmadas y la fortuna, o el placer de las revanchas y de las venganzas; el amor de la patria nueva; y para la masa popular muchos años de un gravoso impuesto de sangre, cuyos resultados palparían sus biznietos muy lejanos. Los gallos, despiertos ante de hora, cantaban con su énfasis habitual sus aires de amor y guerra, agitando las gallinas.

En los alrededores de la Plaza se notaba animación. Grupo de hombres y mujeres bien puestas circulaban, ostentando colores azu-

les, divisas, pañuelos y refajos. De pronto algún miliciano portador de órdenes urgentes cruzaba al galope, produciendo cierta alarma; o llegaban guardias de patricios con sus pintorescos uniformes. Las gentes entraban y salían del cabildo, en coloquios al parecer muy entretenidos. La atmósfera, fría y húmeda, no era propicia a las manifestaciones populares. Las luces de las linternas de mano se movían entre las sombras, y daban un aspecto fantástico al escenario. Parecía una reunión de siluetas, cosas confusas que andaban entre las nieblas, iluminadas caprichosamente por los resplandores de las hogueras populares. Se oían cantos, acordes de guitarras, coplas de amor y guerra, castañetas, acordeones e insolencias.

¡Ah! Señores, el tiempo está borracho.
Si no lo han por enojo soy Juan Cacho,
que ya tanto el favor se disimula,
que puede ser doctor cualquiera mula.

Por las calles centrales jineteaban los jóvenes enamorados, y las niñas sentadas tras las gruesas rejas árabes, con sus adornos azules, celebraban la patria a su manera, fundiendo en el calor de su pasión los dos amores. Y los primeros deseos de la gloria nacían en aquellas almas; los primeros sueños de batallas futuras, bajo un cielo fantástico lleno de arreboles, de nubes de oro. Y oían las marchas triunfales, las músicas de las dianas; pasaban bajo los arcos de flores en sus caballos erguidos, puros, que mascaban los frenos de plata, comprimiendo su exceso de fuerza y de vida.

El obispo Lué reflexionaba en su escritorio sobre los sucesos de ese día aciago. Su secretario Posadas terminaba unos contratos de esponsales que debían celebrarse al día siguiente; porque la vida continuaba su marcha, los hombres se ocupaban de sus menudencias como antes, y la formidable revolución era un episodio entretenido y efímero·

Y el secretario y el obispo comentaban los sucesos. El primero no había acudido a la invitación del cabildo porque estaba muy ocupado, redactando unas actas del concurso de la silla magistral.

— Ha hecho usted muy bien, son una peste, carneros, ingratos, hijos sin entrañas! — dijo el obispo.

El secretario detuvo su pluma, emocionado, sorprendido con la cara descompuesta de monseñor, que aun vestía su traje de gala, ¡Se habían insolentado! Tuvieron la audacia de replicarle al representante de la Iglesia, de Dios, del trono! Todos sus libros protocolarios, encuardernados en pergamino grueso, se conmovieron, y se oyó como un estremecimiento de papeles que se acomodan. El devocionario perfecto y manual del buen cristiano, encuadernado en tela negra, con unos filetes dorados, palmas y una cruz de mucho relieve, cayó al suelo. Toda la notaría, pulida, bien plantada, tranquila, trepidó

y con ella los entretenimientos de los concursos, los esponsales y matrimonios, el agradable charlar de las novias.

— Los hombres, decía monseñor, olvidan que la gran virtud es la resignación, el único remedio de los males sociales, y no se moderan en sus deseos.

Y afirmó esta filosofía simple y fácil con un puñetazo que hizo temblar las velas, porque era de carácter violento, a pesar de su hábito de gala y del pectoral muy rico.

El ruído de la calle, los cantos, las carreras de los caballos, el murmullo de la gente, entraba por las ventanas y estos hechos chocaban sus ideas y sentimientos. Tarde de la noche se separaron, fatigados y tristes, con el presentimiento de la tragedia inmediata. El obispo rezó sus oraciones habituales, pero en vano buscó a Dios en las intimidades de su alma agitada.

Aquella noche los enamorados prolongaron sus veladas, bajo el cielo obscuro y sin

luna. Pero la tierra húmeda se fecundaba y absorbía los gérmenes que andaban errantes por la atmósfera; los azahares en brote esparcían su perfume, y la naturaleza engendraba los nuevos seres que llevarían la antorcha de la vida.

Poco a poco volvió la calma y el silencio. El obispo dormía, y su secretario reposaba dulcemente las fatigas de sus atenciones protocolares. Los jinetes se fueron, y tras de las rejas árabes no se veían siluetas blancas, ni se oían murmullos de palabras y risas. Los gallos dejaron tranquilo el gallinero, los perros persistieron en su encono contra las patrullas, los patos descansaban en sus paseos solemnes; y en el cielo ennegrecido las nubes se movían con lentitud cargadas, de tempestades.

Notas sobre Alberdi

Es curiosa e interesante la observación de las curvas de la fama y el prestigio en la historia argentina. Y enuncio las dos cualidades porque a menudo no van juntas. Se puede tener fama sin prestigio. Así, Echeverría, nuestro poeta laureado y famoso, carece de prestigio : no es leído por los jóvenes de las nuevas generaciones, y creo que tampoco lo fué por los de las anteriores. Pero su nombre perdura y es conocido en todos los extremos del país. Tiene estatua en Palermo, y su retrato adorna el aula de historia argentina de la Facultad de filosofía y letras.

De Mármol subsisten algunas estrofas,

que a fuerza de ser violentas resultan risueñas; y la *Amalia*, novela discreta que cumple con el deber elemental de ser entretenida. De Andrade, que fué nuestro Víctor Hugo, revive en ciertas ocasiones el grito épico:

De pie para cantarla...

Por lo demás, todos nuestros poetas del pasado duermen tranquilos el sueño de la muerte: ni el público se acuerda de ellos, ni ellos del público. De vez en cuando alguno de nuestros profesionales los resucita por dos o tres días, gracias a algún oportuno aniversario, y a la liberalidad de nuestros gobiernos que gustosos prohijan estas obras beneméritas, creyendo que así crece el amor patrio.

Y sin embargo de esta opinión póstuma perturbadora, todos ellos, empezando por Labardén al que habíamos olvidado, dominaron en sus respectivas épocas. Tuvieron

fama y prestigio, envidiosos, émulos, amigos y partidarios entusiastas. Los coloniales se extremecían cuando el primer actor Pedro Pérez empuñaba la bocina, declamando en el escenario de la Comedia los versos de Siripo:

¡ A sufrir su venganza preparaos !

. . . .

Salud gocéis, cacique el fuerte, bravo
que estas playas domina !

o se impregnaban de ternuras al oir estos versos de dulce amor:

¿ Di tú, Lucía, merecedor me juzgas de tu agrado?

Así, todos ellos fueron felices y debidamente recompensados en vida. Tuvieron la ilusión grata de la inmortalidad, convencidos de que encarnaban esa cosa tan frágil, fugaz y voluble, que es el alma argentina.

Dejémoslos en paz con sus ilusiones, si es que estas vanidades de la tierra viven en la

vida de ultratumba. Lo lamentaríamos sinceramente, porque sería seguro signo de que la existencia serena y calma había huído del cielo, donde con toda justicia la suponemos.

Un fenómeno análogo ocurre con los escritores y pensadores. Moreno fué en su tiempo una inteligencia prodigiosa. Los contemporáneos encontraban que su estilo era soberbio, una irresistible catapulta, y que la profundidad de su pensamiento era inconmensurable. Una crítica imparcial demostraría que el genial tribuno fué un modesto discípulo de los estadistas de Carlos III, inferior a Jovellanos, Campomanes, Florida Blanca, Aranda, etc.; que su estilo es ahuecado, sin interés ni carácter; el trombón que suena siempre igual, si hay pulmones que soplen.

En resumen es hoy un simple símbolo, con su estatua muy merecida en la plaza del Congreso. Y conserva un reducido número de lectores, entre los condenados a trabajar la

historia por temperamento, o por las circunstancias que no les permiten hacer otra cosa. Tiene fama, es un nombre que suena y sonará siempre, pero carece de prestigio. Eso no impide que continúe siendo el numen de una revolución que se hizo por el peso mismo de la historia, la más lógica y necesaria, y en realidad la más anónima.

En cambio Mitre, Sarmiento, V. F. y L. V. López, Vélez, Juan M. Gutiérrez, J. M. Estrada, Alberdi, Cané, F. Ramos Mejía, viven con una vida intensa, mantienen su fama y su prestigio y actúan en nuestra vida contemporánea, ¿Por qué estos diferentes destinos? ¿Por qué razón Juan Carlos Gómez, Pedro Goyena, se van hundiendo gradualmente en un olvido sin remedio, irreparable? Y de todos los que escribieron entre el año 10 y el año 60 ¿qué queda? De Echeverría, un artículo titulado el *Matadero* y de Rivera Indarte, Monteagudo, Varela, el simple nombre y nada más :

Los infantes de Aragón ¿qué se hicieron?

Hay un factor personal transitorio, que contribuye a crear y mantener la fama entre los contemporáneos. Condiciones de carácter, de simpatía, dón de gentes, influencia política y social, el dinero, el apellido. El más eficaz es la influencia política. Con un ligerísimo esfuerzo los ministros nacionales, los felices propietarios de una « situación » local, los políticos importantes se transforman en lo que mejor desean: escritores, oradores, pintores, escultores o músicos, la gama completa. La distinción de la persona, la cultura superficial del autor, dan la sugestión de que su estilo es fino y distinguido. Nos parece que debe haber identidad entre el autor y la obra. Verlaine nos sorprende y desencanta con su cara deforme. A menudo sucede que las apariencias ocultan almas absolutamente diversas, la elegancia física

cubre una vulgaridad moral completa, y una sensibilidad preciosa vive bajo una máscara grosera o insignificante. Cuantos no son más inteligentes y preparados, hacen mejor obra, pero no tienen suficiente talento para dominar las envidias, carecen de los dones diplomáticos para ponerse en circulación. Otros son hoscos y tímidos, no llevan un apellido « decente », y sus contemporáneos corren a arrodillarse ante otras gloriolas que poseen influencia social o política...

La muerte borra todos esos artificios y ventajas del azar. Queda la obra sola, sin otro amparo que su propio mérito. Y la curva de la fama inicia sus movimientos tan entretenidos y justicieros. ¡ Cómo aquella insignificancia asciende y se ilumina y toda la dulzura de la gloria envuelve al pobre Martín Fierro ! Y Andrade, Echeverría y los otros que deslumbraban desde los ministerios o presidencias !.. Y el gauchito sigue ascendiendo y se coloca a la cabeza entre

lo más sentido y más poético que haya creado al alma argentina, y sentimos una gran satisfacción ante esta obra reparadora y justiciera de la naturaleza.

Por otra parte, el talento es un fenómeno individual y al mismo tiempo colectivo. Resulta de una correspondencia entre el autor y su público. Stendhal escribió a principios del siglo pasado y sólo tuvo talento después de 1880. No es difícil que lo pierda con el triunfo del socialismo, que es la negación de sus teorías individualistas. Un cambio en la manera de sentir y de pensar, apaga todo el brillo de una época literaria. Seguramente los grandes frailes escolásticos tuvieron el genio de Hegel o Spencer, y aparte Santo Tomás, olvidamos hasta los nombres. Sin embargo no es imposible que el mundo vuelva a su pasión por los universales y las esencias, y esos notables filósofos renacerán al talento.

Los hombres políticos están sujetos a las

mismas alternativas y decepciones. Los caprichos de sus respectivas curvas son igualmente variados y curiosos. En resumen, desde el año 10 ¿cuántos conservan su fama? El grupito de revolucionarios dirigentes: Rivadavia, Pueyrredón, Manuel José García, Rosas, Mitre, Urquiza, los presidentes posteriores; Alsina, Del Valle, Estrada, López, y ¿las docenas de ministros, legisladores, hombres importantes que fueron, dónde están? Como los poetas, muertos y enterrados los cuerpos y los nombres, para siempre jamás. Su acción concluyó con sus vidas. No queda un gesto, una palabra, un rasgo bello que pueda servir de guía o de ejemplo. Y sin embargo para los contemporáneos tuvieron talento, evidente acción política, pero fué momentánea, inferior y efímera. Vino la muerte, cambiaron las circunstancias, desaparecieron los amigos y las influencias, y la curva impulsada por su propio peso se inclinó! En cambio, los que tuvieron un valor

positivo y una tendencia levantada, Mitre, Urquiza, Pellegrini, Avellaneda, Sarmiento, Sáenz Peña, esos ascienden a medida que el tiempo pasa y que las pasiones se aplacan... La moraleja es sana y educadora : hay una justicia que va inmanente en todas las cosas humanas, y ella viene a su hora, como cosa fatal y necesaria, y juzgará a los hombres por sus obras, como decía Nuestro Señor Jesucristo.

La curva de la fama y prestigio de Alberdi es muy interesante. Ha sufrido alternativas muy variadas, y que son curiosas e instructivas.

Alberdi es un nombre de actualidad. Sus ideas inspiraron a uno de los más ilustres presidentes argentinos, el general Roca. La concordancia entre sus conceptos y tendencias y las dominantes hoy en el país es tan perfecta, que se podría escribir la psicología

social argentina contemporánea con sólo el libro de *Las Bases*.

Una discreta ignorancia, no menor que la de su émulo Vélez Sarsfield, le permitió conservar una relativa frescura y espontaneidad de espíritu. Como era algo inclinado a ese dulce trajín del pensar, observó nuestros hechos sociales como una exactitud impecable, libre de teorías y sistemas y demás prejuicios perturbadores de la visión directa y propia. A pesar de su éxito, este método tan genuinamente argentino no es el más indicado en las investigaciones científicas. Se acierta al azar, por una concordancia curiosa entre el país y su filósofo, como en este caso.

Así, no fué un universitario ni siguió los métodos de la Universidad. Su concepto de las ciencias sociales era práctico. Reunir los hechos argentinos, analizarlos, describirlos y buscar la noción general sintética que los explica. Esto no lo dice Alberdi, nunca se detuvo a analizar su propia obra y su método,

pero esa esencia de su sistema resulta de la lectura detenida de *Las Bases*. La falta de una sólida instrucción general y de rumbos ideales bien definidos, lo hacen incurrir en contradicciones serias. Su reflexión es algo caprichosa y librada al azar. En ciertos momentos se afilia en la escuela histórica, en otros en la clásica, y es díscipulo de Rousseau o de Savigny según el pasajero momento.

La Universidad no era amiga de estas originalidades, le gustaba la enseñanza libresca del texto traducido o malamente imitado, y no concebía otra ciencia que la formal, impresa y aceptada por la crítica. El concepto de que las ciencias sociales son disciplinas sujetas a una necesidad de eterna formación, a un movimiento tan intenso como el de la vida misma, era entonces una paradoja absurda, y continúa siéndolo para la mayoría de nuestros estudiosos. Así muy raras veces se vería un ejemplar de *Las Bases* en manos de

los alumnos. La Universidad lo ignoraba con malicia. Su fama era algo misteriosa : un hombre solemne respetado como un dios oculto y terrible. ¡ La ironía y los sarcasmos de Alberdi ! otra catapulta como la de Moreno. Nuestros buenos y honrados maestros lo nombraban con cierta emoción en las conversaciones del patio. Cuando apareció la pobre *Luz del día* el cielo intelectual criollo se nubló, un anuncio de tempestad ciclónica. Venía Alberdi con todos sus arcos y todas sus flechas más crueles...

En resumen, de toda su obra sabíamos aquello de « gobernar es poblar » como lo dijo Alberdi. En el público la fama de Alberdi era de la misma calidad. Daba la impresión de una fuerza oculta misteriosa, terrible, pero que no se desencadenaba. Así, se vivía tranquilamente. Tampoco era muy leído. Siempre se encontraban *Bases* en las librerías de viejo, a precio reducido. Y el público, como los estudiantes, repetía lo de « go-

bernar es poblar» como lo dijo Alberdi.

Y eso que sabíamos era un sofisma. Gobernar no es poblar, gobernar es civilizar, y civilizar es disciplinar : disciplina moral en las relaciones de los hombres con lo bueno y lo malo, disciplina intelectual en las relaciones con el arte y la ciencia. Con la medida de Alberdi resultarían modelos de buen gobierno el mandarinato chino, el rajah de la India y los antiguos soberanos asiáticos. Todos esos gobiernos poblaron, y los caciques africanos poblaron, y los hombres fueron más miserables y abyectos, más indignos de saborear el precioso dón de la vida.

El error proviene de una confusión de criterios. La medida de los valores sociales y políticos no se radica tanto en la cantidad como en la calidad. Si gobernar fuera poblar la tarea del hombre de Estado sería muy subalterna e inferior, un oficio común, al alcance de cualquier buen sentido con las condiciones de un jefe de inmigración. Acaso el

estanciero moderno cambiaría su pequeño rodeo de animales finos por sus antiguos innumerables rebaños! ¿Para qué valen las muchedumbres ignorantes, sin Dios, patria ni ley, sin espíritu de solidaridad, sin ideal dentro del pecho que les permita cumplir con energía la ley moral en todos los casos?

Así, poblar no es gobernar, es una de las más importantes atenciones del Estado, pero no es la principal. El aforismo de Alberdi tuvo un gran éxito en esa alma argentina algo infantil, imprevisora y que sólo atiende a juzgar el momento presente.

L'heure s'enfuit, le jour succède au jour.

Y la ya famosa máxima domina nuestra política, es la primer verdad social y de gobierno. Debería inscribirse en letras de oro en el frontispicio de la Casa Rosada.

Los griegos, que gustaban estas leyendas sintéticas, pusieron en su templo de Delfos

como enseña directriz la célebre inscripción: Todas las cosas deben ser con mesura. En la forma y en su fondo la belleza y la verdad están en esa feliz ponderación y modestia. Y esa divina cualidad es norma inmejorable de la vida privada y muy útil para el gobierno de los pueblos. Se concibe que la escribiera en letras de oro un pueblo tan inteligente. Es una síntesis de moral y de conducta admirablemente pensada.

Notemos de paso, sin perjuicio de insistir más adelante, que la secreta concordancia entre Alberdi y el alma argentina radica en la falta de ideales. Su obra es un reflejo de su pueblo sensual y músico, pero que apenas alcanza las fronteras del arte, práctico y positivo, con una despreocupación salvaje de todos esos angustiosos problemas, temas predilectos de los hombres civilizados.

Así la Universidad lo ignoró. No tuvo la buena estrella de Vélez Sarsfield que durante cuarenta años ha sido presentado a las va-

rias generaciones como el Mesías del derecho civil. ¡Jamás fué objeto de un curso, siquiera de algunas modestas conferencias! Es verdad que su obra no es comparable con la de Vélez, ni habría tenido la enteresa de ánimo necesaria para improvisar un código y hacerlo sancionar en confianza. Reservaremos este punto delicado para otra oportunidad.

Ahora se nos presenta este problemita: ¿de dónde viene, pues, la fama de Alberdi? No viene de la cátedra, ni de un público que apenas lee lo indispensable para llamar al sueño, ni de los diarios que reflejan esos estados desfavorables. Viene de sus enemigos, de Mitre y Sarmiento en primer lugar, y de los otros dioses menores que hacían coro. La violencia de los ataques engrandecía la persona del distinguido publicista. Debía ser extraordinaria esa inteligencia, incomparables sus dotes de polemista, de escritor, de pensador, cuando los hombres

de primera línea le atacaban con esa acritud, excomulgaban sus libros, sus ideas, sus tendencias políticas. Sobre estas telas la imaginación popular bordó su personaje ideal. Y la influencia y la reputación del nombre de Alberdi se extendía por todo el país. Algunos amigos de gran respeto y consideración, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, le prestaban su apoyo moral. Y Alberdi crecía en la conciencia popular. Para los unos era el enemigo monstruoso, encarnaba todo los odios del interior contra Buenos Aires. Para los otros era el genial defensor que llevaba en su espíritu el alma de la nación Argentina. En el ínterin el héroe y víctima de estos curiosos espejismos vivía en Europa, tal vez algo sorprendido de sí mismo, mirando con asombro a ese Alberdi monstruoso que circulaba en su país.

De tantos enemigos que colaboraron, con indiscutible acierto, en la tarea de convertirlo en hombre superior, sólo sobreviven en la

historia intelectual y política Mitre y Sarmiento. Todos los demás murieron en forma definitiva y completa. Los documentos del Archivo Mitre nos permiten acercarnos a algunos de esos personajes. Las cartas confidenciales son inapreciables para la historia, dejan ver lo que sería invisible en discursos académicos y oficiales, lo que los hombres generalmente ocultan, lo más humano e interesante. En esa correspondencia la figura de Mitre se acentúa y crece. Que era el maestro y jefe, lo revelan sus cartas categóricas y absolutas, ese dogmatismo que no admite discusión, ni una ligera duda ; es la verdad clásica, majestuosa y augusta, la que se cierne sobre las cabezas de los hombres. Urquiza mucho más humano y flexible, aparece generoso y liberal, de un carácter levantado, un espíritu amplio y lleno de naturalidad, y con su fondo de ironía y escepticismo muy sabrosos. Sarmiento es de una realidad encantadora : « cuando se presente una « hor-

nada » de coroneles haga valer mi antigüedad. Tengo vergüenza de ser teniente ». Y así a cada instante se muestra el hombre con una deliciosa vivacidad y despreocupación.

En cuanto a las figuras de segundo plano nos dejan sorprendidos. Así, ¿eran éstos los dirigentes, las celebridades del pasado, los hombres que llenaban el escenario nacional? con estas pasiones chicas, y esos odios preñados de feroces envidias y egoísmos. Alguno, y de los príncipes, escribe a propósito de la lucha presidencial : « ... que me rechaza, entre otras razones, porque no sigo la moda como ciertos « maricones ». Y los otros más inferiores ¡ qué pobreza de conceptos, qué vulgaridad de estilo, qué falta absoluta de temperamento y personalidad! ¡Qué triste espectáculo es el de la mediocridad triunfante! Y nos convencemos de la fatalidad del proceso histórico. Hay fuerzas misteriosas que llevan a los pueblos por determinados senderos, y ésto no deja de ser un consuelo.

Coincidencia curiosa : la curva de la fama de los amigos de Alberdi ascienden junto con él. Urquiza, López, Gutiérrez, los hombres del congreso del Paraná dejan una impresión cada vez más favorable. ¡ Dulces y justicieras ironías de la Historia !

El medio en que se forma Alberdi es una simple prolongación de la sociedad colonial, con análogas cualidades y defectos. Se puede decir que la vieja estructura continúa hasta 1880. En esa fecha desaparecen los últimos hombres de la generación que estuvo en contacto directo con el régimen caído. Se opera el cambio del grupo español aristocrático, lleno de prejuicios, ignorante, devoto y estrecho, diluído en otra sociedad cosmopolita mas ligera, democrática, y que arroja por la borda todas las preocupaciones del pasado y al pasado mismo.

La característica de los hombres decen-

tes, diremos, del virreinato, es la «timidez obsequiosa», el acatamiento incondicional de las misteriosas órdenes de gobierno, elaboradas en el secreto de los reales consejos. El rey y su virrey eran los vicarios de Dios puestos sobre las gentes para mantenerlas en justicia y en verdad. Así, sometidos a un poder teocrático absoluto, manso pero con despertares terribles, vivían cuidándose de los pecados religiosos que llevan al infierno después de la muerte, y a desagradables tratos con el cura párroco y el obispo durante la vida, y de los pecados políticos de consecuencias tan inmediatas como graves. A mediados del siglo XVIII el gobernador Bucareli condenó a muerte al doctor Tagle, porque entristecido con la expulsión de los jesuítas les había dado aviso. En un proceso por homicidio el virrey Zeballos resuelve conceder el recurso de apelación interpuesto por un condenado a muerte, sin perjuicio de la inmediata ejecución de la sentencia. Por otra

parte, la murmuración, placer de dioses en nuestras democracias, conducía por plano inclinado y con toda facilidad a las esferas del derecho penal. El manuscrito se transformaba en pasquín, con un poco de buen deseo del ministerio público.

Esta índole del gobierno teocrático, misterioso y absoluto, explica el valer trascendental que tenía en esa época el protocolo. Sus reglas minuciosas y prolijas comprendían una buena parte de la ciencia política. Era una madeja complicada y abundante que afectaba a gobernantes y gobernados. La base del orden social radicaba en el respeto de las gerarquías administrativas y sociales. El mérito y prestigio de los hombres, dependía del lugar que ocupaban en relación con la persona del monarca. Y todos los signos de una proximidad más o menos lejana, títulos de nobleza, privilegios, empleos, tratamientos, ceremonias, asientos, eran cuidados y defendidos con la misma pa-

sión que hoy se pone en los negocios, como que implicaban la consideración, el prestigio y el bienestar. A fines del siglo, durante el gobierno de Vertiz, hasta el portero del Cabildo presenta una solicitud reclamando el tratamiento de « vuestra merced ». Así, desde los más humildes hasta los más copetudos, todos tenían un rango que era parte integrante del decoro de la persona, el derecho al « dón, señoría, vuestra merced », el soberbio « excelentísimo », la « soberana majestad real ». Y el espectáculo tenía sub elleza augusta e imponente : una pirámide con su base formada por las masas populares de todas las razas, y seguían en orden sucesivo, los empleados, la nobleza, la grandeza, el ejército, la marina, el clero y en la cima que roza los cielos el rey, vicario de Dios, puesto sobre los hombres para mantenerlos en justicia y en verdad !

A medida que la época de la revolución se aproxima, los hombres celan más sus pre-

rrogativas jerárquicas; como si quisieran afirmarse en su importancia y en sus asientos. Los conflictos entre el Cabildo, el obispo, la Real audiencia se multiplican en 1790. Evidentemente aquellos funcionarios estaban inquietos, una ráfaga angustiosa los perturbaba. La revuelta de Tupac-Amarú había dejado entrever cosas muy graves. Las correspondencias de los virreyes que están en los archivos españoles deben contener datos muy sugerentes. Los primeros síntomas de la revolución que viene se perciben desde 1790. Todos los elementos de la futura historia argentina empiezan a condensarse, inclusive la montonera, que merodea por las campañas, sin estandartes, vigorizándose a la espera de las trapos rojos que le traerán nuestros políticos.

Un detalle de la vida bastará para que comprenda el lector los estados de las almas en esas épocas.

En 1790 la Real audiencia exigía que el

Cabildo la fuera a buscar, los días de la besamanos para cumplimentar al virrey. El Cabildo discutió el punto de sus prerrogativas, fundado en numerosas cédulas que siempre tenía a mano, y para cualquier cuestión, el regidor Gregorio Ramos Mejía. Esto trajo el malestar que revela el siguiente sugerente episodio.

El regidor Igarzábal era el diputado que corría en todo lo referente a las fiestas reales dispuestas en celebridad de la exaltación al trono de su majestad Carlos IV. Andaba por la galería de las casas consistoriales, disponiendo lo necesario para las corridas de toros, que iban a principiar. Salió a la balconada o galería que vuela de la plaza Mayor, en donde estaban juntos los señores oidores de la Real audiencia, el alcalde de primer voto y otros invitados de respeto, y vió que el regente don Benito de Mata Linares se encaraba con el alcalde y con voz fuerte, airada y descompuesta, le decía :

— ¿ Quién ha mandado colgar la parte del balcón donde están las bancas del Cabildo ?

Y el alcalde respondió con humildad :

—De orden del excelentísimo señor virrey.

— ¿ Y quién lo dice ? replicó el regente.

— Los diputados de fiestas, señor.

Entonces se acercó Igarzábal. Al verlo el regente y con el mismo desenfado, le repite la misma pregunta, y como obtuviera idéntica respuesta, dijo el señor regente con voz alterada que llamó más la atención de todos los convidados :

— El señor virrey no puede mandar semejante cosa.

— Pues yo le aseguro con mi cabeza, replicó el regidor Igarzábal.

Y el regente de la audiencia fuera de sí, hablando ya contra todo el Cabildo, dijo :

— Ustedes no entienden las órdenes, que para que las entiendan es menester darles las razones a punta de lanza !

Al propio tiempo hacía la demostración

de enristrar su vara en forma de lanza, dirigiendo la punta hacia el regidor, que respondió algo emocionado :

— Señor, no somos tan bozales que no entendamos castellano.

— Sí, replicó el regente, ustedes están como cuando el gato acecha al ratón, que no desean más que una ligera ocasión para atragarse fuerza y privilegio.

— El Cabildo, señor regente, dijo el regidor, no desea más que la paz y buena armonía.

Esta disciplina formó el tipo de nuestros hombres decentes, de una timidez obsequiosa, egoístas y miembros de la archicofradía del Santísimo Sacramento, que los mantiene sumisos en almas y cuerpos a la iglesia y al estado. « Ese vecino porteño, dice J. M. Ramos Mejía, que a través de la historia y sin cambiar de substancia, ha llevado alternativamente los nombres de « elemento conservador, clases antiguas, vecindario tran-

quilo, burguesía, alto comercio, pelucones, federales pacíficos. Ese vecino atraviesa un siglo, un siglo entero, experimentando el traumatismo, diré así, de las ideas, de los sentimientos y vicisitudes de todo género, sin modificarse un ápice. Cuando en nuestros días, porque todavía existían no ha mucho, ejemplares de tan genuina extirpe política, lo he visto actuar tímidamente o deslizarse en la quietud de su misantropía nostálgica, me ha hecho el efecto de aquellos paquidermos que la curiosidad científica ha descubierto, conservados tales cuales eran por miles de años, al amor de los fríos polares. »

Y para que el lector tenga un conocimiento completo de esa clase dirigente y que ha sostenido a todos los gobiernos, tomaremos a uno de sus prototipos y haremos de modo que los vea en carne y hueso. El ensayo servirá de paso para alguna observación de metodología histórica.

Las *Memorias* de don Gervasio A. de Posadas son uno de los buenos y sabrosos documentos para el conocimiento de nuestra historia, y de esta humanidad que se va realizando, en tipos tan variados y complejos. Posadas es un buen representante del elemento conservador, tan bien descripto por Ramos Mejía, y ofrece el delicioso ejemplo del revolucionario forzado.

Mitre lo retrata así : «hombre de buen sentido, observador frío, en quien se combinaba lo serio y lo burlesco, marchaba a la cabeza de los diputados adocenados, preparándose el camino del poder». Esta semblanza es un poco abstracta y en todo caso da una idea algo fantástica del personaje.

El señor Posadas era notario eclesiástico y secretario del obispo Lue. Vivía tranquilo con su familia, disfrutando una mediana fortuna. El lector puede imaginarlo correctamente vestido, frac negro, corbatín, cuellos altos en los que reposa la cabeza como

en bandeja; con ese aire de discreta seriedad del hombre que por su oficio sabe muchos misterios y cuya palabra hace fe.

No sospechó el significado de los días de Mayo, ni concurrió al Cabildo abierto, porque se « hallaba muy ocupado y entretenido en las actas del concurso a la vacante silla magistral de esta santa iglesia catedral ». Sería inapreciable alguna noticia de sus conversaciones con el obispo Lue, aquella tarde del 22 de mayo. Monseñor tenía esa teoría política de una simplicidad evangélica: « mientras existiere en España un pedazo de tierra mandada por españoles, ese pedazo de tierra debía mandar a las Américas, y que mientras existiera un solo español en las Américas, ese español debía mandar a los americanos ». El señor Posadas, entretenido con el concurso de la silla magistral, dejaría su ocupación para atender la crónica de monseñor, obsequioso, maravillado de esas audacias, descompuesto ante la ruptura de la disciplina secular. Des-

de 1789, época en que fué nombrado notario mayor, había visto desfilar ante el obispo a todos los gobernantes y gobernados, en actitudes de beato y humilde respeto.

Así, todos sus nervios estaban sacudidos. Después de cenar rezó su rosario y contra su costumbre fué a casa de un amigo. En el fondo de su alma era tan antirrevolucionario como el obispo. Un secreto presentimiento de que aquello podía hacer trepidar la notaría mayor eclesiástica, la fortuna mediana y dulcemente saboreada, los entretenimientos de las actas de los concursos, los esponsales y matrimonios, el agradable charlar con las novias, los coloquios con monseñor!

En la tertulia encontró a Miguel Marín, que se empeñó en oirlo hablar sobre semejantes novedades, y algo acalorado le dijo :

« Que nada me gustaba, pues habiendo ya depuesto dos virreyes, desobedecido otro por la ciudad de Montevideo y su gobernador Elío, se habían de seguir deponiendo y

desobedeciéndose otros muchos gobiernos; que no podía calcular cuántos serían, pero sí me parecía que algún gobernante de los creados y depuestos por juntas populares había de ser fusilado; y que se guardase de entrar en aquel gobierno a que tocase semejante fatalidad (1).

Detestaba la política; «jamás, escribe, hasta hoy he votado, ni pregonado o charlado en Cabildo alguno». Y nuestras agitaciones le merecen este acertado juicio:

«Todas las revoluciones de Buenos Aires sin exceptuar una, las han fraguado o combinado cuatro o más hombres allá en el retiro de un reposo forzado. Para ponerlas en ejecución, han reducido a una minutísima parte del pueblo o de magos díscolos y revoltosos, imputando al gobierno o a los particulares que han querido atacar, notas de traición o inteligencia con españoles o por-

(1) *Memorias* de Posadas.

tugueses, de dilapidación, ladronesca, despotismo, ineptitud u otros semejantes. »

La tormenta revolucionaria fué cruel. Es cierto que la fortuna ciega y risueña la elevó al puesto de director supremo, pero « basta decir que en seis años continuados desde 1815 ocupé veintidós distintas carcelerías y quedé arruinado y empeñado ». Así todas sus precauciones resultaron inútiles, inclusive su inasistencia al Cabildo de Mayo por hallarse legítimamente ocupado. ¿No es admirable ese « legítimamente » pensado el 22 de mayo de 1810? Revela una deliciosa sencillez; se diría que se disculpa ante la historia como lo había hecho tantas veces con el obispo Lue.

La vida de Posadas encierra esta lección de moral práctica para las clases acomodadas : el abandono de los deberes políticos no asegura la vida tranquila y confortable. Esas desidias y egoístas desganos traen trastornos graves. Y cuando rompe la tormenta

somos juguetes de una providencia risueña y trágica. Vienen las carcelerías, las ruinas y los empeños, aun para los que estaban legítimamente ocupados, « entretenidos en las actas del concurso a la vacante silla magistral de esta santa iglesia catedral ».

Una de las carasterísticas de Alberdi es la sinceridad. Tiene esas franquezas deliciosas, ingenuas y valientes de los niños terribles. Manosea los sentimientos de sus contemporáneos con un desparpajo y una sencillez curiosa. La época era brava y agresiva. En el grupo social se destacaban los penachos y los galones. Todo hombre que se apreciaba tenía un grado : doctor pero coronel, escritor pero general, constitucionalista, jurisconsulto, médico, pero capitán, mayor, comandante. Las jerarquías sociales se establecían por el escalafón del ejército. Los uniformes decoraban los puestos públi-

cos y los salones. En las estanterías de las bibliotecas, las espadas y las pistolas adornaban el mueble, y se llenaban los claros de las obras truncas, con cascos de metrallas o cajas de munición. El pobre libro polvoriento, humillado, hacía un triste papel entre esas cosas brillantes, lujosas, vivas. La cultura, el gusto afinado, la distinción eran rasgos de maricones, como decía Adolfo Alsina; de los que vestían bien.

En ese medio se lanza Alberdi y dice con todo desenfado: « la gloria es la plaga de nuestra pobre América del Sur, — el laurel es planta estéril, vale más la espiga modesta de la paz — dejemos a los héroes con los tiempos semibárbaros a que pertenecen, reducir ocho mil hombres en dos horas al número de mil, por la acción de la espada: hé ahí el heroísmo militar y pasado. Hacer subir en veinticuatro horas dos mil hombres al número de ocho mil: hé aquí el heroísmo del hombre de estado moderno ». Es un precursor de

nuestros futuros antimilitaristas. Por ese flanco se roza de lejos con Hervé, Jaurès y los modernos revolucionarios. Tuvo la sensación de las glorias civiles, de los héroes de la agricultura y de la industria. Si hubiera adquirido la cultura superior, su estética tal vez habría aplaudido a los artistas que realizan un fin social, y acercándonos al proletariado nos permiten comprenderlo y amarlo. Definido con mayor exactitud, su ideal era más bien una plutocracia pacífica y mansa, preocupada de sus bienes y de sus placeres, con un mínimum de inutilidades, arte, ciencia, filosofía, y un profundo desprecio del talento, cualidad perturbadora : el talento, dice, ha desorganizado a la República Argentina.

Si Alberdi fuera mejor conocido sería muy popular. Siente el respeto profundo de la mediocridad intelectual. Su lectura es reconfortante, da una base seria y justifica ciertos sentimientos muy esparcidos en nues-

tras democracias. Sirve un sabroso plato a los envidiosos. Apoyados en su autoridad podrán reirse de Sarmiento, y proclamar ese culto, tan argentino, de la incompetencia. Así, en su concepto el país es un conglomerado de estancias ; animales y hombres son las fuerzas productoras, y basta para manejarlo la inteligencia y el criterio de un manual del estanciero práctico.

Su patria es civil, agrícola e industrial. De la bandera sacaría con gusto el sol de guerra, y del recuerdo todas las batallas, menos las que nos independizaron. En nuestra época sería un radical avanzado, entonces era un iluso, en plena utopía. Sin embargo algunas de sus ideas son justas, su concepto del heroísmo del trabajo, del deber cumplido en silencio, sin palmas, ni recompensas y boletines de gloria. Acaso los que araban la tierra en medio de las guerras no eran tan heroicos como los soldados... Su pensamiento es interesante y muy moderno.

Su concepto de la «patria» es complejo. Es una idea que lo obsesiona y aparece en todos sus escritos, hasta en su último discurso en 1880. Tenía sus motivos. Los angustiosos análisis responden al cruel drama de su vida. A fuerza de tanto pensar llegó a conclusiones muy curiosas. Así, la patria no es una cosa hecha, firme, inconmovible, es un proceso en desarrollo, en eterna formación, siempre por hacerse, como que los sentimientos que la crean y sostienen varían en las diversas épocas de la historia. A veces es patria de odios, de iniquidades y absurdos, otras de amor y generosa simpatía. La patria colonial estaba erizada de rencores, amasada con esos odios sólidos contra todos lo que no era español, y en particular los herejes y los ingleses, encarnación del diablo. La guerra de la Reconquista fué religiosa, inspirada en un entusiasmo más místico que patriótico. Los descendientes de los cristianos viejos creían a puño cerrado, como

dice Núñez, y se portaron a la altura de sus antepasados en la nueva guerra santa. La lealtad al soberano era el otro soporte de nuestra vieja patria.

La patria del año 10 incluye al español entre los europeos, « los libertadores nos enseñaron a odiar bajo el nombre de enemigo de América a todo el que era europeo ». Esta patria, de odio al género humano, prefiere la barbarie criolla a la cultura importada, es la patria de las tribus salvajes, « se oponían con orgullo a las telas de Europa los grotescos tejidos de nuestros gauchos » ; la que asegura nuestra independencia con remedios heroicos y crea una robusta psicología colectiva ruda, enérgica y resuelta. Todas estas fases del vigoroso concepto fueron efímeras y pasajeras, el odio sólo engendra cosas mezquinas e ingratas : « el odio no es ley de eterna vigencia ».

¿ Qué es la nueva patria ? No es un instinto que ate al hombre con el suelo, « suelo tene-

mos hace tres siglos, pero no tenemos patria sino desde 1810.». Sin embargo la poesía de la patria está en la naturaleza física, en el ambiente, en el color del cielo, en los horizontes y perspectivas. La patria de Alberdi es moral e intelectual: «es la libertad, el orden, la riqueza, la civilización en el suelo nativo, organizados bajo la enseña y en nombre del mismo suelo». Y esta patria es europea, importada por el europeo. ¿Acaso los indígenas conocieron el arte, la ciencia, la industria, la cultura? La Europa, pues, concluye, nos ha traído la patria.

Sumario analítico de un curso sobre Alberdi

I

Describir la inteligencia de Alberdi — no fué un filósofo, pensador, jurisconsulto, escritor — sino un hombre de estado poco favorecido por las circunstancias — no pudiendo actuar medita y diserta en treinta gruesos volúmenes sobre todo lo que habría hecho desde el gobierno.

Su fama proviene de la acción de sus enemigos, y su prestigio de un profundo conocimiento de su país — la Argentina es Alberdi, y Alberdi el más representativo de los

argentinos — sensual, materialista, despreocupado de todos los ideales políticos y religiosos, científicos, filósoficos y literarios — es de un modernismo exasperante — nuestro país realiza el programa de sus libros, es una rica factoría. Todas las cuestiones que hoy nos preocupan fueron solucionadas por Alberdi con admirable sentido práctico.

El drama íntimo de su vida — acusado de traición por dos grandes argentinos — adoraba a su país y le consagró toda su actividad mental.

Su concepto de la « verdad » : es un fin al que se llega « gradualmente » — condena el utilitarismo, pero su objeto es la busca de la felicidad material — el bienestar es la base de todo orden social — por eso dijo gobernar es poblar, enriquecer — así su pensamiento preside el gobierno de la república durante los últimos treinta años — anti-idealista en las cosas más sagradas como el « honor ».

Alberdi era un pragmatista acentuado mucho antes de que se sistematizara esa filosofía.

II

El método de Alberdi — tiene un concepto sistemático de las cosas — el desenvolvimiento armónico de la sociedad — ¿por qué saber leyes no es saber derecho? — nuevos axiomas jurídicos — la tradición — de los inconvenientes del plagio en materias constitucionales.

Objeto de los estudios sociales — adquirir la conciencia nacional. Que la Verdad es un instrumento de acción sobre el país. Comparación con V. L. López — el método « finalista » de Alberdi — López se preocupa de los medios.

III

La patria de Alberdi — la patria ciudad, la provincia, nación — todo el proceso de

desarrollo. Sentimientos que forman la patria : el odio y el amor, su evolución.

La patria colonial : su base es la lealtad y el odio a lo « no-español ». La patria del año 10 en adelante : odio al europeo. Que la patria no es el suelo. Es orden, libertad, riqueza, civilización en el suelo nativo.

La patria civil y militar — la gloria militar — los diferentes honores patrios. Héroes civiles y militares. Que la patria « se forma » continuamente y según las circunstancias predominan diversos sentimientos.

IV

La idea de « orden » — que por definición es cosa instable. El orden material y moral. El orden argentino — la tradición española hasta 1810. Que el concepto de orden de Alberdi es material — no concibe los conflictos morales o ideales. Resulta de to-

da su obra que el orden vendrá con la población y la riqueza — crítica.

Que un verdadero concepto del orden tiene que comprender a todos — las revoluciones traen la división y la anarquía — los liberales exaltados el antecedente español — la política de los acuerdos base del « orden » de Alberdi.

Formación del « orden » argentino — hábitos de obediencia creados por Rosas — la disciplina de la inmigración — hábitos de tolerancia traídos por historia dolorosa del pasado.

V

La instrucción pública — los ideales de Alberdi — que la república debe ser esencialmente comercial y pastora — cómo debe ser la instrucción — que saber leer es más bien perjudicial para nuestras masas populares.

Los medios : predominio de la producción, la inmigración y el cambio de raza so-

bre los libros, la filosofía, y la instrucción — desconfianza en los medios intelectuales y morales y gran fe en los materiales — que lo único eficaz es el buen ejemplo de los hombres de otras razas.

La teoría y la práctica — su desprecio de la instrucción superior y de los hombres de talento. El papel de la mujer.

La religión de Alberdi — religión de hecho y no de poesía. Su desconocimiento del fenómeno religioso y del alma humana. Que la esencia de toda práctica religiosa es poética mística y trascendental. Incapacidad orgánica del espíritu de Alberdi para elevarse por sobre los conceptos más humildes de la vida. El ideal del hombre público alberdiano : un administrador sobrio, económico y que sólo se preocupe de fomentar la riqueza, y que incruste esa ambición en el alma de su pueblo. Enseñanza de la historia sobre estos temas : los imperios asiáticos, los fenicios, la decadencia de Roma.

VI

Su primer idea del derecho : la influencia clásica a que obedece. Sus viajes por Europa, y especialmente por España , modifican fundamentalmente sus ideas ; que el derecho es un instinto social : así los Estados Unidos crearon la mejor organización de la democracia sin escuelas ni autores célebres de derecho. Que la ley no es la voluntad general — la voluntad de la historia — una opinión de Rivadavia. Cómo se forma y perfecciona el derecho : la jurisprudencia, el espíritu conservador.

Los dos períodos de la historia del derecho argentino : primero de 1810 a 1862, tiene por fines asegurar la independencia y la democracia. Los ideales sociales de esta época — la pobreza y la gloria militar, desprecio del lujo — que se oponían con orgullo a las telas de Europa los tejidos de nues-

tros gauchos — Alsina y los maricones.

Segunda época : el empirismo político. Se preocupa más de los medios prácticos que de los «fines» — teoría contraria de V. F. López. El desprecio de los grandes programas substituídos por los «medios» de conseguir felicidades inmediatas y materiales. El fin es fugitivo e inalcanzable — los medios constituyen el presente que es lo real : caminos de hierro, industrias, comercio, población. Que sólo los medios económicos mejorarán a los gobernados y por consecuencia al gobierno — de cómo la riqueza educa y eleva a las almas. La fortuna propuesta al país como único ideal de la vida.

Que por ahora nuestras constituciones tienen que ser instables y de transición, sin perjuicio de las conservadoras y definitivas de un lejano futuro.

Las leyes privadas deben inspirarse en idénticos principios.

Que en el derecho internacional no lea-

mos a Wattel y Martens, ni recordemos el Elba y Misisipí — que proclamemos la libertad de nuestros ríos. Que nuestra política debe ser pacifista — que no celebremos alianzas, ni creamos en el peligro brasileño.

Resumen : Lo que hubiera hecho Alberdi gobernante. Las presidencias de Roca y los escritos de Alberdi. Que la política alberdiana se basa en estos principios : la paz interior, conseguida por medio de los acuerdos ; la paz exterior a todo trance, temerosa de la misma victoria por las funestas consecuencias de la gloria militar ; el fomento intensivo de los intereses materiales ; un cierto dejo risueño respecto de los llamados intelectuales.

VII

La codificación, conceptos jurídicos a que responde. Vélez, su idea del derecho ; que

lo desenvuelve y crea la legislación ; razones personales de esta teoría para justificar el código.

Cultura que supone un código civil ; estado rudimentario de la cultura argentina en 1870 ; opiniones de Malaver y Alberdi. Inconvenientes de cualquier código civil argentino ; la diversidad de geografías económicas y políticas reclama diversas leyes civiles : el crédito territorial, la locación, las servidumbres ; que cada región de la república debe tener su ley civil especial de acuerdo con sus necesidades ; que el atraso de la ciencia jurídica es causado por el código civil ; como impide el progreso de los estudios jurídicos ; nuestra ignorancia de la historia del derecho argentino.

Motivos de los códigos sudamericanos ; que responden a razones de vanidad personal ; que Vélez se apartó de los modelos universalmente seguidos sin objeto, por acentuar su personalidad : que el código es

una copia servil ; que ni sus notas ha redactado, limitándose a traducirlas.

El método de Vélez ; exceso de reglamentación ; que en un país libre cada uno debe legislarse a sí mismo ; omisión de los antecedentes argentinos.

Crítica del código : que se equivocó en la organización de la familia y de la propiedad.

La familia religiosa y la inmigración ; omisiones respecto del estado civil. La familia y la política ; reformas para democratizarla ; en las relaciones de los esposos, en la naturaleza del vínculo ; que el divorcio complementará estas reformas.

La propiedad ; otro error de Vélez ; la tradición y el contrato ; que no se explican sus preferencias por el sistema romano ; su falta absoluta de previsión y su desconocimiento de la época.

Que el objeto principal de un código es organizar la familia y la propiedad ; que en los dos puntos se equivocó Vélez ; que el

código se reformó diez años después de sancionado, cambiándose el tipo legal de la familia, y apartándose del sistema romano en cuanto a la propiedad.

Que no es exacto que el código sea un monumento : que fué improvisado en dos o tres años, revistiendo todos los caracteres de una recopilación hecha de prisa. Cómo se hacen códigos en otros países.

Resumen : el código no ha reportado ventajas y ha sofocado la naciente ciencia jurídica argentina. Necesidad de iniciar la reacción contra el código y el prestigio injustificado de su autor.

VIII

Vicente F. López y el código civil. Que un congreso extralimita sus facultades reformando la constitución civil en sus partes fundamentales. Que si las reformas constitucionales requieren un voto del soberano con

mayor razón las que afectan la familia y la propiedad. Ejemplos de otros países. Que los códigos no deben hacerse sin la cooperación de las altas magistraturas y cuerpos consultivos tradicionales. Que lo contrario importa imponer a un país la opinión de un jurisconsulto.

Cómo se preparó el código francés. Ligereza e improvisaciones. Vélez Sarsfield. Que nuestros códigos han sido simples trabajos de copia precipitados; que no siendo Vélez erudito posee el juego de los resortes que hacen parecerlo; que Vélez era completamente ajeno al movimiento filosófico, científico y literario.

El método de sanción del código; graves defectos de redacción. Nuestra tradición legal. Por qué las notas del código son superiores al texto.

Resumen: concordancias de Alberdi y V. F. López.

IX

El positivismo de Alberti es de un radicalismo absoluto — desprecio de las fórmulas y de las teorías, que los hechos imponen las leyes y las constituciones — que, como consecuencia, los hechos son la única base y objeto de la llamada ciencia política. Que Alberdi adelanta en cincuenta años al pensamiento de su época — que estas ideas y su método son los preconizados por los autores más modernos.

El Poder viene formándose por nuestra historia. Que debemos remontarnos para conocer nuestras instituciones al pasado colonial y a la historia española.

Que no estamos preparados para un régimen republicano liberal. Que una república dictatorial y de sufragio restringido debe ser nuestro ideal por ahora. Necesidad y conveniencia de organizar un poder ejecutivo muy enérgico.

De cómo el desarrollo histórico de nuestro país da la razón a Alberdi.

El método de Alberdi es el de observación y experimentación — que debemos ajustarnos a los hechos que son la vida y que de todas maneras se sobreponen a las teorías.

Alberdi y la lógica contemporánea — analogías extraordinarias con las filosofías de Bergzon, James y Schiller.

Que en su sistema deja de lado la lógica y el razonamiento teórico, y sólo atiende a las enseñanzas de la vida nacional, aceptando todas sus invenciones, pasando por alto todas sus contradicciones. Así, su república no es científica en el sentido clásico de la palabra, no es lógica, es práctica, formada por los hechos de nuestra historia, amasada con nuestra sangre.

X

Concepto dominante en la obra de Alberdi : que cada pueblo por el hecho de existir

es un sistema, una idea realizada y puesta en obra por la acción de sus leyes. Analogías con la filosofía de Hegel y el idealismo alemán.

Que la federación y el unitarismo son caracteres accesorios del estado; que son momentos que alternan en el proceso de su vida; siendo la unidad el fin ideal.

Groussac y sus concordancias con Alberdi: teoría del orden y del Estado. Groussac, considera el Estado como algo que está en una formación continua — un concepto original del orden.

Comprobación histórica de estas teorías. Progresos del centralismo a través de nuestra historia. Rivadavia proclama la unidad y Rosas la realiza. Que los unitarios y los federales buscan el mismo fin, y que toda esa crisis histórica versaba sobre palabras.

Rosas y su importancia en la formación del estado argentino.

Historia de las ideas sociales en la Argentina[1]

¿En qué pensaban los argentinos de la época colonial? ¿Qué ideas tenían sobre la economía, la sociedad, la moral? El trabajo de investigación de estos puntos es penoso. Ya lo decía Foustel de Coulanges : *l'histoire n'est pas une science facile.* Encontramos los rastros de esos conceptos sociales un poco en todas partes : en los documentos públicos, cartas de gobernadores, súplicas de vecinos, solicitudes de gremios, quejas de co-

(1) Conferencia leída en el Instituto popular de *La Prensa*.

merciantes y de estancieros, cantares populares, crónicas y tradiciones. Aunque no fueran ilustrados, ni tuvieran escritores que expresaran sus ideas, es evidente que pensaban, y sobre todo sentían intensamente estos temas de interés muy vivo. Sus ideas constituyen una ciencia política, inorgánica, incoherente, popular, que se forma de una manera intuitiva, por la sensación directa y fresca de un estado de cosas.

El fin que se proponen estos estudios es la reconstrucción del argentino del pasado, en la forma más amplia, que comprenda toda su alma. Y estas fases, moral, social y económica son las más interesantes. Nos obligan a poner en la tarea todas nuestras facultades, y en especial las emotivas, en todo lo que se refiere a la moral.

La sensibilidad bien educada es un instrumento precioso para penetrar en los misterios de la vida y de la muerte. A medianoche, en el silencio del hogar, cuando sólo

llegan las horas pausadas del reloj de la vecina iglesia, los manuscritos reviven y se sienten el latir de las almas muertas. Es la hora de los fantasmas, de las leyendas, el amanecer del día de ultratumba, las horas en que los muertos hablan y se comunican con los vivos, en que se despiertan ideas nuevas que dormían en el fondo de nuestra inconciencia. A veces hasta vemos la fisonomía del viejo regidor, que grita en pleno cabildo : ¡ Imploremos a Dios por intermedio de su Santísima Madre, para que se apiade de nuestra desgracias !

Otras veces, con menor elocuencia, se habla de las ventajas de la libertad del comercio — esa es la teoría de los estancieros — o de los monopolios — el dogma de los negociantes peninsulares — de la moneda de vellón, muy apreciada por los criollos, que substituían el oro con los productos del pais, y condenada por la banca peninsular que prefería la moneda sana ; de los gremios, de

los monopolios que abaratan los géneros, de los valores, de las rentas y de los impuestos. Se discute la conveniencia de evitar el parcelamiento de la tierra, porque la ganadería requiere las grandes áreas, y así lo resolvió el virrey Arredondo en una cédula muy fundada.

Son conceptos económicos y sociológicos que nacen en las calles, en la charla de las tiendas, en el comentar de los claustros, donde se reune lo más granado de la sociedad. Desgraciadamente, los religiosos no prestan mayor atención a estos intereses terrenales.

La ciencia, la verdadera, la noble, vive en regiones muy altas, muy distantes de este mundo efímero. Sin embargo, en la biblioteca del convento están las obras de Santo Tomás, San Agustín, San Juan Crisóstomo, que trataron de la economía con mucha erudición y fundamento. Establecieron principios muy convenientes, basados en la moral, en el ejemplo de los evangelistas, en la Bi-

blia y en la misma naturaleza de las cosas, observadas de un punto de vista peculiar. Llegan a este resumen desalentador para todos esos hombres : que el comercio es pecaminoso. Y en los gruesos tomos de Solórzano se repite con las mejores autoridades, y lo confirma Bobadilla en su *Política de corregidores,* que los caballeros no deben ladearse con los regatoneros de mantenimientos.

Los padres miraban con cierto desprecio estos problemas. La teología era la materia privilegiada, de un interés palpitante. Los estudiantes teólogos constituían la crema de las clases. Estaban familiarizados con unos volúmenes que parecían biblias, escritos en latín, impresos en letras góticas, con mayúsculas adornadas. Esos adornos, en líneas de oro, eran un primor de elegancia y finura. Debía ser una ciencia aristocrática la que se envolvia en formas tan bellas y elegantes. Eran cosas muy difíciles, que requerían una vasta preparación. En esos libros se explica-

ba ese mundo prodigioso que vive tras las nubes, oculto por la cortina azul, alumbrado por las estrellas. Entre los deliciosos arabescos, se aclaran con una tipografía admirable todos los misterios del cielo y de la tierra, el destino del hombre, la esencia de Dios y hasta se define y se mira sin miedo a la misma muerte.

Al lado de estas cosas los problemas planteados por los monopolistas y estancieros, el justo precio, los intereses comerciales que afectaba el Cabildo en sus ordenanzas sobre el pan, el trigo y la carne, eran cuestiones subalternas. No merecían los honores de una meditación seria, Santo Tomás, en su *Summa Theologica*, daba el método, el criterio y todos los elementos para formarse una opinión sana.

La justificación del comercio fué una de las preocupaciones de los teólogos medievales y modernos. Suprimid la codicia — dice Tertuliano — y nada explica las ganancias.

San Jerónimo enseña que las utilidades del comerciante se realizan a costa de los demás : es la frase de Dumas, hijo, el comercio es el dinero de los otros. Ante estos conflictos entre la tendencia de los hombres y los preceptos religiosos, los teólogos buscaron una transacción, admitiendo el comercio sobre la base del justo precio y condenando el interés ; fué declarado pecado grave.

Frente a la doctrina romana expresada por el jurisconsulto Paulo, que decía : « es naturalmente permitido a las partes contratantes aventajarse en los negocios » y apurado por los deseos de los comerciantes católicos escrupulosos, Santo Tomás elude la dificultad con esta maestría : « comprar por un precio inferior a su valor o vender por un precio superior, es en sí mismo prohibido e injusto ; pero hay circunstancias que autorizan a apartarse de la regla. En los casos de engaño el pecado es evidente ». « Pero la institución de la compraventa ha sido adoptada

en bien de la humanidad. Siendo esto así, es preciso que el contrato aventaje igualmente a las dos partes.» (W. J. Achley, *Historia de las doctrinas económicas en Inglaterra.)*

Así, de las ilustradas tertulias de los claustros llegaban ecos de una economía fantástica. ¡ Pero esa era la Verdad, verdad impresa en libros famosos, encuadernados en pergamino, con autores que se adoraban en los altares !

Imaginen ustedes las caras de aquellos comerciantes y estancieros al escuchar estas cosas. Los argentinos de entonces, como los de hoy, no eran idealistas ni románticos ni imaginativos. Tenemos pensadores como Alberdi, Sarmiento, Echeverría, estadistas, jurisconsultos ; pero no se ha hecho el poema, la estatua, el cuadro o la sinfonía, que en su esfera, esté a la altura de las *Bases* o del *Facundo*. No creo que ustedes piensen que *Martín Fierro* sea nuestro poema nacional y el Tango la música argentina, que

exprese el fondo lírico de nuestras almas.

El tango, y excusad la digresión, señores, es una de las formas sugerentes y graciosas del sensualismo, está impregnado de malicia picaresca. Al mismo tiempo es trágico y apasionado. Lleva siempre una nota siniestra. Nos sugiere esa conjunción fatal del amor y de la muerte, tan magistralmente expresada por Merimée y Bizet. No es argentino, como se pretende ahora por publicistas españoles, con torva intención, y por algunos escritores franceses. El tango es cosmopolita. Obtuvo iguales triunfos en las tabernas alegres de todas las capitales. Se bailó en París, Londres, Viena, Berlín, Madrid y Sevilla, donde nace en las cuevas de la raza bohemia. Es el himno de la lascivia creciente, característica, en el apogeo de una civilización, de ese desorden moral precursor de las grandes catástrofes. No es imposible que ante la Historia, esta lucha de todas las naciones constituya algo así como

el sacrificio necesario para barrer esos malos elementos, de corrupción y de muerte, elevando las almas a alturas morales insospechadas. Así se crearía una humanidad nueva; como de las ruinas de Roma brotó la flor cristiana del amor y de la justicia, entre los horrores de las invasiones. Y el tango fué el resultado de un estado moral. Flor de charco, recogida por alguna orquesta de tziganes, fué aplaudida en los *halls* de los grandes hoteles, y de ahí regresó a Buenos Aires, rodeado de una aureola de snobismo, con mayor gracia y refinamiento.

Decíamos, señores, que los argentinos no fueron idealistas. El idealismo no cuenta un solo discípulo en nuestro pasado. Es cierto que Avellaneda se muestra entusiasta de la filosofía alemana, del idealismo de Kant y de Hegel; pero se ve que los conoce por referencias y que lo atrae Savigny con su realismo, inexorable con los principios y los dogmas jurídicos.

En cambio, Spencer y Mill tienen muchos adeptos, porque en el fondo son empíricos, y los argentinos desconfían de los sistemas, y los miran con esa dulce sonrisa, de que hablaba Avellaneda. En el estudio del derecho nos gusta el método exegético; en historia, las causas inmediatas o personales, aun estudiando el pasado estamos en un eterno presente, las cosas son, no devienen. Los conceptos fundamentales de la filosofía del siglo XIX, las teorías del devenir o desarrollo de las cosas, no penetraron en nuestra inteligencia. Las fuerzas más remotas y profundas que empujan la vida nos parecen simples fantasías. Nos basta un realismo empírico y la filosofía del sentido común. A principios del siglo anterior nuestros profesores de filosofía seguían a Condillac. En el fondo de su pensamiento estaba el concepto de que todo nace y muere con la sensación. Alejandro Korn y José Ingenieros han descripto nuestro movimiento filosófico en trabajos cu-

ya lectura os recomiendo, con claridad y sobriedad, y además con elegancia.

Imaginad, señores, esas reuniones en los jardines de San Francisco, en que se discutían estos asuntos entre los vecinos afincados y los religiosos. En las mañanas claras y doradas de invierno se paseaban entre las plantas y los bellos árboles, filosofando y murmurando. Se hablaba de Santo Tomás, de Duns Scott, de Aristóteles. Además se sabían muchas cosas reservadas, las pequeñas comedias de las antesalas del gobernador o del virrey, las intrigas sociales que se desarrollaban a la sombra del claustro.

A la antigüedad venerable — decía algún lector filósofo, refiriéndose a estos angustiosos problemas económicos — se ha de hacer mucho honor. Cualquier desprecio de la antigüedad debe mirarse como un sacrilegio. Y si tenemos que apartarnos de los antiguos debe ser con la mayor modestia.

Y los antiguos estaban ahí cerca, en los

altares, rodeados de discípulos de rodillas, como Santo Tomás, en actitudes místicas, como San Agustín, y con los infolios retratados en el cuadro sagrado. Los hombres debían sentirse infinitamente pequeños ante esas aureolas de santidad y de ciencia. Esas doctrinas eran con seguridad el pensamiento de Dios. A ratos se notaba el olor de incienso, o se oía el eco de los cantos, coros, murmullos crecientes de la salve o del rosario.

En esas horas y en los jardines del convento Santo Tomás tenía razón. Pero de regreso a su casa, en los ocios de la siesta, los argentinos reflexionaban; reflexionaban en los hechos, en el trigo, los cueros, la carne, que se perdían; en todas sus necesidades y en las complicaciones de la vida real; en las utilidades pingües por realizar, si no fuera esa *Summa theologica* y esos sermones y esa ciencia que para nada servía. Y crearon poco a poco sus conceptos fuera de Santo Tomás, San Agustín, Tertuliano, a pesar de

Bobadilla y Solórzano. Sostenían la esclavitud porque la tierra necesitaba brazos ; el libre cambio o el justo precio, según las circunstancias y los movimientos de la especulación. Estaban convencidos de que la libertad fomenta la riqueza, excepción hecha de lo referente a la esclavitud.

Como lo véis, señores, no les preocupaba la contradicción lógica. Sus ideas se formaron por la observación directa del fenómeno económico. El hecho es siempre un símbolo del espíritu interno que lo produce. La ciencia moderna nos enseña el método de extraer la Idea de las entrañas de la vida, ayudándonos a comprenderla. La metafísica y la filosofía nos dan los marcos dentro de los que pueden sistematizarse las ideas dispersas. A falta de estos poderosos auxiliares, los argentinos de esas remotas épocas formaban sus teorías interpretando los hechos a la luz de sus conveniencias, guiados por su instinto de conservación.

Así establecieron empíricamente dos o tres conceptos económicos, basados en la libertad. Y emprenden su lucha homérica contra todas las autoridades teológicas y políticas, lucha que llega a su apogeo con la fundación del virreinato. Tenían como enemigos a Santo Tomás, San Agustín, Tertuliano y todos los respetables infolios de los conventos ; a los legistas y jurisconsultos, a los políticos, toda la Península y una buena parte de la América. Contestaban los argumentos con hechos y oponían cifras apetitosas a la lógica de la economía escolástica.

Habéis observado, señores, que hay una evidente analogía entre el proceso lógico de la época colonial y los métodos empleados en épocas recientes ; épocas tan distintas de todos los puntos de vista de las antiguas, como si al través de las variaciones de la vida persistiera una tendencia mental idéntica. Llegado el momento de la acción, se prescinde de la teoría, de los libros, de las auto-

ridades, aunque vengan de la Academia francesa, de la Sociedad real de Londres, o del Liceo de Roma. Se busca el concepto más adecuado que impulse el acto necesario, por encima y más allá de la lógica, diría, parodiando al poeta filósofo.

Hace algunos años, Leroy-Beaulieu, Gresham, Stuart Mill, Jevons, Ricardo... eran los substitutos de San Agustín y de Santo Tomás. Enseñaban muchas cosas que eran mi encanto de estudiante : Smith con su teoría de la libertad del comercio, Gresham con su ley sobre la moneda, Ricardo y su concepto de la renta, eran como los santos y los dogmas para los coloniales. En los jardines de la Facultad conversábamos con los maestros inolvidables : Goyena, Estrada, López, Moreno, Lamarca, bajo los mismos rayos de sol, en mañanas de invierno igualmente claras y doradas. Se veía la copa del pino secular, bajo cuya sombra discutieran los argentinos del pasado. Y observaba cómo

las lecciones de la cátedra se confunden en los dinteles de la Facultad. Mientras Lamarca explicaba la ley de Gresham, que la mala moneda excluye la buena, el gobierno decretaba las emisiones. La vida política recogía sus inspiraciones en la calle, en los clubs, entre la muchedumbre, interpretando sus deseos. Los argentinos de fines del siglo XIX procedieron como sus bisabuelos del siglo XVIII. Saludaban con respeto a los sabios, colocaban sus bustos en las bibliotecas, pero procedían con una ciencia de instinto ; mezcla de intuición, tacto y un admirable manejo del medio social y política ; en una forma radicalmente opuesta. Sin perjuicio de continuar los novenarios, de citar las autoridades en sus discursos, y hasta los invitaban a realizar viajes de estudio, para contralorear sus opiniones.

Desde esos remotos tiempos, nuestra filosofía económica se basa en este simple concepto : la verdad es verdad si ayuda a reali

zar el hecho, si coopera al desarrollo del país en el minuto pasajero en que se la requiere. Si no es así, la dejamos reverentes en el altar, iluminamos en su obsequio en las cátedras, y hacemos lo que nos conviene.

El primero de los argentinos que pensó sistemáticamente fué Echeverría, en su *Dogma social.* Echeverría había estudiado en París, y parece tener una instrucción discreta. Reflexionó mucho sobre nuestras cosas, y presidió aquella Asociación de Mayo, que brilla como la luna sobre un mar negro y tumultuoso, en la época de Rosas. Hé aquí su principal regla metodológica : « No salir del terreno práctico, no perderse en abstracciones, clavar el ojo de la inteligencia en las entrañas mismas de nuestra sociedad, es el modo de hacer algo útil a la patria. » Para Echeverría, la verdad es *algo útil a la patria.* Lo que no es útil, lo que no se traduce en hechos, lo que en acción, es simple fantasía o pasatiempo.

Alberdi es más avanzado que Echeverría. Establece este concepto : cada época tiene la filosofía y la verdad de sus necesidades y de sus circunstancias. « La filosofía del siglo XIX — nos dice — no es la filosofía del siglo XVIII, porque cada siglo tiene su misión peculiar, es decir, sus cuestiones, sus intereses, sus tareas, sus fines exclusivos y propios; quiere tener y tiene también su filosofía peculiar. » Y en otras de sus bellas páginas, expresa su ideal : « una filosofía argentina que, aceptando las doctrinas indestructibles, los antecedentes fundamentales de los sistemas pasados, aspire a poner ella un elemento suyo, una condición nueva y adecuada a su misión particular; filosofía, en una palabra, penetrada de las necesidades sociales, morales e inteligentes de nuestro país, clara, democrática, progresiva y popular. »

¿Lo véis, señores? Alberdi, como Echeverría, proyecta una filosofía de la acción,

por eso quiere que sea «calurosa como nuestro genio, brillante como nuestro cielo, profética, inspirada, rica de esperanzas alentadoras... que forme jóvenes generosos, guapos, fáciles al sacrificio, tolerantes e intrépidos». ¡Así, en el concepto argentino, pensar es obrar; metafísica y filosofía son actos, fuerzas concretas que impulsan la vida, cosas audaces y briosas, como la esperanza o la victoria!

Si reflexionáis, señores, sobre este curioso momento de la evolución argentina, convendréis en que nuestros escritores enuncian, a mediados del siglo pasado, ciertos conceptos que entran en las filosofías ultramodernas de Nietzsche y de Bergson. Hay en Alberdi una idea de la verdad variable y un patrón de la vida colectiva, generosa, alegre, llena de esperanzas e impregnada de la voluntad de vivir, que dominaron en Europa en los últimos veinticinco años. La alegria del vivir enseñaba en Buenos Aires, a raíz de la

dictadura de Rosas. ¡ Qué extrañas cosas descubre esta historia de las ideas!

Volviendo a nuestro asunto, señores, Echeverría y Alberdi buscaron la explicación de los fenómenos sociales en las cosas mismas; y observaréis que llegan por un razonamiento metódico a las mismas conclusiones lógicas que los buenos vecinos del siglo anterior. Echeverría, expresa en forma clara las ideas algo confusas de nuestros antepasados respecto de las autoridades científicas: « ¿ qué nos importan — dice — las soluciones de la filosofía y de la política europea que no tiendan al fin que nosotros buscamos? ¿ Acaso vivimos en igual mundo? ¿ Sería un buen ministro Guizot, sentado en el Fuerte de Buenos Aires, ni podría Lerroux con toda su facultad metafísica explicar nuestros fenómenos sociales? ¿ No es gastar la vida y el vigor de las facultades estérilmente, empeñarse en seguir el vuelo de esas especulaciones audaces? » Apelar a la

autoridad de los pensadores europeos, es introducir la anarquía, la confusión, el embrollo en la solución de nuestras cuestiones.

¡Cómo habrían aplaudido estos párrafos los tertulianos del jardín del convento! Eso era lo que ellos sentían y no sabían expresar, respecto de Santo Tomás, San Agustín y Tertuliano. Y cuando el escritor se exalta y grita: «¿no sería absurdo que cada uno de los utopistas europeos tuviese un representante entre nosotros?», los cuadros y los libros sagrados se hubieran estremecido en sus altares.

El desenvolvimiento intelectual sigue siempre un proceso análogo. Llega un día en la evolución de un pueblo, en que aparecen los hombres que recogen el pensar, más o menos inconsciente, de sus conciudadanos y lo exponen en algún sistema que es la verdad del momento. Echeverría y Alberdi cumplieron ese papel; fueron los expositores del contenido de la mentalidad argentina en una

época, y precisaron sus vagas y confusas aspiraciones.

A principios del siglo XIX, Rousseau trae una gran perturbación a la mentalidad argentina. En esas épocas, el Contrato social era un libro peligroso, como Werther; trastornaba a sus lectores con la magia de su estilo, la frescura e intensidad de su sentir, el fondo generoso de sus bases. Mariano Moreno fué una de sus víctimas predestinadas. Era de una inteligencia común, con escaso poder de razonar y con un temperamento apasionado y místico. Sufría de alucinaciones, y para ser estadista le faltó el sentido de la realidad y saber observar. Sin embargo, es el numen convencional de nuestra historia, el hombre símbolo del alma argentina, y de la Revolución de Mayo. Esto no es exacto, pero es inofensivo. El alma argentina es demasiado compleja y nuestra historia siguió su curso, movida por otras fuerzas que jamás sospechó nuestro numen. De tener-

lo, señores, lo sería más bien Rivadavia.

Su mentalidad era clásica, es decir, formada en el molde del silogismo, con la fe, la religión de la verdad absoluta. Como todos los logistas, era intolerante ; creía tener el secreto de la vida en los límites de su razonar. Temperamento exagerado e inteligencia inferior, dieron por resultado un fanático de ideologías, de conceptos exóticos, inaplicables en nuestro país.

Venía de los jardines del convento. « A Mariano Moreno, dice don Manuel en sus *Memorias*, le permitían sus padres visitar por las mañanas a las personas que lo favorecían... eclesiásticos de reputación por sus talentos y virtudes, los cuales le pagaban benignamente sus visitas. » En mayo de 1810 substituyó a Santo Tomás por Rousseau ; cambia de ideas y de sistema, pero conserva el método, la fe en el puro razonar ; y se convierte en uno de los inacabables teorizadores del progreso, de la libertad y de la

manera de mejorar los hombres con argumentos y buenos consejos.

Sus ideas, o mejor dicho, las de Rousseau, inspiraron a los políticos del año 13; suprimieron la esclavitud, la mita o trabajo forzado de los indios, proclamaron la igualdad, la justicia, las garantías naturales... En ese mismo año el gobernador Oliden dicta un decreto que divide a los hombres en dos clases: propietarios y sirvientes. Todo campesino no propietario, dice el decreto, será reputado de la clase sirviente. Todo sirviente debe tener una papeleta visada por su patrón y el juez de paz, renovable cada tres meses. El que no la tiene es vago. El vago sirve cinco años en el ejército, y si es inapto, debe reconocer un patrón a quien servirá forzosamente dos años por su justo salario.

¡Cuando os decía que Moreno no sabía observar!

Esa influencia de Rousseau modifica, entre otras cosas, el concepto de la sociedad.

Para los coloniales era una entidad misteriosa, puesta por Dios sobre todos los hombres. Una cadena de eslabones muy fuertes, que unían a un individuo con otro, encuadrándolos en una serie jerárquica, que termina con el rey : vicario de Dios, puesto sobre los hombres para conducirlos en verdad y en justicia ; un conjunto de marcos fijos, invariables, donde entramos al nacer y salimos con la muerte.

La sociología más reciente; cambia elegantemente cada diez años ; llega a las mismas conclusiones con un método estricto. Substituye la voluntad de Dios por relaciones necesarias, pero misteriosas. Comprueba que la sociedad está por encima del individuo, y que tiene un poder incontrastable, como las leyes de la naturaleza física. Pero ese punto luminoso continúa rodeado de una franja obscura, en la que no se puede penetrar. Ahí los antiguos ponían a Dios y el misterio se desvanecía y la fran-

ja obscura era de una nitidez meridiana.

Los acontecimientos se encargaron de demostrar que el atomismo de Rousseau era falso; que hay algo más que los individuos en el tejido social. Los argentinos vieron desagregarse una sociedad, y como desorganizados los principales hilos de la madeja, el edificio caía. Los individuos dispersos, fuera de los cuadros tradicionales, corrían sin rumbo, como animales en fuga, sembrando a su paso la miseria, la desolación y la muerte.

Por una vez que nuestra inteligencia salía de sus viejos caminos, incurría en un error formidable. La lógica de Rousseau, como la de Santo Tomás en los viejos tiempos, nos resultaba funesta. Así el gobernador Oliden, señores, fué un sabio. Buen practicón en achaques de gobierno, como lo fué Rosas, comprendió que por esos caminos de lirismo humanitario se iba en línea recta al caos. Y promulgó su ley, de la que no hablan nuestros historiadores, ¡para darnos la ilusión de

una cultura! estableciendo esos modos transitorios, del caso : patrones y sirvientes, todos a trabajar o a servir a la patria.

Eran los tiempos maleantes, señores. Parece fantasía hablar de historia de las ideas en esos años. Sin embargo, la fermentación mental es extraordinaria. Batallan el nuevo y antiguo régimen. Triunfa en el terreno de los hechos la restauración colonial de Rosas, y en el de las ideas el sistema ecléctico de Echeverría y Alberdi, que funden armoniosamente el presente con el pasado, preparando el año 1862, en el orden moral, como lo prepara Rosas en el orden político, sometiendo el país a una dura disciplina. Tenía razón Hegel : lo real es lo racional y lo racional lo real. Al proceso ideal de lucha de un pensar amenazado, corresponden en la realidad las campañas montoneras; el caos intelectual y moral es el trasunto del caos social y político.

En el congreso de 1825 nuestros legisla-

dores, aleccionados por la experiencia, vuelven a los viejos conceptos de la sociedad. La constitución del país, dice un orador, debe tener dos bases : la una que introduzca y sostenga la subordinación recíproca de las personas, y la otra que concilie todos los intereses y organice y active el movimiento de las cosas. Y otro orador, expresa este concepto tan justo : « ¡Cuán fatal es la ilusión en que cae un legislador cuando pretende que sus talentos y voluntad pueden mudar la naturaleza de las cosas, o suplir a ellas sancionando y decretando creaciones! » Así quedaba olvidada la soberanía absoluta de un pueblo, que importa un poder de cambiar su naturaleza a voluntad.

La guerra civil nos enseñó lo que enseñan Comte y Spencer : que los hechos y formas sociales son reales, como los hechos de la naturaleza, y que tienen sus relaciones necesarias.

Pero la influencia del método teórico per-

siste en el grupo unitario, en oposición al federal que es práctico y oportunista. Esta diferencia de mentalidades, ¿no sería una de las causas de los antagonismos políticos? El unitario es soberbio, como todos los teorizadores, como los terroristas del contrato social; tiene una fe ciega en su razonar y adora la verdad como algo trascendental, que desciende del cielo, suspendida de los hilos de la lógica. En el Congreso del Paraná decía el diputado Posse: «Una verdad económica en Francia, por ejemplo, puede serlo para allá, pero llegará a convertirse en error al pasar los Pirineos. Hay que observar, además, que no son eternas las verdades que han gobernado el viejo mundo... si queremos encontrar acierto, lo más seguro es estudiar nuestros propios hechos y necesidades.» Y el doctor Rawson, prototipo del unitario razonador, le contestaba en tono airado: «Yo rechazo, señores, esa negación de la ciencia económica, esto es de la universalidad de sus

axiomas; porque las verdades que ella enseña como fruto de la tradición experimental de los siglos, tienen para todos los hombres de progreso la autoridad de demostraciones matemáticas.»

Hace algunos años que dicto un curso de sociología en la Facultad de derecho. En los ratos de ocio, entre dos clases, explicaba a Echeverría y Alberdi, en una forma elemental. Cuando mi curso se incorporó al doctorado planeé la historia de las ideas, curso nacionalista que no existe en otras universidades americanas.

Es una historia de las ideas del pueblo, buscada en los documentos que cité al comenzar. Observaba, a medida que extendía mis lecturas, que todos esos conceptos, dispersos e incoherentes, se resumen de tiempo en tiempo en las obras de uno o dos pensadores. Echeverría y Alberdi expresan toda la evolución comprendida entre los años 25 y 62. Avellaneda inicia la entrada de la filo-

sofía alemana, que no tuvo mayor influencia, de Kant y Hegel. Vélez introduce a Savigny y la escuela histórica. López enseña la economía y el derecho romano, según el método histórico ; y en los pocos meses de su ministerio reorganizó las finanzas, ajustándose a la inspiración argentina. Mitre resume los diversos sistemas opuestos y en lucha, y trae a la fusión final a federales y unitarios.

Al mismo tiempo me sorprendía la coordinación lógica del desarrollo del pensamiento argentino. Tanto las ideas como los escritores venían a ocupar un lugar como señalado de antemano, llenando un vacío. Así nada era caprichoso o arbitrario ; los hechos, las ideas y los sistemas se presentaban unidos por una fuerte necesidad lógica.

Tuve, señores, la grata sorpresa de leer en Echeverría la enunciación de mi curso, en estas líneas : « desentrañar el espíritu de la prensa periódica durante la revolución, seguir el hilo del pensamiento revolucionario

al través de los sucesos, para poder apreciar el estado de nuestra cultura intelectual, el mérito intrínseco de los pensadores y escritores que se pusieron al frente de la opinión». Así, señores, mi modesto esfuerzo formaba parte integrante de la mentalidad argentina, y constituye un hecho que llega a su hora precisa, como traído por el movimiento de la historia.

En toda esta conferencia va implícitamente comprendido un método, diverso del empleado por nuestros publicistas. Se ha considerado a cada pensador como un átomo aislado, que produce en forma espontánea sus ideas por la meditación íntima. Ni se relaciona con el pasado, ni aun con el mismo presente. Goethe decía : « De la inteligencia del conjunto dependen todos los conocimientos humanos. » Y Taine describe el nuevo concepto metodológico en estos párrafos magistrales : « Considerar al mundo como un orden de formas que se llaman las unas a las

otras y componen un todo indivisible... demostrar que sólo podían reunirse en un cierto orden de combinaciones, que cualquier otro orden o combinación encierra alguna contradicción íntima; que esta serie ideal sola posible es idéntica a la serie observada, sola real, y que el mundo descubierto por la experiencia encuentra su razón, como su imagen, en el mundo reproducido por la abstracción.» Estos son, señores, los conceptos de Kant, Goethe y Hegel, que han revolucionado las ciencias sociales.

Así, debemos considerar a todas las ideas y sistemas y autores como un solo conjunto, un organismo intelectual, en el que entran el error y el mal y la contradicción, con la verdad y el bien y la armonía, como elementos vitales. No se puede aislar una idea o autor sin falsearlo y obtener el conocimiento incompleto. López, por ejemplo, es un pensador metido dentro de la corriente de la Historia y debe ser estudiado dentro de esas

fuerzas que lo formaron. Todos nuestros políticos y escritores son otros tantos eslabones de la cadena que desenvuelve el tiempo; y, en resumen, todos los argentinos del pasado, del presente y del porvenir, ilustrados e ignorantes, pobres y ricos, buenos y malos, formamos un solo haz y todos cooperamos, en la medida de nuestras fuerzas, al crecimiento del alma nacional.

Ahora, señoras y señores, esta rápida ojeada por la historia de las ideas, ¿no les habrá dejado una mala impresión? Recordarán de vez en cuando, a Santo Tomás, San Agustín, Tertuliano, los coloniales, Solórzano, Bobadilla, los jardines del convento, las mañanas claras y doradas de invierno, el pino de San Francisco... el modesto conferenciante, ¡con alguna indulgencia!

Documentos para la Historia Argentina

I

Las dos Facultades madres de la cultura argentina, la de filosofía y letras, y de derecho y ciencias sociales, han comenzado la publicación de estudios, y de viejos papeles relativos a nuestra historia civil. Los *Anales de la Biblioteca*, dirigidos por Groussac, iniciaron esta tarea penosa, pero indispensable, con sus ediciones críticas de obras antiguas y documentos originales.

Todos estos hechos son síntomas del cambio que sufre nuestra ciencia histórica. De

las simples y rudimentarias biografías de Carranza y Pelliza, de una psicología elemental; de las narraciones de batallas, o comentarios de constituciones nunca o mal aplicadas, se pasa insensiblemente a los esbozos de historia civil que contienen las obras clásicas de Mitre y de López. Los detalles de la vida ordinaria de los hombres cobran un gran interés, y hasta resulta que sólo esos fenómenos comunes y poco dramáticos, permiten reconstruír las sociedades del pasado.

Es posible que esta orientación de la historia, signifique alguna modalidad nueva en la mente argentina, y que otros elementos de cultura actuarán con grave eficacia, preparando los espíritus en este sentido de una mayor exactitud y realidad.

En primer lugar debe notarse la influencia de Groussac en el método, en la precisión, en poner al principio de autoridad en el lugar que en buena lógica le corresponde. Porque hasta hace algunos años, los argentinos

eran indisciplinados en política, y rebeldes a toda disciplina, exceptuada la esfera intelectual en la que seguían como los carneros de Panurgo. La opinión de un presidente o ministro de prestigio, o de un jefe de partido, era como la cosa juzgada *pro veritate habetur,* y entraba en las reglas del orden electoral su respetuoso acatamiento. Para ciertos espíritus cultos la situación era de una angustía sofocante.

Debe notarse también una relativa extensión de la enseñanza filosófica. No osaré decir que Hegel y Kant sean familiares ; pero se demuestra cierto respeto, y sus nombres junto con los de Schopenhauer, Nietzsche, Fitche, A. Comte, Taine, circulan en labios que uno no sospecharía. No se puede negar que la guerra europea ha sido un argumento de efecto en favor de la seriedad y eficacia práctica de la filosofía idealista. Y es evidente que aumentan los lectores pacientes de esas cosas tan difíciles y seductoras.

Aquí, el viejo hábito de sentenciar me obliga a decir que la Facultad de filosofía fué la iniciadora de nuestra cultura superior y desinteresada, y que el futuro historiador de nuestra época deberá nombrar con elogio a Matienzo, Rivarola, Korn, Piñero, Quesada, Bunge, Dellepiane, Ingenieros... entre los principales promotores de este movimiento.

Así la filosofía penetra nuestro criterio histórico, enseñando que las sociedades se transforman, manteniendo su unidad filial a través del tiempo ; que las fuerzas sociales son las ideas y sentimientos de los hombres ; que esas fuerzas crean los ejércitos, ganan o pierden las batallas.

II

En el volumen IV, editado por la Sección de publicaciones históricas de nuestra Facultad, que viene realizando una tarea siste-

mática, bajo la dirección de Luis María Torres, encontrará el lector una colección de viejos papeles muy interesantes y sugerentes.

Los documentos se refieren al ramo de abastos de la ciudad y campaña de Buenos Aires : ganados, cueros, carne, pan, sal, carbón y agua.

Su lectura enseña muchas cosas, y entre otras, que las cuestiones sociales se repiten en las diversas épocas. Así, para demostrar este aserto, podemos recordar que a fines del siglo XVIII, el pueblo se quejaba de la carestía de la vida. El Cabildo dictaba ordenanzas para abaratar los artículos necesarios, sin conseguir su objeto. Se achacaban los males a los impuestos, a los monopolios, a los manejos de los panaderos y negociantes de cereales. Y los males se perpetuaban a través de las ordenanzas y de los discursos.

El trigo valía entonces entre 10 y 12 pesos la fanega, equivalente, más o menos, a

veinte pesos de nuestra moneda nacional. En 1804 subieron todos los artículos: «de pocos años a esta parte — se dice en un memorial — han alterado notablemente de valor. El principio y origen de esta variación no es otro que el aumento de la población, numeroso concurso de gentes que nuevamente vienen a este territorio, el buen gusto y lujo en las mesas, notable aumento de nuevos oficiales en las artes y oficios mecánicos, son causas todas que, multiplicando el número de consumidores de carbón, no están en justa proporción a los brazos que lo trabajan. ¿En que época de los años anteriores se ha visto la carretada de leña al precio de seis, siete y hasta ocho pesos, tan exorbitantes los salarios del jornalero, tan aumentado el precio de las habitaciones, y por último, para decirlo todo, cuando ha visto el mayor valor de los granos que en el día, ni el millar de ladrillos a doce, diez y seis y veinte pesos?»

Así parece que el encarecimiento de la vida coincidiera con el progreso económico y social y que fuera el reverso obligado de toda civilización. No es la única enseñanza y sorpresa que guardan estos inestimables papeles del virreinato, buscados y clasificados con un plan determinado y reproducidos de acuerdo con la técnica más escrupulosa.

III

Nos permitimos llamar la atención del lector sobre algunos otros textos y documentos que ahora se publican. Unos (pág. 123 a 132) referentes a los comercios de cueros y carnes, no sólo revelan el estado económico y el mecanismo íntimo de los negocios, sino que nos dan detalles muy sugerentes para juzgar la moralidad de la época.

Otros (pág. 164) demuestran el adelanto y difusión de las ideas sanas de política, finanzas y comercio. Así, todo el tesoro de

filosofía económica cuya posesión exclusiva se atribuyó por equivocación a Mariano Moreno, era cosa corriente y banal entre todos los hombres cultos de la época. Y muchos de ellos que aparecen por primera vez en este libro, pensaron con más claridad y precisión. Don Josef de Oyuela, síndico procurador, escribía en 1803 estos notables párrafos : « con malos caminos ningún estado puede llegar al cúmulo de su grandeza... los políticos más grandes, los mejores calculadores de los verdaderos intereses de la felicidad general han llegado a convencerse de que la economía del tiempo es uno de los más seguros medios del engrandecimiento ».

La fundación del Pósito y su funcionamiento (pág. 275 y 375) demuestran la existencia en Buenos Aires de esta institución tan importante del derecho español. Porque a pesar de las dilatadas tierras de pan llevar, se sufría a veces la alucinación

del hambre. Un síndico procurador optimista decía en 1795: «vivimos bajo un cielo sereno y templado; no nos acometen otras plagas que algunas sequías y éstas no son frecuentes: pero con todo esto la agricultura está abatida, pobres sus profesores y nosotros amenazados de una hambre».

En la página 308, encontrará el lector una curiosa reglamentación de los negocios de trigo y pan, que completa estos documentos publicados anteriormente, y todos ellos originales de nuestro riquísimo archivo general de la Nación.

En la página 491 obra un importante alegato del doctor Cossio, en defensa de los fabricantes de carbón. No sólo atrae este documento por el estilo brioso y apasionado, sino que revela cosas muy interesantes relativas al mecanismo de los negocios. Ahí se precisan los derechos del estado y los del negociante, la diferente situación del regatonero y el mayorista; el carácter de los

objetos de abasto sobre los que ejerce su vigilancia el gobierno, y los de simple comodidad general. Se observan los procedimientos fiscales, siempre tiránicos, caprichosos y arbitrarios. Y de paso aprendemos que un sesenta por ciento de la población consumía carbón y que éste se vendía al precio de tres reales la cuartilla bien colmada, y que se fabricaba en los bosques del Uruguay y en las islas del Delta del Paraná, que hoy corresponden a la jurisdicción política de Entre Ríos.

La característica de la economía colonial es la lucha violenta entre el estado y el comerciante. Muy a menudo se llega al insulto. « Mis partes — dice el doctor Cossio — piden a usted el resarcimiento de los perjuicios que, cediendo a la fuerza, han sufrido en sus intereses, e imploran su protección superior contra horrorosas sindicaciones de monopolistas, usureros, defraudadores del público con que nuestro Cabildo ha herido

en lo más vivo su buen nombre, honor y pública reputación... »

En resumen este volumen encierra todos los elementos necesarios para formarse una idea exacta del régimen de los negocios. Nos permiten observar prácticamente los principios de la economía antigua basada en el «justo precio», en la supresión de la libre concurrencia, y su discusión en el contralor activo y minucioso del estado. Respecto a estos últimos conceptos son altamente interesantes los siguientes fundamentos — que transcribimos — de la vista del procurador general de esta ciudad don Manuel Basavilbaso :

El Sindico Procurador General de esta Ciudad, respondiendo a la vista, que V. S. — el ilustre Cabildo, justicia y regimiento — se sirvio comunicarle del escripto presentado por D. Cesilio Sanchez de Velasco, en que solicita se le admita la obligacion de abastecer esta ciudad de carne

por el termino de 5 años baxo las condiciones que propone; teniendo tambien presente el informe, que ha dado D. Francisco Lopez Garcia, Apoderado de los Azendados, y otras noticias relativas a este asumpto, le han pasado de orden de V. S. dice : que aunque los terminos en que se halla concevida la pretencion de D. Cisilio Sanchez, manifiesta por si misma el desprecio que merece, pues no solo se Dirige a despojar al pueblo o publico de aquella livertad, que tanto recomiendan los derechos, y que le es tan ventajosa en las circunstancias que concurren en esta ciudad sino que consultando solo a su propio beneficio, no se encontrara proposicion alguna, que aun guarde aquellas apariencias con que pudiera hacerse de alguna recomendacion su proyecto. De suerte que confiesa el procurador no haver podido menos que escandalizarse de la temeridad y arrojo de este individuo, que siendo vecino y haviendo disfrutado el año anterior del honor de que esta republica le condecorase eligiendole por unos de sus miembros con la distincion de preferirle a otros mas antiguos moradores y vecinos se hace mucho mas reprehensible una solicitud que no tiene otro objeto que los considerables perjuicios que resul-

tarian al comun, con manifiestas utilidades suyas. Y para que se conosca mejor, que el Syndico Procurador le ha arrancado sin livertad estas expresiones la razon y el dolor de ver haya sujeto entre los vecinos de esta ciudad, capaz de emprehender un proyecto que se dirige a conducirla a la ultima decadencia y a una total ruina, y a atentar contra los mas recomendables derechos, dividira para mayor claridad su respuesta en 5 puntos, a saber. En el primero demostrara que de suyo la proposicion de un exclusivo abasto es contraria a todo derecho. En el 2° que en esta ciudad no concurre, ni puede encontrarse la razon, que en otras permite y authoriza un arbitrio opuesto a aquellos principios. En el 3° los considerables perjuicios y daños que se seguirian a la republica quando se admitiese y que no es el medio de atajar los perjuicios, que toma por pretexto el Asentista, y hace presentes en su informe D. Francisco Lopez Garcia. En el 4° que las proposiciones de D. Cesilio Sanchez son por si mismas despreciables y perjudiciales. Y en el 5° por ultimo, propondra los verdaderos medios de ocurrir a atajar los inconvenientes y daños que con este motivo se han indicado para que asi, deslindando este negocio y

puesto en su mas claro dia no solo la justificacion de V. S. desprecie desde luego la proposicion que se ha hecho, sino que tome las medidas y providencias conducentes asi para estorvar haya otros que animados de sentimientos de su codicia y proprio interes, y obligados de la obligacion, que devia inspirarles la constitucion de vecinos patriotas de esta república, se arrojen como lo ha practicado D. Cesilio Sanchez, a solicitar el perjuicio y por hablar con mas propriedad el sacrificio comun.

Ese régimen fracasó. Y los hombres ensayaron la libertad absoluta para remediar la miseria y las crueldades de la naturaleza, con análogos resultados. Las luchas continúan, con diversas formas, pero siempre violentas y angustiosas. Ahora se inicia un regreso al régimen de la economía antigua, con otros nombres y otras pretensiones, apoyado en la Ciencia que reemplaza a Dios, inspirando a los hombres los mismos sentimientos de fe ciega, confianza absoluta, amor,

fanatismo y odio a los que no piensan como nosotros...

¿ Tendrían razón los religiosos coloniales cuando preconizaban el gran remedio : resignarse ?

Introducción

a los Discursos académicos

Esta edición de *Discursos académicos* no es crítica, ni lleva comentarios y biografías. Todos los oradores, salvo alguno que no hace al caso, se recomiendan por la distinción de espíritu y alcanzaron brillantes posiciones políticas y sociales. En nuestro claustro escuchamos a presidentes, embajadores, ministros, senadores y diputados, profesores famosos, hombres representativos del momento político, y con acción inmediata y directa en la historia contemporánea, como Pellegrini, Avellaneda, Lucio V. López,

Del Valle, Irigoyen, Alcorta... Las biografías y los comentarios críticos o explicativos, requerían investigaciones y juicios sobre hechos y personalidades, que todavía no pueden ser apreciados en la forma serena, como corresponden a la verdad académica.

Así, con sana prudencia, se resolvió dejar esta tarea al editor del segundo volumen, que aparecerá en 1940. Para esa fecha, la historia que hemos visto fluír se habrá asentado; todos esos fermentos, pasiones, intereses, vanidades, locas ambiciones, amores y odios, debidamente sepultados, en paz y concordia eternas, tendrán la nueva vida que les preste el historiador; salvo unos cuantos que revolotearán en la atmósfera del futuro como luces fantásticas, influyendo en sus afanes! Que sean fuerzas de amor, de paz y de justicia!

Me permitiré decirle a ese sucesor crítico y erudito que sea indulgente. La tarea de consolidar una nación de argentinos, de ha-

bituarlos a vivir en paz, con cierta disciplina y un poco de espontáneo respeto de la ley, era de las más difíciles y complicadas: «que es raro el arte de poner en paz», decía Alberdi. Nuestro futuro editor será filósofo y convencido del eterno devenir de las cosas. Sabrá que el orden y la moralidad no bajan del cielo bien concluídos, ni son regalos de la Providencia. Desde los orígenes de la historia los hombres leyeron en las estrellas las sublimes máximas. Realizarlas con la perfección ideal es tan difícil como acercarse a los astros. Los pueblos deben elaborar penosamente su patrón de vida a fuerza de sacrificios, de sangre, de dolores crueles. Nuestra Argentina no fué más corrompida, en sus peores épocas, que la Francia de Luis XV y la regencia, la Inglaterra de los Estuardos, la España de muchos Austrias y Borbones. El culto de la verdad, de la justicia y de la belleza es un dón de la historia, que viene después de infinitos afanes y angustias.

Y ya que de indulgencia se trata, no olvide el futuro editor a los que consagraron su vida a las tareas obscuras de la cátedra y de las luchas académicas. Para implantar el método histórico e iluminar con un poco de filosofía las enseñanzas jurídicas, fué necesario el transcurso de un cuarto de siglo. Y aun vive el viejo concepto de la Verdad, con V mayúscula, como dice W. James, la fe en las fórmulas y en los principios. La esencia evolutiva de las cosas no ha penetrado con la intensidad debida. Se obtienen las verdades jurídicas por deducción de los principios del código, se coloca al derecho encima de la vida, fuera de la corriente social; es la mejor manera de no entenderlo. Y como consecuencia de este método apologético del código y de su autor, desaparece la enseñanza crítica, y nuestra ciencia, como las religiones, se estanca en la admiración inconsciente de un jurisconsulto.

En 1940 apenas subsistirá el recuerdo de

estas revoluciones pacíficas, pero muy trascendentales. Códigos muy sintéticos, con doscientos artículos, gobernarán a veinte millones de argentinos; la justicia sumaria y fácil, regida por treinta artículos de procedimientos; la pena muy relativa al temperamento del criminal, algo arbitraria y librada al criterio del juez, como ocurre entre el médico y el enfermo... Qué pensarán ese erudito editor y sus contemporáneos de los viejos métodos y teorías que predominaron en nuestra Facultad hasta el año de 1904... algo así como pensamos nosotros de la filosofía medieval! Que sea benévolo con los modestos propangandistas! Los impulsaba un ardiente amor a esa patria que él contempla, una patria con el culto de la verdad, de la justicia, una patria de belleza moral, rica y fecunda en todas las manifestaciones de la actividad humana.

La propaganda reformista iniciada a fines del siglo pasado, comienza a realizarse en

1908 con las nuevas ordenanzas sobre la tesis, que implican la adopción del método histórico y de un criterio esencialmente argentino para toda la enseñanza social y jurídica; con la división de los cursos en integrales e intensivos, con las reformas de los planes de estudios del derecho civil y de la filosofía del derecho.

Durante muchos años se siguió el ejemplo de Moreno en el estudio del derecho civil: « a partir del año 1868, dice Malaver, el derecho civil se enseña por el código. El inolvidable doctor José María Moreno, que tenía entonces a su cargo esa cátedra, lo tomó como texto de sus lecciones, estudiando la ley en la ley misma, e investigando sus fundamentos y su alcance en las eruditas notas en que su ilustre autor explica su doctrina ». Los profesores David de Tezanos Pinto, mi respetado maestro, y Juan Antonio Bibiloni renovaron acertadamente el método de enseñanza, trayendo a colación elementos

científicos tan importantes como las sabias notas del doctor Vélez y del doctor Freitas.

En el primer número del *Anuario de la Facultad* que aparecerá en septiembre se publica un estudio prolijo de esta obra trascendental realizada por el consejo, de 1908 a 1910. Las monografías de profesores y alumnos, resultados de la nueva organización, permitirán que el público juzgue directamente la bondad de la reforma. Algunas tesis presentadas este año por distinguidos estudiantes, que terminan su carrera bajo el nuevo plan, nos garanten un éxito completo. Compárelas nuestro futuro editor con las del antiguo régimen, y notará las diferencias de método, de criterio, de interés nacional...

Y ya que estoy en contacto con el lector lo acompañaré un momento en su excursión por los *discursos académicos.* ¿No le parecen algo así como una galería de retratos? Cada orador se presenta de cuerpo entero... Esos que están medio borrados, de un tinte gris

muy uniforme, cuyas siluetas de líneas indecisas, alumbradas por una luz pálida, se distinguen apenas, fueron así en vida, y para comprobarlo contemplad sus retratos en el salón de grados. Sus fisonomías tranquilas, el tono de reposo, de serena confianza, de honesta y sana bondad, vienen de la escuela de las viejas y respetables universidades coloniales. Su ciencia era de una rigidez matemática, gracias a una lógica impecable, a la aparente docilidad de las cosas, y al prestigio del legislador que cortaba las discusiones irrespetuosas. Tienen a la Verdad, y este título perfecto les permitió desarrollar su enseñanza honestamente, tranquilos y seguros de sí mismos, admirando este universo que cabe en la lógica de Balmes.

Con Lucio Vicente López y Aristóbulo del Valle entramos en una nueva escuela que es de transición entre el pasado y el presente, transición que sufre la crisis decisiva en 1904. Ambos profesores acentuaron la ense-

ñanza histórica y nacional del derecho político, apartándose del tradicionalismo conservador y aristocrático de José Manuel Estrada; J. A. Terry la introduce en las finanzas... Pero las tentativas son empíricas, no obedecen a un sistema preconcebido. Los rumbos algo indecisos y flotantes revelan que los hombres vacilan, y proceden por una clara intuición de las necesidades sociales, que se imponen con fuerza irresistible. En el momento en que el país va a empezar una carrera de vertiginoso progreso, libre de todos los peligros internacionales, reclama de la Universidad el conocimiento más completo de sí mismo y de sus instituciones. Sin embargo, las nuevas ideas suscitaban serias resistencias, se extrañaba la exégesis, el ciego respeto de la fórmula, el principio de autoridad... toda la vieja y cómoda rutina.

La reforma del curso de Introducción al derecho completada por el distinguido escritor Carlos Octavio Bunge, la amplitud

del estudio de la Filosofía del derecho, el nuevo programa del profesor Carlos Melo, más nacional y político, el curso de Sociología, incorporan buenos elementos para la mejor inteligencia y práctica del método histórico. Pero son insuficientes : ese método obedece al concepto evolutivo y requiere como base fundamental una sólida preparación filosófica. Así, en los nuevos planes de estudios secundarios el gobierno debe prestar mayor cuidado a ciertas materias reputadas *inútiles*.

Valdría la pena de precisar esos conceptos de *útil* e *inútil*. Son simples cualidades de relación con un sujeto. Pero en todo plan de estudios hay dos sujetos, el individuo y la sociedad que reclaman distintas especies de cosas útiles, y que a menudo resultan aparentemente contrarias. Que los abogados sepan idiomas, teneduría de libros, geografía económica, puede ser muy útil según los pleitos que defiendan, pero del punto de

vista social es más bien indiferente. En cambio que los mismos abogados eleven sus espíritus y comprendan la verdadera naturaleza de sus estudios y de los fenómenos sociales por la intensa cultura moral y filosófica, podrá ser inútil para aconsejar una operación financiera o redactar un contrato, pero es muy útil del punto de vista social. Así, el estudio de las bellas artes es inútil para ejercer el comercio, defender pleitos y curar enfermos... pero suavizan los sentimientos, infunden el aprecio de la armonía, del orden, de las justas proporciones, suscitan emociones generosas e ideales altruístas, y la sociedad las considera muy útiles.

Este es el criterio que nos ha guiado en el nuevo plan de estudios. Para preparar profesionales bastan tres años de códigos, y el fin individual queda satisfecho. Armamos al abogado con el conocimiento de los derechos, acciones y procedimientos para realizarlas. Completaría este plan la contabilidad

y el perfeccionamiento de los idiomas vivos. Excuso decir al lector que dadas las particularidades de nuestro país semejante política habría sido criminal. Nuestros abogados forman el principal núcleo de la clase dirigente, ocupan todos los poderes del Estado. A pesar de la simplezas que al respecto dice Alberdi, para gobernar a un país no bastan el buen sentido, ni las buenas intenciones de de los honestos padres de familias. A medida que los intereses se extienden y complican requieren inteligencias muy hechas y bien disciplinadas, con los hábitos y las tendencias que da la gran cultura. Un magistrado que sólo sabe sus códigos tiene que practicar una justicia de calidad inferior y vulgar. La buena justicia no es asunto tan fácil y de simple buena fe ; implica la elevación moral, la inteligencia clara, la preparación general muy sólida, que permiten penetrar al través de las argucias forenses y comprender la verdad humana y real de un proceso. La me-

diocridad de los sentimientos incultos es muy mala consejera del juez. El rey bíblico fallaba en forma admirable porque era capaz de escribir los Proverbios y el Cántico de los cánticos! Por todas estas razones nuestro plan tiene muchas materias inútiles y es vasto y difícil. Como lo observará el lector todos nuestros oradores tienen idénticas tendencias, pero el más claro, preciso y enérgico es Lucio Vicente López. Así, somos reformadores inspirándonos en la tradición. Las ideas madres generadoras del movimiento fueron pensadas hace muchos años por ilustres profesores, López, Del Valle, Estrada, Goyena... y si vivieran aplaudirían la obra de sus discipulos.

Continuaremos cumpliendo modestamente nuestro deber, con la dulce ilusión de que preparamos la buena patria del futuro; la misma que animó a nuestros predecesores. Tal vez nos digan los ironistas y discípulos de Alberdi que soplamos ampollas de jabón.

¡Si así fuera!... debemos poner en la grave tarea todo el tiempo y atención necesarias, para que al deshacerse den bonitas irisaciones... ¡Siquiera dieran ese resultado otras ampollas que se soplan con gran fe y entusiasmo!

La literatura y la política

Desde hace cierto tiempo se viene notando alguna alarma por los destinos del idioma argentino. De las academias, muy sensibles a estas cosas, la emoción cundió a las esferas oficiales, y fué debido a estos temores que el gobierno y la universidad incorporaron el latín al plan de estudios secundarios, y el consejo de filosofía y letras creó una cátedra de gramática histórica.

Se ha llegado a decir, en forma solemne, que igual decadencia se notaba en los escritos forenses. Y alguno de nuestros escritores de costumbres observó, en su campo de ex-

periencias, que la literatura epistolar languidecía.

Una rápida ojeada de nuestros modelos demuestra que en los últimos años se multiplicaron los verbos, en forma exagerada. Los más modestos sustantivos han tomado la forma activa, y este trastorno en la naturaleza de las palabras no se realiza sin dolorosos sacudimientos mentales. Aunque no parezca, hablar o escribir es pensar, y el hablar nos da las formas por donde caminan las ideas. Habituados desde hace siglos a ciertos senderos muy usados y cómodos, la novedad lingüística nos sorprende y entorpece el razonamiento. Las palabras influyen sobre las cosas, y este cambio del nombre en verbo, puede con el tiempo darnos una idea fantástica de un universo danzante, en el que nada esté quieto.

Por otra parte, el justificado prestigio de las ciencias físicas ha incorporado al vocabulario muchos términos técnicos, usados en los *Capítulos del calor* y de la *electricidad*, del

viejo Ganot, reformado. Así se originan graves desorientaciones y se perturba el dulce placer del pensar tranquilo y despacioso, entre nombres amigos y familiares al oído, que tienen su historia entretenida y su tradición.

Estas incomodidades justifican las alarmas. La situación se complica con los volúmenes de *Trozos selectos*, que circulan en las escuelas, difundiendo semillas desoladoras. Tales cambios pueden crear situaciones muy curiosas y llevarnos a esas delicadas circunstancias en que las gentes comienzan por no entenderse.

Las palabras tienen mucha influencia sobre las cosas y las instituciones. No llegaremos a afirmar que las constituyen, porque esta filosofía es demasiado abstrusa, pero evidentemente las caracterizan. La eficacia de las ideas depende de su forma. Platón les dió su color azul, su luz serena y suave, y las suspendió del firmamento; y proyectó

un reflejo lunar sobre los mejores sentimientos humanos, cuyas delicias todavía saboreamos.

El público tiene un concepto equivocado de la literatura y del estilo literario. Tal vez este error origina esas formas nuevas que intentan mejorar las cosas. La palabra literatura sugiere una impresión de adorno, de flores y arabescos, de pulimento. Se atribuyen méritos especiales a esas formas vanas, de esas épocas en que los hombres se afanaban por embellecer las rosas.

El estilo literario no es adorno, ni se caracteriza por los jardines, las metáforas y alegorías, ni requiere pulimentos, ni esa tortura del régimen de un idioma. Es algo mucho más sencillo y fácil. Se concreta a expresar los conceptos en su forma propia, clara y transparente, de tal modo que se habrá alcanzado el ideal si el lector no advierte el estilo, si tiene la ilusión de que ve directamente las cosas, sin que se interpongan artificios.

Refiriéndonos a las relaciones de la literatura y la política, no se puede negar que en algunas épocas de nuestra historia escribieron los hombres cosas interesantes. Así Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Pellegrini, Quintana, para hablar sólo de los muertos, dejan una impresión muy buena. La vida y las aspiraciones contemporáneas se reflejan con exactitud en sus mensajes. Los documentos del Archivo Mitre nos permiten acercarnos a algunas de esas personalidades.

Las cartas confidenciales son inapreciables para la historia ; dejan ver lo que sería invisible en discursos académicos y oficiales, lo que los hombres generalmente ocultan, lo más humano e interesante. En esa correspondencia la figura de Mitre se acentúa y crece. Que era el maestro y jefe, lo revelan sus cartas categóricas y absolutas, ese dogmatismo que no admite una ligera duda. Sarmiento es de una realidad encantadora : « cuando se presente una hornada de coroneles,

haga valer mi antiguüedad. Tengo vergüenza de ser teniente ». Alsina se retrata en estas líneas, a propósito de la lucha presidencial: « Se me rechaza, entre otras razones, porque no sigo la moda como ciertos maricones. » Quintana escribió un mensaje que es un himno a la grandeza futura del país. Y lo escribió en forma discreta, sin abusar del plural, que no refuerza la expresión; con elegancia y diciendo cosas excelentes.

En los primeros años de la revolución, nuestra literatura política fué falsa y jacobina. Los hombres hablaban y escribían en són de trompa. Fueron confusos y no se les comprende. El mismo Moreno es obscuro, sale de todos los pasos remontando su vuelo sobre grandes palabras. No es improbable que esa obscuridad de la forma, y el vocerío de esos estilos artificiosos, dependiera de su sorpresa frente a un mundo nuevo, y de problemas apremiantes, que no comprendían. La gracia del padre Castañeda corresponde con

la cultura de una época que jugaba el carnaval a huevazos, y se especializa en formar palabras muy largas y fantásticas, buenas para ejercicio de tartamudos.

La literatura política debe ser muy clara, sobria y levantada, como la del presidente Wilson. Luis XIV, que amaba la variedad en la gloria, según dice Sainte-Beuve, decía que los gobernantes deben abandonar ciertos talentos a sus súbditos ; y distinguirse en cosas más difíciles, como el conocimiento de los hombres, el discernir las aptitudes para emplearlas en provecho del país.

Este precepto político es justo y práctico. Los estadistas hablan a gentes ocupadas y que no aprecian los matices, ni las finezas de estilo, sino las cosas claras y concretas relativas a sus intereses y afanes. Deben hablar poco, justificando aquello de don Alfonso : la palabra es un donaire... Luis XIV decía que el secreto es cualidad real, necesaria para el éxito y para conservar el decoro.

Luis XIV era un político elegante, un modelo de literatura oficial, y sabía conservar el decoro con gracia, en una familiaridad honesta. No es el caso de imitarle sino en el espíritu. Su afición por el secreto y la reserva no es admisible en los tiempos contemporáneos. Los antiguos egipcios adoraban esta cualidad, por eso construyeron la Esfinge. En esa claridad azul de los cielos africanos, la Esfinge sonríe y mira a lo lejos, como si viera el infinito. Los egipcios se prosternaban ante esa sonrisa profunda y seguían en sus tareas, convencidos de esta verdad simple y sana : que las cosas de este mundo son difíciles, y que sólo la Esfinge las comprende.

Crisis de los estudios jurídicos

En esta semana que pasó se han declarado en crisis a los estudios de la Facultad de derecho y ciencias sociales. El acontecimiento tuvo eco difundido, y fué muy bien comentado en los varios centros universitarios de esta ciudad. Se anunció también la próxima desaparición del gremio de los abogados. Algunos, en el dulce placer de conjugar ruínas, llegaron a referir una posible fuga de los jueces y de la justicia, abochornada entre estas nuevas ideas y circunstancias inminentes.

En general, las generaciones que vienen

se apresuran a poner en estado de crisis a las que se van. Esta originalidad propia de nuestra especie, no es un fenómeno anormal, porque se repite con admirable constancia en todas las esferas, políticas, sociales e intelectuales. Metiendo estos conceptos dentro de un cuadro filosófico, diríamos que constituyen una prueba de las habilidades del devenir hegeliano, que se realiza al través de nuestras contradicciones.

La primera generación de nuestros universitarios trató de retrógados a los viejos maestros del colegio de San Carlos, y de las universidades de Córdoba y de Charcas. Los nuevos togados pensaron que esos oidores arcaicos no entendían la divinidad de la Razón, algo muy vasto y maravilloso, que no entra en los estrechos límites de la escolástica. Era una razón libre, audaz, irresistible, dispuesta a arrancar los secretos de Dios y de la Tierra. Miraban los viejos formularios de pensar latinos, con una dulce

sonrisa, como dijo una vez Avellaneda. Mientras tanto, se limitaban a substituír unas categorías y abstracciones por otras, igualmente ineficaces.

Esta manera de ver, algo monótoma como todo lo muy abstracto, no es tan inocente en el terreno de la práctica como puede creerse. Los teorizadores que se afirman mucho en sus doctrinas, son personas peligrosas, porque siempre el absolutismo moral se traduce en tiranías políticas, religiosas o socialistas. La ilusión de la Verdad vuelve fanáticos a sus adeptos, y es una causa del trastorno de las relaciones amables y tolerantes, que son el encanto de la vida.

La historia ignora lo que pensaron los viejos profesores en «crisis» de esos lejanos tiempos. Eran hombres bondadosos, serenos y confiados en la gracia de nuestro Señor. Sería inhumano y cruel tratarlos de escépticos o de indiferentes. Pero con sus ideas, hechas por el transcurso de los siglos,

transmitidas en libros muy bellos, de encuadernaciones que eran un primor para los ojos y para los dedos, o en notas manuscritas de caligrafía muy clara, vivían tranquilos, con sus soluciones sanas y conformes a lo escrito por los santos padres y aprobado por los concilios.

Es probable que se resignaran, y oirían con una dulce ecuanimidad su sentencia. Alguno de ellos, al mirar el cielo, observaría que el cuadro de las nubes es tan movedizo como el de las sociedades; y esta reflexión honesta, al volver la paz a su alma, le daba mucha quietud y buen humor.

La Academia de jurisprudencia reaccionó contra los filósofos y los racionalistas. Volvían al sistema antiguo, mucha exégesis de derecho romano, derecho real de España, procedimientos. Los alumnos repetían automáticamente los aforismos latinos, y en la ciencia del derecho estaba siempre presente el pleito, que era su fin y su causa. Los re-

presentantes de esa escuela tienen sus estatuas en el jardín de la academia : *docenti peritus* — dice un bronce — *vir bonus,* responde el otro ; ambos contemplan impasibles este mundo que cambia con una rapidez vertiginosa. Es que están en el secreto, saben que todo volverá...

A su vez fueron declarados en « crisis », con argumentos tan sólidos que todavía duran. No es exacto que el doctor del Valle iniciara la reforma. Antes, durante y despúes de él, hubo otros que sin distraerse en la política, consagraron lo mejor de su vida a las academias.

Actualmente se sostiene que el derecho no puede entenderse sin el auxilio de una sólida preparación filosófica que encuadre el fenómeno jurídico, y que sólo progresa con los métodos sociológicos. En esto la Academia camina de acuerdo con los mejores jurisconsultos y pensadores. Duguit dijo en alguna conferencia que no se concibe el es-

tudio del derecho sin la ayuda de la sociología y sus métodos.

Por ahora se piensa que es imprescindible conocer el hecho jurídico en su realidad viva, y no en fórmulas abstractas que sólo expresan el ideal que se persigue. Y el método adquiere cada día mayor prestigio, a medida que se observan las diferencias fundamentales que separan lo real de lo ideal, en el curso de las cosas. Y como resulta más interesante el estudio de los hechos vivos, en vez de las letras muertas, el positivismo está muy en boga en nuestra facultad.

Por una suave ironía, para estudiar y comprender la vida se requiere un cierto poder de sistematizar. La inteligencia de las cosas exige un cierto orden, un cuadro en que colocar en cierta jerarquía la muchedumbre de fenómenos. De ahí la utilidad de los estudios filosóficos, que nos permiten hacer síntesis, que nos dan un hilo director, que nos enseñan a pensar.

Así, en Alemania, todo doctor en derecho lo es también en filosofía, no obstante sus ocho o nueve años de bachillerato saturados de métodos y filosofías. Todos sus grandes jurisconsultos fueron filósofos ; y si viven e influyen en nuestra vida no es por alguna explicación feliz del pacto comisorio, sino por el vuelo de sus ideas, por su poder de sistematización.

La nueva escuela francesa, representada por Saleilles, Duguit, Geny... obedece a la influencia alemana. Idéntica cosa ocurre con los buenos jurisconsultos ingleses y norteamericanos. De manera que si fuera cierto que esos estudios están en crisis, los frutos no lo demuestran.

El honorable consejo de la Facultad se va a encontrar en serios apuros, tironeado por tantas opiniones. Unos piden apologética, el restablecimiento del principio de autoridad, y que se acepte a los santos como causa de los fenómenos sociales. Sería una enseñanza pin-

toresca y un suave regreso al colegio de San Carlos. El P. Bolaños, que fué un buen civilizador de indios, y un religioso de mucho prestigio social, se conmovería en su tumba. Y la reforma complacería a muchas personas muy serias y distinguidas y de competencia, hay que reconocerlo.

Otros entienden que la comprensión de los fenómenos de este mundo es una tarea de lujo, buena para la Academia de letras, y subrayan con una sonrisa que no es dulce, como la que refería Avellaneda. La Facultad de derecho tendría su razón de ser en los pleitos. Era el concepto de aquellos viejos regidores que declaraban «peste» a los abogados. Es una opinión que llevada a sus últimas consecuencias suprime a los jueces, la leyes y la justicia, para volvernos al delicioso Fuero Juzgo, con sus jueces que sería conveniente supiesen leer y escribir.

Desde luego estos comentarios demuestran que la crisis viene, pero con cierta len-

titud; por ahora el anuncio es prematuro. Todo debe suceder y repetirse, y no es improbable que la apologética se incorpore a nuestro plan de estudios, y se resuelvan las cuestiones sociales con la ayuda de San Blas, San Crispín, San Eloy, como en los viejos gremios coloniales. Y se puede asegurar que los modernos caudillos no han encontrado una respuesta mejor que la de esos santos: resignarse.

Las últimas tesis laureadas por nuestro consejo demuestran los progresos que realiza esta enseñanza en crisis, y como se estudian y describen con métodos seguros y precisos nuestros hechos sociales. Así el mayor valor y su famoso impuesto, ha sido muy bien analizado por el joven Becú; la naturaleza del Poder ejecutivo, por Ramos; las finanzas de Buenos Aires, por Rébora; los cabildos, por Sáenz Valiente; el código de comercio, por Acevedo, y *j'en passe*... Con el andar del tiempo y mientras viene la cri-

sis, quedarán analizados y descriptos por los profesores y alumnos de la Facultad todos los fenómenos sociales y jurídicos argentinos.

Entonces se cambiará de métodos, de doctrina, y de orientación. A su vez los nuevos reformadores declararán retrógadas o en crisis a nuestras filosofías y sociologías; nuestros métodos serán anticuados. Tal vez hayan desaparecido los abogados y los jueces, y el mundo bogue en pleno mar de oro, a las puertas del Edén. Nada más natural y lógico : todo cambia, todo se transforma y todo se repite, en el eterno devenir de universo. Y esta sana observación permite saborear esta vida en la paz y en la quietud de los viejos maestros de Charcas.

Por la moralidad del duelo

El congreso del partido socialista, por una gran mayoría, ha resuelto borrar de su carta orgánica el artículo que prohibía el duelo, y queda restablecido en toda su amplitud el derecho de matar.

Observaremos, de paso, que el ejercicio de este derecho fué siempre uno de los grandes placeres de los hombres, junto con la caza, la pesca y el tiro a la paloma, y naturalmente la guerra, que es el bello ideal de ciertos momentos de la evolución de los pueblos.

El duelo es una supervivencia de la civi-

lización de la Edad media, uno de los ritos de la religión del honor, que como todas las religiones se transforma con el andar de los tiempos. El honor del siglo xx está basado en el culto del trabajo y de la verdad, en todas sus manifestaciones; en desempeñar una función social en la esfera de la actividad de cada uno, modesta o brillante, pública o privada. El hombre de honor es el socialmente útil.

El honor antiguo era otra cosa. Tenía mucho de místico, era un sentimiento de orgullo vano, que venía de una contemplación exagerada de la propia personalidad. Taine tiene unas páginas admirables sobre este tema, y deriva el honor de los escrúpulos de la conciencia cristiana; del análisis prolijo de los actos en busca del pecado. Porque en esas épocas el diablo existía muy realmente en las imaginaciones de los hombres, y se mezclaba en todas las cosas aun insignificantes de la vida para envenenarla con los re-

mordimientos y las dudas. Es que las sanciones eran terribles. Los hombres vivían suspendidos de un hilo muy tenue sobre los abismos infernales.

En esos tiempos felices la base del honor era la ociosidad : « E aun decimos, escribe D. Alfonso, que non debe ser ome caballero, que por su persona anduviese haciendo mercaduria ». Y las leyes de Indias preceptuaban : que no se ladeen con los que venden géneros, ni con los industriales, o que tienen regatonerías de mantenimientos. Así, el duelo se reservaba para los caballeros, que tenían el papel social de defender a todos.

Aquel honor romántico y místico, se limpiaba con sangre humana. Dios asistía a los duelos e inclinaba la balanza en el momento crítico, en favor del que defendía la mejor causa. Así, el acto era una especie de proceso trascendental y divino, y entre los golpes de espada y puñal aparecían el derecho, la razón y la justicia. Además era un espec-

táculo hermoso, lo presenciaban las damas, y los gestos eran bellos.

El concilio de Trento tuvo un mejor concepto de Dios y prohibió el duelo, bajo pena de excomunión mayor y otras cosas terribles. Pero la costumbre caballeresca se ha perpetuado y se practica en todos los países, salvo aquellos que están a la cabeza de la civilización moderna : Inglaterra y Estados Unidos.

Como ocurre a todas las religiones, esta del honor ha visto transformarse sus ritos. Ahora son simbólicos, no se mata al pie del altar, se hiere, una simple gota de sangre purifica las almas y limpia las manchas.

Así se va extinguiendo gradualmente el culto del honor antiguo, hasta que un buen día el legislador encomiende a la justicia la solución de estas cuestiones.

En Inglaterra, la ley penal califica la muerte en duelo de asesinato con alevosía, por una presunción *de juris et de jure* que no

admite prueba en contra, ni circunstancias atenuantes, y le aplica la pena de horca. Por esa curiosa contradicción de las cosas humanas, en el país más aristocrático y orgulloso de la tierra, y que mejor conserva las tradiciones y prejuicios medievales, la ceremonia clásica y solemne del honor antiguo es considerada como un crimen común, como el asesinato vulgar, el robo con escalamiento y violencias en las personas. Y así pasamos del espectáculo teatral de la Edad media, solemnizado por el monarca y su corte, al patio lóbrego de una cárcel, al patíbulo y al verdugo que se suspende de las piernas del caballero para ayudarlo a morir.

Es evidente que todas esas cosas curiosas suceden porque el honor ha cambiado. La función social que se desempeña predomina en la estimación de los valores morales, y establece la escala jerárquica. Una civilización basada en el derecho y en la justicia no puede tolerar que la sangre limpie. Seme-

jante símbolo es una cosa arcaica, que contraría las tendencias modernas de los hombres, que basan su honor en el exacto cumplimiento de los deberes sociales. Según los comentaristas ingleses, el duelo era un factor de inmoralidad política. Era la forma de purificar los peores errores, de impedir que se ejercitara la vindicta pública en una forma eficaz; el coadyuvante de todas las causas malas. Por esos motivos establecieron esa penalidad draconiana.

En la época colonial no hubo duelos; ni la iglesia ni el estado los permitían. A mediados del siglo XVIII causaron sensación las provocaciones del señor W. a un señor L. Había motivos serios. En la casa del ofendido fué sorprendido L. por la patrulla de la Hermandad, una noche muy clara del mes de diciembre. Y no supo explicar legítimamente sus paseos por una quinta ajena. La señora L., muy asustada por la ausencia de su marido, le había pedido que vigilara la

casa, contra ladrones y salteadores, que eran muy frecuentes en esas soledades.

W., muy indignado, cuando supo estas cosas, lo retaba a duelo en todas partes. Y convinieron encontrarse por el bajo de San Telmo, de mañana. Pero prudentemente el obispo desterró al galán a Corrientes, a la esposa a Montevideo, donde residía su familia, y el marido se quedó en su quinta a reflexionar sobre sus ausencias y sus muchos pecados conyugales.

Y aquella sociedad fué muy honorable, muy feliz y apacible, sometida a la vigilancia algo molesta de los párrocos, que cuidaban la moral y el honor de las gentes.

No desearíamos que resucitaran esas prácticas; pero sería obra de progreso suprimir el duelo, imitando a los ingleses. Partiendo de la misma base jurídica, es el asesinato premeditado, al amparo de un conjunto de supervivencias de otras épocas, de supersticiones absurdas. Es el sacrificio hecho a un

ídolo muerto, el viejo honor romántico, muy útil y benéfico en su tiempo, que creó cosas muy bellas y muy nobles, pero que no corresponde con la nueva cultura democrática, que viene para extender el reinado de la justicia.

Es posible que alguno de nuestros lectores se sorprenda de que el concepto del honor pueda cambiar. Al parecer, es algo inmutable, fijo, escrito con letras de fuego en lo mas íntimo de las almas, y sin embargo, vive en una perpetua transformación, y cada época tiene el suyo, de acuerdo, con sus necesidades. Y hay tantos conceptos en un mismo momento histórico como clases sociales. Hubo un concepto de honor de los esclavos, de los vasallos, de los señores y de los reyes, y cada uno de estos sentimientos tenía sus rasgos característicos.

En nuestro siglo XVIII la base del honor era la fidelidad al rey y a Dios. Después de la revolución del año 10 entramos en un caos

moral : reinó la anarquía, la mentira y el desorden. Dios y el rey fueron substituídos por la patria, un concepto vago y confuso que tarda algunos lustros en tomar formas precisas... Se podría escribir un curioso libro sobre la historia de los sentimientos morales en la Argentina. La evolución del deber, de la verdad, del trabajo al través del siglo XIX, en un país de vida política agitada y pintoresca, serían temas de primer orden para tentar a un escritor de talento.

Laboremus

Si el congreso actual representa el espíritu del pueblo, como representa su voluntad, debemos prepararnos a un año de labor legislativa extraordinaria. Y esta labor estaría fundada en razones y necesidades muy sentidas.

Desde la presidencia de Mitre no se ha tocado la armazón política y social de la república; vivimos de este punto de vista entre supervivencias coloniales. Nuestro derecho procesal, por ejemplo, es idéntico al que deleitaba a nuestros bisabuelos en las épocas de los oidores; aparte la toga y la peluca, que fué suprimida por la democracia del año

10, y que tal vez fuera mejor haberla conservado. Porque a pesar del refrán, el hábito hace al monje y forma parte integrante de su carácter.

En un libro curioso editado por la Facultad de derecho, se demuestra que nuestro procedimiento criminal no es más rápido y eficaz que el antiguo. Y en el último congreso penitenciario se han condenado nuestras leyes de fondo y forma, y nuestro régimen carcelario.

Nuestros procesos, salvo los muy fáciles, duran meses y meses. El formulismo de la recepción de las pruebas, los derechos de las partes, las garantías constitucionales que salen al despropósito a cada momento, las facultades del juez, y el secreto del sumario, constituyen un conjunto oneroso, e impropio de un país que tiene sus diputados y que goza de los derechos cívicos.

En materia civil, los menores e incapaces gozan de una protección muy deficiente. El

doctor Vélez dejó librados sus destinos a una buena organización del ministerio respectivo; pero como la buena organización nunca se realizó, estamos en un *modus vivendi* lleno de deficiencias.

El derecho de propiedad reclama serias reformas en las maneras de transmitirse, que supriman las dudas y confusiones, capaces de quemar los libros de los mismos escribanos, y que son un semillero de dudas, de consultas y de pleitos.

La sociedad conyugal y todo el régimen del matrimonio se inspira en principios de una vejez increíble, y en sentimientos igualmente arcaicos. Las relaciones de bienes establecidas por don Alfonso en la Edad Media, con ligeras modificaciones del legislador, no son unas formas adecuadas al siglo xx.

Merece mayores consideraciones la situación de la mujer, tanto en los hogares de los pobres como en los hogares de los ricos. En

ciertos capítulos se le deja la más absoluta libertad para arruinarse, hipotecando sus bienes, por ejemplo, en obsequio de su esposo; y en otros se la ata de pies y manos y se le prohibe respirar fuera de la voluntad marital.

La fuerza de la tradición árabe se perpetúa al través de todos los modernismos. Continuamos creyendo, en forma inconsciente, en la inferioridad de la mujer casada y aun divorciada, para manejar sus bienes y hacer su destino. En cambio, se concede la plenitud de la capacidad civil a la mujer soltera o viuda. Basta que esté vinculada al hombre para que en nuestro pensar oriental sufra una diminución de su capacidad civil y social.

El régimen sucesorio reclama una reforma completa, una limitación de los herederos *ab intestato*, suprimiéndose grados de parentesco que no existen en la realidad. La ley de Partida llegaba al 9° grado, el código al 6°; pero en rigor, después del 4° grado conclu-

ye el nuevo tipo de familia creado por la civilización moderna.

El régimen de garantías de los negocios — hipoteca, prenda, anticresis — requieren también mayor amplitud y flexibilidad. La prenda comercial, por ejemplo, es un contrato muy usado y necesario, pero que no se generaliza ni presta los servicios que podría prestar por las dificultades de forma y fondo que implica su realización.

Nada diremos de la legislación social, que invocan todos los partidos en sus programas, pero que sólo sirve para temas de discursos largos, o incitaciones a que se practiquen encuestas, trabajo que corresponde a los autores de los proyectos.

Es muy sencillo decir que la vida es cara y que se estudien los medios de abaratarla, o discurrir sobre la utilidad de las casas para obreros; y estas disquisiciones son útiles y agradables para los espíritus curiosos. Pero no se legisla conversando, sino concretando

las ideas y traduciéndolas en medidas precisas y particulares.

Los ricos también necesitan la protección social, y las leyes deben preocuparse de asegurar una distribución equitativa de las cargas entre las diversas formas que reviste el capital. Hasta ahora la propiedad territorial ha sido la víctima propiciatoria y el punto de vista de todos nuestros reformistas, como si fuera la única fuente de riqueza.

Y así, por todos lados surgen problemas grandes y chicos, que no pueden resolverse solos. Aquel anticuado consejo de dejar andar, que abandonaba a la iniciativa privada el remedio de todas las cosas, ha pasado de moda. Los hechos nos fuerzan a pensar que el viejo concepto del estado-providencia tenía su parte de verdad, y tornan las enterradas doctrinas coloniales a reverdecer, confirmando el pensamiento de Nietzsche sobre el eterno volver de todas las cosas de este mundo.

Conseguida la libertad política, el respeto del voto y la moralidad administrativa, hay que pasar a otras cosas, tan substanciales y necesarias como aquéllas para el bienestar de los hombres.

Naturalmente, debe procederse con mesura; y si los partidos no contienen a sus diputados, correríamos el riesgo de sofocarnos entre la muchedumbre de proyectos y discursos. Conviene que los nuevos diputados se penetren de que el parlamento no es un lugar donde se rinde examen, y que el público juzgador sólo se fija en el resultado, en la parte final y concreta. Todas las teorías e ilustraciones de un proyecto, cuando pasan de cierta medida, llevan dentro de sí el germen mortífero del aburrimiento, que las mata con toda crueldad, en silencio. Todo libro, decía un crítico de fama, se reduce a cinco páginas, y las cinco páginas a cinco líneas. No reclamaríamos las cinco líneas, pero nos bastan las cinco páginas. Los diputados

no deben olvidarse que también son educadores, y que el mal ejemplo de la mala retórica cunde; que sean claros y precisos, que enseñen la gran cualidad, la cualidad maestra: la mesura.

La reforma del código civil

En los últimos años se han presentado varios proyectos de reforma de nuestras leyes de fondo. Recordamos el de los títulos de propiedad, la libertad de testar, el divorcio.

Todos reposan muy quietos, junto con otros muchos, en la paz de las comisiones del congreso. El de los títulos está más adelantado en su camino, porque fué favorablemente recibido por las cámaras de lo civil, el colegio de escribanos y abogados de prestigio notorio.

En estos días se ha sancionado una buena reforma al régimen de las escrituras públicas, que podria haber sido mejor, pero

como decían los antiguos, trigo es limosna.

Este movimiento reformista, que se traduce en numerosos proyectos y artículos, responde a necesidades reales, a intereses que se encuentran incómodos bajo el régimen imperante.

Nuestro código ya no responde a las necesidades de un país industrial y agrícola. En 1870 la república era una sociedad de grandes propietarios territoriales y ganaderos. La industria y el comercio estaban en pañales; la riqueza mueble era insignificante. El doctor Vélez reglamentó esa organización, atacando los puntos que a su juicio eran malos, para facilitar un futuro desarrollo del país, en el sentido que hoy sigue.

Los políticos de entonces buscaron la manera de entrar en el período agrícola e industrial, dejando librado a su propio impulso el pastoril, en que vivían. El primer paso en este camino, la base inicial del movimiento, era la liberación de la tierra. La tierra espa-

ñola y colonial venía muy pesada, cargada de derechos reales incómodos : enfiteusis, superficie, censos, capellanías. Había que aligerarla de todo ese pasado. Y el doctor Vélez cortó con mano dura y enérgica, de tal manera que en pocos años desaparecieron los viejos derechos del régimen pastoril, y sólo se practicó el arrendamiento, con su máximum de diez años.

No bastaba aligerar la tierra para entrar en un período francamente agrícola; era indispensable dividirla. De este punto de vista ambos regímenes económicos son antitéticos. Algunas leyes de los viejos tiempos harán resaltar la diferencia. Así, en 1775, bajo el gobierno del liberal Vertiz, se decreta : «que siendo evidentes los perjuicios de permitir que se hagan chacras en los terrenos propios de estancias, ordeno que los dichos chacareros que ocupan terrenos de estancia salgan de ellos y se trasladen a las tierras para chacras que la ciudad tiene destinadas

desde el repartimiento que hizo en su fundación. Y para que no se intente frustrar esta especial determinación con el pretexto de que por el aumento que ha tenido la población no caben los labradores en las tierras consabidas, que previene que los labradores que quisieren permanecer en sus respectivos partidos deberán concurrir al cabildo, quien tiene destinado el terreno que han de ocupar ». Y después agrega esta otra disposición que demuestra mejor las necesidades del régimen : « Prohibo que las tierras de suertes completas de estancias puedan dividirse en partes, ni por titulo de *herencia,* venta u otro modo alguno de enajenación, y que cuando por razón de ser muchos los herederos de una sola suerte de estancia sea preciso repartirla entre ellos, no se divida, sino que se adjudique a uno solo ».

Como lo observará el lector, la agricultura ocupa en esos tiempos un lugar muy inferior en nuestra economía, y todo el afán del

estado se concentra en la ganadería, la verdadera fuente de riqueza de la zona.

Así los políticos de 1870 establecen el sistema opuesto, la división forzosa de la tierra, en perjuicio de la ganadería, si es necesario.

El país siguió por la nueva senda al amparo de estas leyes muy buenas y eficaces. Pero llega un momento en que no sólo aparece la gran industria, sino que la agricultura se transforma con el maquinismo, el aumento del capital y de la población. Y una buena cantidad de fenómenos económicos y jurídicos, cada día más importantes, están fuera de la ley, amoldándose con violencia y pena a un régimen estrecho y desadecuado.

Basta reflexionar que los millares de obreros de Buenos Aires dependen de dos o tres artículos de la locación de servicios, y algunos decretos reglamentarios; que el agricultor no puede utilizar a los efectos del crédito su riqueza mueble, o accesoria como la cosecha inmediata; que todos estos valores,

como las máquinas y ganados, son un capital muerto a los efectos del crédito y de la economía de los negocios (1).

Pensará de antemano el lector que una revolución económica de esta importancia debe influír prácticamente en la familia, la sociedad conyugal y las demás instituciones civiles, y que *a priori* se podría afirmar la necesidad urgente de reformar nuestro código.

Abordada en conjunto, la tarea es difícil y lenta, más lenta de lo que conviene ; pero abordada en detalle, procediendo con un criterio de acomodamientos, sin buscar una vana perfección lógica formal, la tarea se facilita y sería más hacedera.

Desde luego existe una institución que por su prestigio tradicional, su autoridad científica y moral, está indicada para preparar los proyectos; nos referimos a la Academia de Derecho y Ciencias sociales, que de-

(1) La ley de prenda agraria mejoró en parte esta situación.

bería ser el consejero nato del gobierno en todas las cuestiones jurídicas. El ministro de justicia, que es de la casa, sabe con qué entusiasmo y buena fe se trabaja en pro del mejoramiento de nuestro derecho.

Creemos haber demostrado hasta la evidencia que la vieja forma jurídica está en pugna con la nueva base social. No crea el lector que estas contradicciones sean puramente teóricas y doctrinarias. Se traducen en los hechos, o mejor dicho, son su reflejo; se traducen en sufrimientos, en pequeñas o grandes crisis, en negocios dificultados, en un movimiento defectuoso, lleno de molestias, de toda la economía. Y no se debe esperar a que las cosas suban de punto, y que se produzcan desastres, para preocuparse de los remedios.

La legislación de familia

En algún suelto anterior hemos sostenido la necesidad de reformar el Código civil, y demostramos, hasta la evidencia, que no se podía continuar con un régimen de leyes hecho para una fase anterior de nuestra evolución social. Si el fondo, o mejor, *la base*, como dicen los marxistas, ha cambiado, la forma jurídica debe seguir al movimiento; de lo contrario, se producirán muchos inconvenientes. Ninguna de nuestras leyes reclama con tanta urgencia una revisión como la del matrimonio.

Se puede considerar la familia de estos puntos de vista : moral y religioso, político

y económico. Aunque estrechamente vinculados entre sí, conservan cierta esfera de autonomía, y es posible analizarlos separadamente.

Del punto de vista económico, la antigua familia argentina era una organización que tendía a facilitar su desenvolvimiento a una aristocracia u oligarquía territorial. Basada en la propiedad de la tierra, en una época en que la riqueza mueble era insignificante, sin industrias, ni comercio, el régimen respondía a las necesidades y conveniencias de esas clases de propietarios. Hasta 1857 se conservaron algunos vestigios feudales, entre otros, el papel inferior y subalterno de la esposa. En esa fecha la legislatura de Buenos Aires sanciona una ley, incorporada después al código, que llama a la sucesión al cónyuge sobreviviente, con exclusión de los colaterales. Esta ley, resultado de cuarenta años de lucha de la jurisprudencia, legaliza la revolución que se había operado en la fa-

milia después de 1810, y es uno de los jalones decisivos en la historia de la institución. Decisivo, porque no sólo levanta a la esposa a un nivel social inesperado, sino que estrecha los vínculos y consolida el nuevo grupo más reducido, pero más vigoroso, compuesto de la madre, el padre y los hijos.

Si nos lo permitiera el espacio, dibujaríamos el cuadro genealógico, de una familia de 1800, para que el lector lo comparara con un hogar contemporáneo. Las diferencias son tan fundamentales, que algo cuesta reconocer la identidad del grupo. La familia colonial es la familia-taller, que satisface con sus propios medios todas sus necesidades. Y no sólo comprende las líneas descendentes y ascendentes, y colaterales hasta el noveno grado, sino que abraza a los esclavos, indios y agregados; la clientela de aquellas épocas de ignorancia y de miseria.

Con el crecimiento de la riqueza industrial y comercial, el nuevo régimen suprime

los esclavos y agregados, pero deja la misma organización económica basada en la sociedad conyugal y el sistema de los gananciales.

Es en este punto donde se presenta una de las contradicciones más angustiosas entre la nueva base social y la vieja forma jurídica. Muerto cualquiera de los esposos, la sociedad conyugal se liquida inmediatamente. En el antiguo Buenos Aires, dedicado a la ganadería, el sistema no presentaba mayores inconvenientes. Pero en nuestra sociedad moderna e industrial, las consecuencias son a menudo desastrosas. El comerciante que enviuda, por ejemplo, debe retirar de su giro la mitad de su capital; está expuesto a liquidaciones rápidas y ruinosas.

Y no sólo puede verse afectado el comerciante. El profesional o el rentista, ve disminuído su haber en un 50 por ciento y queda en una situación precaria, a merced de los hijos.

Es este uno de los problemas psicológicos

más interesantes, que con frecuencia da lugar a conflictos muy dramáticos y que merecería ser tratado por nuestros aficionados a la literatura. En Europa no se presenta porque el régimen de los bienes es muy previsor. Pero entre nosotros, la situación de la madre viuda, reducida por la muerte de su esposo a la mitad del haber conyugal, frente a hijos muy a menudo levantiscos, con su patria potestad debilitada, sin ese aplomo que da el poder del dinero, es muy angustiosa.

Este factor económico contribuye más de lo que se presume a la desorganización de la familia de las clases medianas, y a la inmoralidad y corrupción de las clases ricas. El millonario huérfano de padre, puede dar rienda suelta a sus malas pasiones o a sus vicios. La madre nada puede, el hijo es dueño de un haber de la sociedad conyugal y puede imponer la ley.

La reforma de nuestro código sobre este punto debería sentar esta base : la sociedad

conyugal no se disuelve por la muerte de uno de los socios; el sobreviviente conserva el usufructo mientras no contrae segundas nupcias. Por este medio, no sólo se aseguraría el capital de la familia, sino que se mantendría la unión y la disciplina, la solidaridad, el respeto jerárquico indispensable en toda buena organización social.

El instinto de conservación, diríamos, ha suplido con otras formas legales estas deficiencias de nuestro derecho. Así, el uso cada vez más frecuente de las sociedades anónimas en la economía de los bienes familiares, obliga a todos los accionistas parientes a permanecer unidos, repartiéndose los productos. Mantiene la adhesión por la influencia del factor económico, estableciendo una solidaridad irrevocable entre todos los miembros de la familia.

Así se observa cómo la sociedad busca la manera de remediarse y se vale de institutos completamente ajenos a estos fines de alta

moralidad colectiva. Por eso la vida del derecho, en sus múltiples manifestaciones, es siempre interesante. Se sigue la marcha de los sentimientos y de las tendencias de una época, que no encuentran la manera de satisfacerse. Y a falta de leyes expresas, se acogen en las análogas, supliendo así el grave error en que incurrieron los autores de estos códigos cerrados, al suprimir la maravillosa y eficaz influencia de las costumbres.

Y si en algún capítulo de los códigos debía tener puerta abierta el uso y la costumbre, es en esta materia familiar. Los sentimientos y deseos de los hombres se modifican insensiblemente, sin que se aperciba el legislador, sino mucho después de terminado el movimiento. Y en ningún derecho actúa tanto ese conjunto de fuerzas morales como en la formación del hogar. La familia es el depósito lento y fecundo de la raza; allí están simbolizados todos sus ideales, su religión, su culto, sus amores; todo ese conjunto de

cosas buenas y sanas que constituyen la moralidad de un pueblo. Es una bella historia escrita por los hombres en sus respectivos anales. En una parte pusieron toda su poesía y su fuerza emocional, y en las costumbres nupciales dieron rienda suelta a una fantasía ingenua y encantadora. En otra escriben su concepto del deber y la piedad filial. Todo eso mezclado con el altar de los dioses lares, con el culto de los muertos, con el fuego sagrado del hogar, forma uno de los capítulos más poéticos de la historia del derecho.

Por medio de esos símbolos se elevaban las almas por encima de la animalidad prohistórica; así como formamos las almas de nuestros hijos con otros símbolos, igualmente tiernos, que se llaman los cuentos de hadas.

La familia obrera

Le Play fué un filósofo y sociólogo católico muy distinguido, y uno de los primeros en practicar la ciencia social. La sociología fué fundada por esta clase de hombres de mucha fe, tradicionalistas y dogmáticos, como Comte, Le Play y Bonald. Hay leyes para las sociedades de hormigas y abejas, decía este último; ¿cómo creer que no las haya para las de hombres, y que estén libradas al azar de los novadores? Le Play solía usar la ironía muy raras veces, porque era muy creyente; y una de esas veces dijo: « En la ciencia social lo nuevo es lo que se ha olvidado; nada queda por inventar. »

Le Play buscaba una cosa difícil: la paz

social, que en su criterio es la medida de la felicidad. El mal, decía, es la inquietud del antagonismo y el odio.

Es difícil plantear con mayor claridad un problema social, ni señalar rumbos más precisos a los estudiosos. Debemos buscar los remedios en nuestra propia substancia, en el desarrollo histórico de nuestros hechos sociales. Este método, sano y discreto, suprime muchos discursos, que resultan ociosos, y nos aleja de los autores de planes y reformas teóricas.

Así, con este método, estudiamos en un contacto íntimo con la realidad. El filósofo va cargado de números y apuntes. No debe ser hombre sedentario porque su ciencia no está en los libros, sino en la calle, en los conventillos y en los ranchos. Tiene mucho que observar directamente, y sale armado de mucha paciencia. Su misión es casi apostólica, porque requiere fe en la felicidad de los hombres.

Su principal tema fué la familia obrera. Partía de esta base elemental : que para legislarla hay que conocerla. Y el método adecuado consiste en el análisis prolijo de muchos presupuestos obreros, que nos darán un reflejo fiel de su situación.

Es evidente que a las familias, como a los gobiernos, se les conoce por sus gastos. El presupuesto público o particular nos da todos los elementos para juzgar de la moralidad de una institución, de un grado de salud o enfermedad. Ese razonamiento era muy lógico ; por medio de las planillas de entradas y salidas de un grupo de familias, no sólo conocemos la situación económica, sino los gustos, el espíritu de orden, los vicios y las virtudes. Es admirable todo lo que le dicen las cifras al que sabe leerlas.

Si nuestros codificadores hubieran practicado el sistema, sus errores sobre estos puntos sociales habrían sido menos graves. Desde luego la observación de nuestra realidad

social les habría revelado que tenemos dos o tres tipos de familias diversas, y que reclaman leyes originales, adaptadas a sus maneras de ser.

El doctor Vélez sólo se preocupó de la familia aristocrática, de los terratenientes. Conservó todas las tradiciones y las viejas costumbres y prejuicios. Enumeró los deberes de los esposos, de los padres y de los hijos, seguro de que esos artículos bastaban para que las cosas siguieran bien. La misión del estado y su contralor era insignificante, como que en el mundo legislado por el código, la civilización, la moral, la cultura, habían echado raices suficientemente hondas, y las circunstancias económicas favorecían el cumplimiento espontáneo de todos sus deberes.

En la teoria jurídica todo estaba bien, armónico y lógico. Era la familia religiosa de las clases acomodadas. Pero evidentemente habían quedado fuera del mapa las clases po-

pulares. El matrimonio proletario no encontraba una ubicación en esas leyes.

El error venía principalmente del prejuicio de la igualdad humana, mal entendido, porque igualdad no quiere decir identidad de necesidades. Los privilegios son odiosos, pero nada tiene que hacer con este punto el que cada grupo social tenga sus instituciones propias para su mejor y más cómodo desenvolvimiento.

Así, se impone una reforma legislativa que cree el hogar obrero, bien garantizado, con su sólida base jurídica, que le asegure su estabilidad. La reforma comprendería varios puntos morales, políticos y económicos, como las atribuciones del estado para contralorear el ejercicio de la patria potestad en una forma eficaz, la inajenabilidad de la casa obrera, la situación de la mujer casada que coopera con su trabajo a la vida de la familia, los derechos de los hijos, las formas de garantizar el patrimonio obrero contra la im-

previsión o los vicios resultantes de la ignorancia y la justicia y los procedimientos legales en las causas de los matrimonios obreros.

Como lo observará el lector, el tema es vastísimo, y puede ocupar unos cuántos años de la vida de un hombre de estado. Requiere muchas investigaciones previas para proceder con certeza; pero son trabajos que deberían iniciarse cuantos antes para preparar sobre datos exactos una legislación civil adecuada.

A primera vista salta el absurdo de equiparar por ejemplo la sociedad conyugal de las clases medias y ricas con las obreras. Y ese procedimiento costoso, lento y formulista de nuestros juicios de divorcio y separación de bienes, es cómico e irritante tratándose de trabajadores que no pueden costear abogados, procuradores, y preparar esas formidables pruebas legales.

Así, la igualdad ante la ley, aplicada en

esa forma, implica las desigualdades más angustiosas.

Hay que iniciar ya estos estudios que ilustren sobre el estado moral, social y económico de nuestro pueblo.

Los títulos de propiedad

Un ilustre profesor contemporáneo, Gompertz, dice que la lógica es la más estéril de todas las disciplinas. Bergzon, estudiando su proceso genético, ha demostrado que es falsa y artificial. En ciertas materias, el derecho entre otras, además de ser estéril y dificultar su progreso, lleva a realidades inicuas en la legislación y la jurisprudencia. El prejuicio de que la verdad y la lógica son idénticas es tenaz. Por eso se aceptan con tranquilidad de conciencia las conclusiones más injustas, siempre que sean lógicas. Nos consolamos con la ilusión de mantener vivo el culto ideal de la verdad eterna, que es

otra ilusión. Por eso conviene vulgarizar la naturaleza de la verdad social, y todo curso bien ordenado de ciencias morales debe comenzar por la crítica del concepto clásico. La destrucción de la verdad ha sido obra de titanes. La lucha no ha terminado. Se puede citar como un ejemplo triunfante el nuevo derecho penal que escapa de las definiciones y demás redes de la lógica y se concreta a observar directamente al criminal. Extremando algo las cosas, podrían compararse la medicina actual y la de Molière, para ilustrar el tema.

Es posible que el lector piense que estas afirmaciones son paradójicas. Pero si tiene la paciencia de terminar este artículo mis argumentos le parecerán diáfanos y bienhechores. El tema elegido lo afecta en carne viva, en sus intereses materiales, y actuará en forma decisiva otra lógica, la de los sentimientos. El derecho civil está entre nosotros en plena Edad media, el silogismo sigue triun-

fando, como si la ciencia tuviera un fin propio, independiente del bienestar general. Todo lo que contribuya a desautorizar los viejos métodos y conceptos debe ser apoyado. La enseñanza apologética sólo conduce a crear falsos ídolos que detienen el progreso de la legislación. Está bien que los muertos gobiernen, pero contraloreados por los vivos.

Entremos en materia. Primer caso : todo título de propiedad que tiene por origen una «dación en pago», causa alarmas y sospechas fundadas, requiere consultas con abogados, informaciones complicadas. Todas estas cosas muy desagradables, y que traen preocupaciones y pérdidas de tiempo, provienen del artículo 821 del Código civil, que dice : «Si el que de buena fe recibió en pago una cosa raíz, la hubiera enajenado por título oneroso, el que hizo el pago puede reivindicarla de quien la tuviese.» Y la razón de esta grave medida es puramente ló-

gica, una exigencia del silogismo: «el que ha recibido en pago una cosa que no se le debía, dice el doctor Vélez, no ha podido llegar a ser propietario de ella, pues la tradición que se le hizo fué por error o falsa causa». El silogismo es perfecto y la conclusión irrefutable.

Examinémosla con arreglo a lo que llamaremos lógica de la vida, a falta de otro nombre. En la naturaleza, como regla general, cada uno soporta las consecuencias buenas o malas de sus propios actos; y en toda la vida universal se observa la misma norma. Las sanciones son siempre implacables, de una necesidad que nos impresiona. Se podría objetar que a veces los hijos purgan los pecados de los padres, pero bien mirada la herencia fisiológica confirma la regla; el descendiente es una simple prolongación de sus antepasados.

¿Por qué no se sigue esta norma en el caso de la «dación en pago»? Sería más jus-

to, aunque menos lógico, que quien comete el error sufra sus consecuencias. Pero es absurdo, ante un criterio sensato, que resulte perjudicado un tercero adquirente de buena fe.

Así, sería una sabia y sesuda ley la que dijera : « Queda derogado el artículo 821 del Código civil. »

Y los bienes que ese artículo afecta circularían con mayores facilidades, y suprimiríamos una serie de complicaciones que a nada conducen.

Segundo caso : Toda donación que excede de lo que el donante puede disponer es inoficiosa (art. 1864 del Cód. civil), y da lugar a una acción reivindicatoria contra el tercero adquirente a título oneroso. Es otro triunfo de la lógica que produce estas consecuencias : el título de donación es inseguro, salvo casos especiales ; si, por ejemplo, el donante ha muerto y no resulta de los autos testamentarios que la donación excediera la

porción disponible. Si vive, el título continuará siendo dudoso. Y para cerrar bien el silogismo y dejarlo mejor defendido, el artículo 3955 preceptúa que la prescripción sólo empieza desde la muerte del donante.

Tratándose de un codificador que se propuso favorecer la libre circulación de los bienes raíces, estas disposiciones causan extrañeza. Y tanto la donación como la dación en pago dificultan los negocios de inmuebles. Así, sería bien venida la ley que dijera :

« Los herederos no tienen acción contra el adquirente a título oneroso de la cosa donada. »

Tercer caso : La venta hecha por uno de los copropietarios de la totalidad de la cosa indivisa, es de ningún valor, aun respecto de la porción del vendedor (art. 1331). Las premisas del silogismo se consignan en esta nota del doctor Vélez : « En el caso del artículo no hay precio convenido por la porción del vendedor. » Y sería un atentado ló-

gico declarar que el comprador puede optar entre quedarse ó no con la parte alícuota; violaríamos la definición tradicional de la compraventa, y si algún respeto merece conservarse es el de las definiciones.

El caso suele complicarse. En la historia de las reivindicaciones se cuentan unos cincuenta pleitos cuyo origen viene de la venta hecha por el cónyuge sobreviviente de los bienes gananciales escriturados a su nombre, y mediante la ocultación dolosa de su estado civil. En todas las sentencias se trasluce la violencia que sufre el magistrado al admitir semejante acción, sancionando un acto doloso, a costa del tercer adquirente. Se han hecho varias construcciones jurídicas para remediar la ley, pero siempre se ha impuesto el texto más o menos expreso. En poblaciones cosmopolitas como las nuestras, en incesante movimiento, es imposible conocer a ciencia cierta el estado civil de las personas, que han podido dejar hogares en otras par-

tes, y que favorecidos por nuestras circunstancias sociales realizan impunemente el fraude que asegurará el porvenir de sus hijos en muchos casos. Esos vicios ocultos de los títulos son los más graves y las leyes deben remediarlos.

Así, serían muy benéficas para la más fácil circulación de los bienes estas dos leyes protectoras de la buena fe :

« 1º La venta hecha por uno de los condóminos de la totalidad de la cosa indivisa es válida respecto de la porción del vendedor, si al comprador así le conviniere, y con la reducción proporcional del precio.

« 2º Las enajenaciones hechas por el cónyuge sobreviviente a terceros de buena fe de los bienes raices gananciales inscriptos a su nombre, son válidas; sin perjuicio de las acciones que pueden dirigir los condóminos contra el enajenante. »

Cuarto caso : Es el más grave. Cuando el doctor Vélez proyectó el código pudo ele-

gir entre tres sistemas para organizar la propiedad raíz : el romano, de contrato y tradición ; el registro público de los actos ; el sistema mixto que hoy impera en una forma irregular y peligrosa. En España se había creado el registro en 1803.

No sólo optó el doctor Vélez por el sistema romano, sino que extremando las cosas condenó categóricamente el sistema del registro en su nota al artículo 577.

La propiedad romana era de origen religioso : cada finca, dice Foustel de Coulanges, estaba al cuidado de las divinidades domésticas que la guardaban, cada sitio tenía que estar rodeado por una cerca que lo separaba completamente de las posesiones de las demás familias ; la cerca no era precisamente una pared de piedra, bastaba una zona de tierra de algunos pies de ancho que debia permanecer inculta sin que el arado la tocase. Este espacio era sagrado y la ley romana lo declaraba imprescriptible, porque

pertenecía a la religión. En ciertos y determinados días del mes y del año, el padre de familia daba la vuelta a su campo siguiendo aquella línea, y llevando delante las víctimas, y cantando himnos ofrecía los sacrificios. Con esta ceremonia creía conciliar la benevolencia de los dioses para su campo y su casa, y sobre todo, « consignaba su derecho de propiedad, paseando su culto doméstico alrededor de su campo », y siendo el camino que habían seguido sus víctimas y sus oraciones el límite inviolable de su finca. De trecho en trecho colocaba sobre esta línea algunas piedras grandes o troncos de árboles que se llamaban « términos ».

Con la desaparición de los dioses, de todo ese conjunto de fórmulas sólo sobrevive en el sistema romano la « tradición », la toma de posesión ostensible, que acredita el dominio ante toda la sociedad.

En nuestra época ésto es una simple fantasía. Aparte los vecinos, el resto del públi-

co ignora que en determinado día N. tomó posesión de tal fundo, y ejecutó determinados actos. Así, diez años después de sancionado el código se establecía el registro de la propiedad para la Capital; y a medida que se valorizaron los bienes, multiplicándose las transacciones, las provincias dictaron sus leyes de registro. Actualmente tenemos quince registros de la propiedad en toda la república. Pero este derecho nuevo se ha creado subrepticiamente, disimulando reformas trascendentales del código en disposiciones que sólo en apariencia son de forma.

Todas esas leyes son de un valor legal discutido. Algunos jurisconsultos las consideran inconstitucionales; la jurisprudencia es contradictoria. En resumen, ocupan una situación equívoca en nuestro sistema institucional.

Sería, pues, de muy buenas consecuencias el siguiente proyecto, que se limita a poner fuera de toda discusión a la situación legislativa impuesta por los hechos:

« 1° Declárase en vigor en todo el territorio de la república la ley de registro de propiedad de la capital.

« 2° Los certificados, inscripciones y anotaciones de los registros provinciales tendrán todos los efectos legales preceptuados en la ley de la capital. »

Estas reformas son fáciles, evidentes y no alteran la economía general del código. La única verdaderamente fundamental es la relativa al registro; pero en el hecho domina, y siempre es mejor para el bienestar general que recomienda la Constitución, salir de esas situaciones ambiguas en materias de tan capital importancia.

Y termino aquí este artículo confiado en qué habré convencido al lector. Después de veinte años de ejercicio de la magistratura he creído cumplir un deber cívico con esta modesta contribución para la más acertada reforma de nuestra leyes.

Una recepción académica

Me cabe el honor de iniciar estas recepciones de la Academia de filosofía y letras diciéndole al doctor Carlos Octavio Bunge las palabras de bienvenida.

En casos como éste el elogio es fácil ; mana en una forma espontánea de la naturaleza misma de las cosas. Basta recordar la lista de las obras escritas por Bunge : *La educación*, *El derecho*, *Nuestra América*, *La novela de la sangre*, *Los cuentos*, la *Historia del derecho argentino*, las *Vistas fiscales*, que contienen un material muy apreciable de sociología argentina.

La variedad de temas tratados revela un espíritu poseído por ese fermento de curiosidad universal, que es el encanto y también la angustia de algunas vidas. La necesidad imperiosa de comprender implica la facultad correlativa, y este dón precioso supone, no sólo los actos comunes de la inteligencia, analizados en las lógicas formales, sino algo más que trae a colaborar en la obra de estudio a la sensibilidad, con todo su séquito emocional, muy bello pero muy doloroso, y a menudo dramático.

Comprender es ante todo un acto de sensibilidad; es una nueva emoción que nace, porque algo nuevo se incorpora a nuestro mecanismo mental. A menudo celebramos esas recepciones de ideas que vienen a integrar nuestro sistema. La interesante visita suele alterar costumbres adquiridas, es importuna, trastorna una vida intelectual organizada en cierto modo. Otras veces llega en buena hora para iluminar con luces más cla-

ras y de colores más variados los paisajes ya conocidos.

Esas son las grandes fiestas de la vida interior de los hombres estudiosos. A veces el problema trascendental y sublime trae una cierta zozobra. La meditación nos eleva a esas alturas en que se consigue contemplar por un fugitivo instante el conjunto de este universo. Parece que los símbolos se abrieran para mostrarnos su contenido. Estamos al borde de los grandes abismos de lo desconocido. Los enigmas trágicos de la vida se animan lentamente, coloreándose con una luz fría y pálida, de penumbra que se extingue. Oímos el murmullo universal, el coro gigantesco de todos los muertos, una letanía lejana, imprecisable y que se desvanece... como si se entreabrieran para cerrarse de nuevo las puertas de lo infinito.

Cuando volvemos de ese estado de claridad casi divina, la razón humana con sus categorías, sus universales, sus principios,

sus métodos y su lógica, nos produce una impresión de petulancia poco simpática y enfermiza; algo así como el rey fantoche, que gesticula con sus miembros de alambre, y afirma la gravedad majestuosa de su paso tembleque de arlequín. Este mundo es muy complicado, y al encerrarlo en los límites estrechos de nuestra lógica racionalista, lo reducimos a proporciones muy minúsculas y dejamos de lado sus partes más interesantes y llenas de vida.

Así, la intuición es el único espíritu que crea y vivifica. El formalismo razonador nos da cosas muertas. Es el espíritu que niega y niega siempre todo lo bello, todo lo bueno que nuestra pobre humanidad viene produciendo al través de los siglos, a costa de sacrificios y dolores indecibles.

Esta filosofía de la intuición es algo así como una resurrección de la fe; la vieja fe que sostuvo a los hombres en sus luchas pasadas, que les dió esa simple y sana energía, nece-

saria para realizar poco a poco la moral, la justicia y la bondad. Ahora comienza a insinuarse por entre el laberinto de los sistemas filosóficos y de las verdades científicas. Y en medio de ese mundo lleno de dudas y contradicciones, surge como una luz pura, clara, vigorosa ; como esa luz del naciente que todas las mañanas rejuvenece el universo.

A ninguna de las llamadas ciencias morales son tan aplicables estos conceptos como a la Historia, en la que se distingue el autor de *Nuestra América*. Aun cuando escribe sus *Vistas fiscales*, tiene el criterio realista del historiador, y no sólo relaciona el derecho con la vida que lo engendra, sino que coloca el sujeto del derecho en su medio ; y rehace en párrafos de excelente psicología el proceso íntimo del alma del crimen, que surge siempre de un laberinto de circunstancias sociales, como esas llamas simbólicas del infierno que se pintaban en los cuadros antiguos.

Acabamos de oir su interesante estudio sobre el gaucho y la literatura gauchesca. *Martín Fierro, Santos Vega* y los *Anicetos,* están de moda. Tienen posición social y los hemos incorporado al núcleo de nuestra sociedad más distinguida. Es todo un síntoma, y revela, junto con el culto del tango, una orientación curiosa del espíritu nacional.

Lugones considera a *Martín Fierro* como poema épico, y su concepto fué aplaudido con entusiasmo por manos enguantadas y por los hombres políticos dirigentes, y también por los jóvenes y por las niñas. Así resurgía una leyenda nacional vivaz, cantada por poetas de talento, comentada por un poeta de gusto y de prestigio, de imaginación creadora.

Nos bañábamos en las aguas del más puro nacionalismo, leyendo a *Martín Fierro,* del Campo y Ascasubi, con la cadencia algo lasciva de la música del tango en el oído y la cantinela adormecedora del pericón. Y como

es agradable reflexionar sobre los símbolos, yo me preguntaba mientras aplaudía las felices imágenes de Lugones : ¿ qué es lo que aplaudo ?

Y entonces practiqué rápidamente el análisis de *Martín Fierro, Anicetos Lucero, Santos Vega*. Y voy a contaros lo que me dijeron esos nombres ilustres.

El gaucho no cree en Dios y en el amor, me decía con brusquedad *Martín Fierro*. La « china » ocupaba un lugar secundario, era el episodio efímero y fugaz, en el desarrollo de mi vida. Ignoraba la ternura, carecía de la imaginación que transforma e ilusiona, la base de todas las pasiones amorosas. Si a veces maté por celos, no me inspiraba el culto religioso de una mujer, sino un orgullo enfermizo que fué mi caracterísca, y mi demonio interior.

Un tango, que en esos momentos preludiaba la orquesta, me hacía el efecto de cosa diabólica. La melodía quebrada y ondulante,

de una sensualidad cruel con su acento zumbón, llevaba el espíritu siniestro de Martín Fierro, su brutalidad y su sarcasmos. Era el espíritu que niega, el soplo helado que marchita. Mal símbolo para un país joven y rico, que reclama la Fe en la Justicia, en la Bondad y en el Amor para realizar sus destinos.

Y *Santos Vega* me dijo, mientras se tocaba un pericón : no creí en Dios ni en los Santos, me puse al nivel del indio y del negro; unas cuantas supersticiones y algunos fetiches, bastaron para satisfacer las necesidades de mi alma, abandonada de todos.

Y los tres repetían en la ronda del pericón : ignorábamos la justicia, el honor, la bondad y el deber ; éramos indisciplinados, sensuales, muy valientes y de un egoísmo feroz. Con nosotros nada se habría fundado, éramos la paja brava de las Pampas y habríamos sofocado todas las flores de la civi-

lización. Y oí unas risas frías, en sordina, que se alejaban; una música de hielo, como venida de la región de la muerte.

Así, doctor Bunge, tenemos que estudiar el gaucho, porque todas las opiniones son un poco fantásticas y de capricho. Los documentos reveladores de su mentalidad, de sus pasiones y sentimientos, están apolillándose en los archivos judiciales de la época colonial y de la primera mitad del siglo XIX.

Allí entre el juez y el escribano, sacudido todavía por la emoción del crimen pasional, reveló el fondo de su alma, y es probable que en algún momento lúcido maldijera a esa clase de estancieros que lo redujeron a la miseria y a la degradación.

Tendremos que estudiar muchas cosas. Me atrevería a afirmar que toda nuestra historia social está por hacerse. Hemos comenzado por publicar documentos. Esta tarea preparatoria puede ocupar varios lustros. Poco a poco vamos precisando los vastos lími-

tes de nuestra ignorancia, lo que constituye un progreso saludable.

Venga, pues, a ocupar el puesto de honor que le corresponde en nuestra universidad, por sus distinguidas cualidades intelectuales y por el valer de su obra científica.

Vicente Fidel López

López podría haber escrito en el frontispicio de su obra el concepto de Michelet : la historia es una resurrección. Esta tarea requiere raros dones de inteligencia y de sensibilidad. Por eso los griegos colocaron a la historia entre las Musas; junto a la tragedia, la poesía, la danza y la música ; entre las diosas amables. Esos genios enseñan a sus devotos los misterios de este universo. Los llevan por senderos encantadores a esas cimas que se pierden entre las nubes. Allí se presiente la infinita belleza de las cosas y su significado trascendental, entre los arreboles de las formas fugaces.

La historia es ante todo arte. Presentar un personaje, hacerlo revivir, sacar a la luz su alma con todas sus pasiones en movimiento, es obra idéntica a la del novelista o dramaturgo. Realizar esa obra con el alma de un pueblo en una época dada, traducir en palabras el ambiente moral y social en que se desarrollaban las viejas generaciones, es cosa muy apreciada y muy difícil; tarea de pintor. Traducir los sentimientos de esos hombres en forma tal que el lector los experimente, que se emocione con sus odios y sus amores, es función de la música que expresa esos movimientos tenues de la sensibilidad; las aspiraciones que se ocultan en el fondo de las almas, las vagas inquietudes que en cada época son el estímulo de las facultades más nobles. Disponer la escena en que se desenvuelven los personajes en su orden necesario, de tal manera que dé una impresión exacta de su significado y que nos ayude a comprender la secreta esencia de los hechos,

es tarea de decorador, que requiere condiciones de gusto muy finas y complejas.

Como base fundamental de todas esas cualidades están las ciencias sociales, la geografía física, la antropología. Y para cimentar elementos tan diversos en un conjunto sólido y sistemático, vienen la filosofía y la metafísica que nos dan la síntesis de lo real y el método de penetrar lo ideal.

López tenía ese conjunto de condiciones; por eso deja una obra que vivirá siempre. Es el hombre representativo y simbólico de la vieja sociedad argentina. Conocía los acontecimientos que narró, por intuición directa. Era un contemporáneo de los hombres de Mayo, porque había nacido en el ambiente revolucionario. En su hogar germinarían los nuevos sentimientos patrióticos mucho antes del año 10; y en las veladas de invierno, la madre reemplazaba los cuentos de hadas y las historias milagrosas, por ese otro milagro de la independencia y de las proezas de sus

hombres. Así se levanta el alma del futuro historiador; y se vigorizaba su sensibilidad en ese aire de cosas heroicas, de altruísmo, de abnegación y sacrificio. No le fué difícil crear los tipos definitivos de la vieja sociedad. En *La novia del hereje,* trazó al fraile peninsular, dominador de estos reinos de América, con un arte digno de los pintores holandeses de las mejores épocas. Ahí va castigando su mula, repitiendo automáticamente los latines escolásticos; sensual, grosero, orgulloso, con ese orgullo grueso y común, de una vulgaridad incurable. En su *Historia argentina* reviven las turbas montoneras y sus caudillos. Las siente con un alma a lo Carlyle, las odia y las impreca, con toda la indignación de su temperamento clásico, de su buen gusto, chocado ante esa barbarie que regresiona rápidamente a la tribu originaria.

Profesor de economía política y de derecho romano, acentúa la tradición nacionalista del pensar argentino, que continúan Alberdi

y Juan María Gutiérrez. Inició la aplicación del método histórico en los estudios superiores. Las sociologías norteamericanas, mal entendidas, pertubaron la claridad del pensamiento argentino, obstaculizando su progreso. Triunfó momentáneamente una nueva escolástica, apegada a las fórmulas, a la rutinaria exégesis, al cómodo dogmatismo y al principio de autoridad. Pero las ideas de López predominan cada vez más en las universidades argentinas.

Tuvo, sobre todo — señores — el culto de la inteligencia. Ningún otro argentino lo supera en ese amor de las cosas del espíritu. Sostuvo el sistema parlamentario, en la ilusión, desvanecida después, de que en esa política tienen que predominar los mejor dotados. No penetró la psicología de la mediocridad sudamericana, más audaz y valiente entre su océano de inepcias, que el genio europeo entre las nubes.

La instrucción clásica, de la que era apa-

sionado, completó su personalidad y le dió toda la fuerza moral necesaria para resignarse. Excuso decir que fué demasiado superior a su medio, y como exacta consecuencia y triste compensación, no lo comprendieron. Así quedó esterilizada en el retiro de su biblioteca, una fuerza intelectual de primer orden.

En el día de hoy todos los centros intelectuales del país evocan su recuerdo, en una forma espontánea y sencilla, como conviene en esta religión de las ideas. Y en todos los hogares en que haya libros, se leerá algún capítulo de sus obras. Así, vive entre nosotros, nos comunicamos con su espíritu muy a menudo, y sentimos esa influencia dulce de las grandes inteligencias, que iluminan el alma nacional con una luz suave, y acrecientan nuestro amor a esa patria vieja, que sufrió tanto para conservar las buenas semillas.

Dejo cumplido el encargo de la Asociación nacional del profesorado.

Despedida al profesor Rafael Altamira

Señores, por encargo del señor Decano, y en representación del Consejo, voy a decir la palabra de despedida al profesor Altamira.

Cuenta la leyenda que un santo, que era un gran sabio, San Gregorio, escribía cierta noche una buena historia, con mucho entusiasmo. De pronto se sintió angustiado. Una aparición, que inspiraba mucho miedo, le sugería dudas muy graves y risueñas sobre su obra. Y el fantasma habló con su voz helada :

— ¿Qué escribes, Gregorio?

— Escribo historias, dijo con ingenuidad el santo.

— ¿Qué sabes tú de esas cosas? ¿cómo distingues lo falso y lo verdadero? no serás el eco inocente de la calumnia y las malas pasiones de otros hombres? ¡deja en paz a los muertos y sus memorias!

San Gregorio quedó muy pensativo; invocaba a nuestro señor Jesucristo. Y entonces una luz muy suave se esparció por la habitación, luz apacible y tranquila, y la fea figura desapareció entre las sombras que huían... Poco a poco se calmaron las angustias del santo, y lleno de nueva y profunda fe en su obra se puso a trabajar con entusiasmo.

Nosotros, señores, estabamos así como aquel santo. El siniestro personaje había irruído en nuestros pacíficos senderos, dándonos esos gérmenes malos que desalientan y sofocan la actividad intelectual. Este personaje era el medio ambiente materialista. Y entonces, tal vez sin quererlo, habremos invocado a nuestro señor Jesucristo y el milagro ha sucedido. Oímos la palabra buena, el

« fermento » que renueva la fe en las cosas intelectuales... esa fe que hizo a nuestro país en 1810 y en 1852, la confianza en las ideas!

En la Biblia se bendice a todos los hombres que siembran la buena semilla que eleva las almas. Nosotros debemos decir al profesor Altamira agradeciéndole sus servicios: vaya con la bendición de Dios para usted y los suyos.

Recepción del honorable Ferdinando Martini [1]

Todavía conservamos la impresión fresca y vibrante de las fiestas del centenario. Sin embargo, el febril entusiasmo de los días de Mayo se ha calmado. Así, nos llega la hora tranquila de la reflexión. Razonemos, pues, sobre todas estas cosas bellas, que nos hicieron vivir una semana como en los cuentos de hadas.

La comparación es exacta, señor. Melusina vive en la atmósfera despejada de colores vivos y alegres. Así pensaban los especialis-

(1) Discurso pronunciado en la Facultad de derecho y ciencias sociales.

tas medievales en asuntos de demonios, y lo maliciaron los antiguos religiosos misioneros.

Dejaremos descansar tranquila a la buena hada que nos ha servido bien ; sin perjuicio de llamarla a cuentas para que nos aclare ciertos puntos obscuros.

Algunos pensadores de esa misma época creían que el universo es un símbolo, y más de uno pagó con su vida el placer de disertar sobre estos temas confusos. Aceptemos por un tiempo esa hipótesis, que es muy bella, y digamos que todas nuestras revistas, exposiciones, músicas y entusiasmos, son simples signos ; efímeros y pasajeros, si no implicaran algo trascendental que va envuelto en ellos. Una idea, por ejemplo, que nace con nuestro pueblo en 1580, y se realiza progresivamente en los hechos de la historia, alcanzando en este año 1910 la conciencia clara de sí misma y de sus destinos. Esta idea es el eje de todo el sistema mental colectivo ; vincula y ordena con su fuerza irresis-

tible a las innumerables actividades que forman la trama de la vida nacional.

Para comprender las cosas, en la maravillosa realidad de su vida interior, hay que considerarlas como un conjunto armónico y sistemático; simples signos del proceso ideal que es lo interesante. Así, la riqueza nos da la noción de fuerza, tal vez la más eficaz que hayan imaginado los hombres, pero ciega como el torrente que bien puede arrasar caseríos y sementeras, o ser la providencia del agricultor. Reclama el esfuerzo de la voluntad colectiva que nos coloca por encima de la fortuna, que nos eleva en la jerarquía de los valores sociales por el mérito moral, y nos permite someterla a la inteligencia. De lo contrario, puede llevar a un país, agrupación o familia al desorden y al desastre. Por eso los antiguos la imaginaron muy bella, pero ciega.

Es probable, señor, que considerando nuestra riqueza os hayáis preguntado de dón-

de proviene : ¿de la divina providencia, de nuestra señora de la Concepción, de San Martín, patrón de la ciudad? como creían los antiguos religiosos, graves y discretos, que nos gobernaron durante dos siglos, ¿o del ahorro, de la disciplina de las pasiones y de la conducta? ¿del esfuerzo intelectual?... ¿Llamaremos a Melusina para que nos conteste? Pero no, la disgustaríamos con nuestros reproches : debió crear esas circunstancias que obligan a desplegar energías y templan el alma. Conviene para el perfeccionamiento moral merecer las gracias de los dioses... Además, la buena hada es risueña y maliciosa, no respondería a nuestro llamado.

Sin embargo, señor, puedo asegurar que la he interrogado. Para hablar con ella se requieren mucha paciencia y estudio. No creo que resida en la atmósfera, ni en los naranjos y camelias, como pensaban los antiguos religiosos. Entre la polilla y la humedad de los viejos papeles viven las hadas,

las sílfides, los gnomos y muchos santos y diablos de feliz y trágica memoria. En cierta ocasión, después de repetidas insistencias mías, una voz lejana, algo como la sombra de la palabra, me dijo tan al oído que parecía un murmurio interior : El alma del pueblo argentino fué fabricada con la más pura esencia de « optimismo ». Vuestra justicia, continuó diciendo, es benévola e indulgente, optimista, porque os he inspirado el sentimiento de la bondad del hombre. Notemos al pasar la influencia de esas tendencias que animaron los genios de Becaria y de Lombroso, y que se expanden libremente bajo la protección de Melusina. La historia de nuestros tribunales no registra un solo error judicial, si bien como compensación más de un reo eludió el castigo. Culpa de Melusina, señor, que envenena el aire con inagotables gracias y bondades. Y la hada continuó : Belgrano confundía en las mismas honras a los vencedores y vencidos de Tucumán y

Salta. Sarmiento, una de las figuras más geniales y completas, proclamaba después de la guerra del Paraguay que la victoria no da derechos; y el ilustre Luis María Drago enseñaba desde el ministerio de Relaciones exteriores su doctrina sobre el cobro coercitivo de deudas. En la política, en la justicia, economía y moral, estoy yo con mi «optimismo», dijo Melusina, y desapareció.

Esa es, señor, la idea argentina. Cada nación tiene la suya. La historia es la lucha de esas ideas encarnadas en los diversos países. Los poetas homéricos tenían el presentimiento de estas cosas, al hacer presidir por los dioses las batallas de los hombres. Los sentimientos e ideas de los seres divinos iluminaban todos los combates, sugiriendo el significado trascendental.

Los argentinos deberíamos poner en nuestro escudo el color verde, porque venimos al través de la historia con el alma cargada de esperanzas, persiguiendo la mayor cultu-

ra, la mayor justicia, la mayor belleza. Amamos la gloria y la prosperidad de la Italia, porque siempre ha significado el triunfo de la mayor cultura, de la mayor justicia, de la suprema belleza.

La República Argentina y el caso de Venezuela

«Con respecto a Venezuela, decía en el parlamento inglés sir H. Campbell Bannerman, la nube se ha disipado felizmente ; pero era una nube muy negra...» La nube continúa en el fondo del horizonte sudamericano, semioculta, confundida por ahora, pero puede volver demasiado cargada de ambiciones imperiales y de necesidades irresistibles.

Para el que reflexione sobre los últimos cincuenta años de historia europea, los sucesos de Venezuela no son hechos aislados, medidas de policía, o reparación de agravios,

sino la oportunidad que exterioriza una tendencia latente en Europa desde mediados del siglo pasado, y que en estos últimos años se acentúa y robustece por las nuevas necesidades económicas, las ideas de raza predestinadas supuestas sucesoras del imperio romano, vulgarizadas por la filosofía germánica.

Mucho antes de que apareciera en la política esta tendencia, comenzó en las universidades alemanas el trabajo de trasmutación de valores morales, necesario para arrancar de raíz los escrúpulos, las dudas ideológicas que dificultan la obra y quiebran la eficacia de los guantes de hierro. Y la moral, el derecho, la justicia de los conquistadores se sistematizan con la filosofía de Darwin y Spencer en Inglaterra; de Hegel, Savigny, Von Ihering, de Sybel y Momsen en Alemania. Al viejo y clásico concepto cristiano del derecho, trasunto de la equidad, se oponen las ideas de lucha por la vida, de supervivencia del más apto; la noción más exacta

de un resultado del desarrollo social, el producto de la conciencia jurídica de cada pueblo. Todo ese idealismo de la Revolución francesa que amparaba a los débiles en virtud de ciertos principios de moral y política; el derecho natural fundamento de las garantías constitucionales, no resistieron a los ataques de los juristas alemanes e ingleses. Con un método impecable se demostró el origen y desarrollo de las instituciones, las bases económicas y sociales del derecho, concebido con absoluta independencia de la moral y de la justicia tradicionales. Así, el universo social como la naturaleza orgánica corresponde a los más vigorosos e inteligentes. El superhombre y demás teorías de Nietzsche, que causan tanto escándalo, son los puntos extremos de estas síntesis filosóficas, puestas en aforismos de magistral belleza.

Estos ligeros antecedentes prepararán el ánimo del lector para recorrer sin mayores sorpresas la sugerente colección de documen-

tos publicados por el doctor Drago. Los principales publicistas de Alemania e Inglaterra consideran a la América del Sur como una especie de Africa que será entregada a la colonización en el siglo xx. « A medida que vaya disminuyendo la superficie de territorio desocupada, apto para la colonización, dice Somerset en el *Nineteenth Century and after,* irá haciéndose cada vez más evidente, no sólo que no hay tiempo que perder, si se quiere fundar un imperio, sino que ha ido elevándose el precio que un pueblo puede permitirse pagar por la adquisición de ese territorio. La presión creciente de las poblaciones europeas, la lucha por el comercio, y el natural deseo del engrandecimiento nacional, tienen que ser factores poderosos ; y la política de *ahora o nunca* ha de ser pronto la consigna de varias cancillerías europeas. Ya hemos visto que el viejo mundo ofrece pocos atractivos, queda sólo por considerar el Nuevo. »

La nota del doctor Drago, que ocasionó toda esta discusión, quedará incorporada a nuestra historia diplomática como uno de los grandes actos de la cancillería argentina. En un momento bastante triste para Sud América, cuando nos llamaban mulatos, mestizos, negros ingobernables e inaptos para la civilización, demostrábamos que algunos de nuestros hombres de estado sabían pensar bien y hondo, y que tenían esa cultura que permite decir las cosas con sobriedad y elegancia.

La lectura de ese libro debería recomendarse a la juventud para despertar en sus almas sentimientos patrióticos, incrustarles bien la noción de los deberes sociales y convencerlos de que la fuerza y la inteligencia son indispensables en esta nueva era, so pena de vida.

Santiago Liniers, por P. Groussac

Groussac inaugura los estudios coloniales con su Liniers, en una forma distinguida. Esta vez el autor y el sujeto se convenían, no había « incompatibilidad secreta entre el modelo y sus pintores ». Si el rasgo del virrey fué « la elegancia dando a la voz la plenitud de su sentido físico y moral », — el rasgo de su biógrafo es la distinción de espíritu, el gusto y la mesura. Por eso puede describir esa sociedad del virreinato con gracia y sentimiento. La mujercita porteña sale aderezada de entre sus manos, con su elegancia y esbeltez propia, y « este dón de la sana alegría que hasta muy tarde le conserva

la risa y algo de la gracia infantil ». Sus preferencias por esa época se notan a cada instante. Entre las dos sociedades elige sin vacilar la antigua. Y un sentimiento de tristeza y simpatía profundas colorea su estilo cuando nos dice : « recorrían aquellas generaciones desvanecidas nuestro propio estadio, entre iguales ensueños de imposible felicidad : entonces, como hoy, había una hora suprema en cada vida, a cuyo resplandor el universo entero se condensaba en un sér amado ; seguían luego las mismas decepciones, las mismas angustias ante las cunas vacías y las tumbas abiertas ».

Esta afinidad entre el sujeto y su autor es una causa de exito. El trabajo mental no es obra exclusiva de la inteligencia : coopera todo el organismo, el cortejo de nuestras pasiones, gustos, simpatías y antipatías. No es imposible que el talento provenga de una rara intensidad de los sentimientos que se traduce en mayor brillo y nitidez de las ideas,

en asociaciones nuevas y originales. El concepto aislado es pálido y vago, el fermento personal del pensador lo anima, le presta algo de su fuerza, lo coloca en la esfera de la voluntad para que viva de nuestra propia vida. Por eso no es del todo un paralogismo la relatividad de las morales y de las verdades. Entre otras cosas inútiles e interesantes la vida nos enseña que no hay dos caras idénticas, ni dos almas igualmente honestas. Sospecho que los mismos cartujos deben tener sus matices de verdad y de conciencia muy interesantes. Estas variaciones del escrúpulo en las almas buenas, sería un tema indicado para un confesor indiscreto.

En un estudio publicado en esta revista analicé, con mis modestos recursos, la intelectualidad de Groussac. Uno de los rasgos de su método es que rara vez busque en los hombres la causa de los sucesos. Su sólida cultura filosófica lo lleva a escarbar al subsuelo de la historia, las fuerzas que gobier-

nan a los mismos héroes, víctimas del espejismo de su autonomía. Así, en su Liniers, apunta dos o tres ideas generales de intenso poder sintético : la escasa importancia del elemento indígena en el Plata, como causa del diverso rumbo y aspecto de nuestra revolución, — la analogía íntima entre los demás movimientos y las pasadas intentonas de los indígenas contra sus amos. Las dos cualidades dominantes en su espíritu, la tendencia sistemática y sintética, aparecen en esta nueva obra con todo relieve. Por eso en sus libros la Historia se desarrolla con cierto orden y método, — es una cosa clara.

Este sistema tiene sus inconvenientes, — estrecha las medidas de los héroes y los moldes tradicionales resultan demasiado amplios. Además es menos teatral y efectista ; supone un raro talento para interesar al lector. Tiene todas mis preferencias y sólo lamento que Groussac no lo siguiera con más rigor, dando el ejemplo, aplicando lo que

dice, por ejemplo, de los combates de la Reconquista como síntesis de ese dramático episodio : « esos hechos psicológicos — la inoculación del virus guerrero y el despertar del alma argentina adormecida — son los únicos importantes y duraderos : los combates en las calles son accidentes ocasionales de aquellos ». En resumen es lo que vive en el alma argentina, la esencia incorporada al organismo como resultado de esa gloriosa lucha. Así sucede con todos los acontecimientos, dejan su residuo moral que enriquece el torrente circulatorio de la vida colectiva. Buscar esa esencia en la trama de los hechos es la noble tarea del historiador. Así escribía Taine la historia de la Revolución francesa sin nombrar una batalla, limitándose a traer a la escena en una forma admirable el elemento moral y mostrar su repercusión en la sociedad y en la marcha de los sucesos.

Es sabido que la idealidad del mundo exterior no es un paralogismo. Para algunos

el Universo es una idea pensada, o una sucesión de imágenes más o menos coherentes, según el sujeto. Se ha dicho que el mundo es un fenómeno cerebral. Así, como lo escribe Remy de Gourmont, puede caber el océano en una botella, o en un dedal; para muchos humanos es probable que esa inmensidad no exista. La teoría, dudosa en lo físico, es exacta en lo moral y social. En la realidad una época histórica argentina es una colección de papeles impresos o manuscritos, — en una europea habría que agregar las manifestaciones de ciencia, filosofía y arte, los monumentos. Toda la Reconquista cabe cómodamente en un pequeño armario. El historiador debe revivir y repensar los sentimientos e ideas que esos signos envuelven: es la parte difícil y noble de su trabajo, y en ella Groussac es eximio. Pero esos signos serán interpretados por una inteligencia y una sensibilidad con sus peculiaridades individuales, y las comunicadas por esa red de cosas que

forman el medio ambiente. Así, todo el pasado no es más que un acto de nuestro pensamiento, y de la Historia se puede decir, sin temor de errar, que es un fenómeno cerebral.

Groussac

A PROPÓSITO DEL LIBRO *SANTIAGO DE LINIERS*

El raro interés de esta obra radica en su faz moral y psicológica. Es un doloroso y sentido análisis del alma de un trasplantado. El problema que sugiere la drámatica biografía es de notoria actualidad : los efectos morales e intelectuales del trasplante de los hombres. Todas las torturas, los conflictos, el sacudimiento íntimo que implica la adaptación, están expuestos en forma clara e impecable, y con un relieve que da la sensación de vida. Difícilmente se encontraría otro ejemplo de un historiador que sufra tan al unísono con su héroe, capaz de revivir el drama

con esa intensa riqueza emotiva. Por eso este libro tiene el interés de la novela, y quedará como un modelo en su género.

Entre el autor y su héroe hay analogías morales de vida y circunstancias que dan a muchas de las páginas el carácter de una confesión. Al hablar de Liniers, el distinguido escritor tiene muy presente a Groussac. A veces los sentimientos se fusionan, las impresiones son idénticas, el dolor de la adaptación tan bien sentido, que el estilo toma el tono de la intimidad, de la confidencia emocionada. Como sus españoles que «caminan en la senda moderna con la cabeza hacia atrás», el autor roza a cada momento lo contemporáneo, y al zaherir a los adversarios y a veces a los amigos de Liniers, defiende una doble causa, que tuvo el mismo propósito de civilización, cultura y disciplina, y deja así documentos inapreciables a su futuro biógrafo.

Aparte de las cualidades personales del vi-

rrey Liniers, que son tentadoras para « quien aspiró siempre al buen gusto literario », esos últimos años de la dominación española constituyen un momento social único en nuestra historia. Ciertas flores de cultura, de relativos refinamientos, de hábitos aristocráticos, comenzaban a colorear la vieja armazón política. El virreinato era la última etapa de una época histórica agonizante, pero venerable. Una apariencia de solidez, el ambiente de tradiciones y respeto, de antiguas jerarquías siempre acatadas, le daban un aspecto majestuoso e imponente. Liniers acentuó la nota, algo desteñida, de la elegancia y de la gracia. En el museo histórico hay una sala de la época, un clavicordio melancólico que todavía suena en falsete; retratos de prohombres cubiertos de decoraciones y dorados. Con estos elementos y algunos dibujos de la época inmediata posterior (Museo de bellas artes) podría un lector imaginativo poblar esa sala y saborear la

cultura, la gracia y el encanto de ese efímero intervalo de nuestra vida.

Así, el medio y el personaje convenían admirablemente a su historiador. Y esta secreta afinidad electiva nos explica la perfección del libro, escrito con amor y simpatía ; que sólo engendran las cosas buenas y duraderas. Es claro, sobrio, discreto y mesurado. Y en medio del abrumador trabajo de erudición y crítica, aparecen en el momento oportuno los misteriosos reflejos, la caverna se aclara, y las tristes sombras de los que fueron reviven por unos instantes su azorada existencia.

La claridad es la cualidad madre en un escritor. Ella implica todas las demás, cuando se la toma en su verdadero sentido. Porque se puede ser claro como el daguerreotipo que produce exactamente las cosas, dando igual nitidez y luz a todas las líneas, sin distinguir ni matizar ; es la claridad banal y vulgar ; enumera con la ciencia del erudito, ra-

zona con el filósofo, produciendo la fraseología suntuosa, las generalizaciones vagas y arbitrarias que poco ganan con llamarse síntesis, o evoca fantásticamente con el arte ligero y superficial. La verdadera claridad resulta de la unión íntima de los tres elementos, unión que debe ser espontánea y natural; la manera habitual de comprender de los hombres bien dotados: del sentimiento del conjunto, decía Goethe, dependen todos los conocimientos humanos.

Con la sola erudición se obtiene un rosario de cuentas muertas; los personajes son simples nombres, a lo más oleografías; y la historia se convierte en una horrible y desesperante letanía. La filosofía que no surge de los hechos como su propia alma e idea, es oratoria pura, el trino de Castelar, tan inútil e innocuo como precioso. Las cosas fueron — tuvieron un motivo, una causa íntima, un secreto de su estructura que las llevó a la gloria o a la ruína — vivieron, se

desarrollaron y crecieron para morir, después de una curva más o menos efímera. El primer punto lo establece la erudición científica ; el segundo la filosofía y el tercero el arte. Pero ninguno de ellos, por sí solo, da la noción exacta, es necesario unirlos en un haz que forma el instrumento de comprensión.

Así, esta obra es clara porque reune los tres elementos ; es clásica por la sobriedad y la elegancia del estilo, la justeza de proporciones, la perfecta armonía de las partes y el conjunto. Realiza prácticamente el fecundo concepto de la filosofía de la historia que enuncia en el prólogo ; muy lejos, dice, de haber incompatibilidad entre la historia ya considerada como ciencia, ya como arte, ya como filosofía, debe asentarse que no existe diferencia esencial ; pues prolongada suficientemente, cualquiera de las vías convergentes conduce al encuentro de las demás, pudiendo decirse, según la fórmula de Ba-

con, que si un saber superficial aleja del arte y la filosofía, un saber más profundo nos vuelve a ellos.

Concluía la lectura de este libro, que por unos días me ha vuelto a la vida colonial, con una impresión de desaliento. Así aquella Argentina era superior a la presente ; tenía personalidad, alma común que vibraba al unísono ; una voluntad tenaz, hombres e ideales... En este ambiente que hemos formado con nuestro culto del Buey, la especie humana degenera, en medio de una infantil indiferencia. Tal vez los dirigentes de los años 6 y 7 incurrieron en un error, desaprovechando el único momento en que pudimos independizarnos moralmente, arrancando de raíz los gérmenes atávicos que envenenan a todo el mundo de habla española.

Ni en España ni en los países de su antiguo imperio, se puede citar una nación, ¡ una parroquia ! que a través de todo el siglo XIX haya practicado cinco años seguidos un régi-

men político de verdad. Esta regla absoluta, sin excepciones, — el único principio del derecho hispanoamericano, — se cumple con admirable exactitud en todas las latitudes; en las regiones pobres y en las ricas, en las agrícolas, mineras, industriales; en las llanuras y en las montañas, en los climas fríos y cálidos, en España, Cuba, en toda la América del Sur. Semejante uniformidad supone una causa muy general. Aplicando el método lógico de diferencias se puede afirmar que esa causa reside en la raza.

La reconquista no inspira entusiasmo ni es popular. Parece que un misterioso instinto enseñará al pueblo la fatalidad de esa gloria. Yo no puedo leer sin una profunda pena la narración de esos triunfos: ¡qué pérdida para la civilización, la cultura y la justicia! La historia es así, un encadenamiento de necesidades; resignémonos a las nuestras, puesto que los hombres nada pueden contra sus destinos.

Libro bíblico,
por Joaquín M. Cullen

Este libro, de propaganda, revela que su autor se preocupa de las cuestines sociales, y busca la solución de los angustiosos problemas en la moral religiosa. Ha reunido los pasajes bíblicos más relacionados con la vida diaria, y hecho una edición de bolsillo, económiça y cómoda; que acompañe al obrero en sus trabajos, y le permita leer en los intervalos de reposo la palabra que consuela y estimula.

No es imposible que tenga razón, y fuera de duda la obra y el propósito son eximios.

La ciencia es dura y fría, algo implacable; y los hombres somos sensibles, imaginativos, bastante complicados. Muchos de los hilos de la enredada trama interna serán siempre misteriosos. Esas brumas impenetrables constituyen el encanto y el prestigio de la vida. Supongamos resuelto todos los problemas, demostrados hasta la evidencia el origen simiezco, la desagregación final definitiva, y el universo perdería todo su interés. Uno de los motivos de mi invariable fe en Dios y en la vida ultra-terrestre, es precisamente ese arte sublime con que ha confundido entre semiclaridades los trágicos problemas de los orígenes del deber y de la justicia. Suprimid ese delicioso velo de misterio que nos envuelve y todo el arte de la literatura, y la filosofía perderían su razón de ser, — no habrían existido. Y basta pensar un segundo una humanidad sin Homero, Platón, Miguel Ángel, Shakespeare, y lo que esos nombres significan, para retroceder espantado.

Por otra parte, no creo que la religión de Haeckel sea superior a la Cristiana. Substituír el Sermón de la Montaña con el principio de la persistencia de la fuerza, es todo un resumen de lo que habrían sido el hombre sin esas benéficas ignorancias. Por lo pronto, la fe clásica es más distinguida, supone cierta sensibilidad, instintos nobles y altruístas, un concepto de la vida superior a la supervivencia del más apto.

Un filósofo octogenario (1), en su último y meláncolico libro, dice con loable sinceridad : « la simpatía impone el silencio con las personas que, agobiadas por las tristezas de la vida, se refugian en sus creencias para consolarse : prohibe el insinuarles dudas que zapen su fe, y obliga, cuando se habla con ellas, a eludir cuestiones que no pueden ser discutidas sin destruir sus esperanzas ». Y una filosofía que excusa su misión en los días

(1) Hebert Spencer.

trágicos de la vida, que no sabe sostener el alma contra sí misma y contra los demás, se convierte en un simple ejercicio de espíritu, sin trascendencia ni eficacia.

Hasta ahora nos preocupábamos exclusivamente de las cosas cívicas, — el doctor Cullen inicia un movimiento en pro de las cosas morales, y lo inicia bien con el *Libro bíblico*.

Los simuladores del talento por el doctor J. M. Ramos Mexía

En su nuevo libro el distinguido escritor se propone demostrar que el talento se simula en la lucha por la vida, como se simulan el carácter, el valor, la honradez o la piedad. Excuso decir, tratándose de Ramos Mexía, que el desarrollo de la tesis es hábil e interesante. Pero, si la teoría es eximia, falta la base de hechos demostrativos, indispensables en un tema difícil y de aspecto paradojal.

Simular ciertas cualidades es fácil. El público no las envidia y la envidia es el gran

agente de las verificaciones. La seriedad, la discreción, el equilibrio moral no molestan, y se sugestionan con ciertas prácticas sencillas y al alcance de seres muy inferiores. Pero el talento es cosa distinta, eso no se simula, ni se demuestra o sugiere con actitudes negativas. Los libros y discursos, la acción política, son hechos, casos concretos que todos pueden ver y analizar.

Todos estos conceptos son muy relativos y complejos. Si la medida de los valores morales varía en las diversas épocas, la apreciación de la intelectualidad es aún más efímera e inconstante. Rawson tenía hace treinta años muchisimo talento, y es posible que ahora su esfera de influencia se haya reducido. En la misma época se decía, con fino aticismo, que Sarmiento era un loco. Durante algún tiempo, entre los diez y doce años, creí en el talento de Mármol. Excuso decir que ahora no soportaría media página de la *Amalia*. La publicación de los escritos de Moreno

demuestra cómo las cualidades de los hombres evolucionan y se modifican en los varios períodos de la historia. Nadie ignora que fué numen, brillante y genial, para su generación; en la actualidad es un símbolo. En cambio Alberdi crece a medida que la instrucción secundaria se desorganiza y que la superior entra en la decadencia irreparable. Hoy por hoy, casi tiene tanto prestigio como Sarmiento.

Es que el talento es un fenómeno individual y al mismo tiempo colectivo. Resulta de una correspondencia entre el autor y su público. Stendhal escribió a principios del siglo pasado y sólo tuvo talento después de 1880. No es difícil que lo pierda con el triunfo del socialismo, que es la negación de sus teorías individualistas. Un cambio en la manera de sentir y de pensar, apaga todo el brillo de una época literaria. Seguramente los grandes frailes escolásticos tuvieron el genio de Hegel o Spencer, y aparte Santo Tomás, ol-

vidamos hasta los nombres. Sin embargo no es imposible que el mundo vuelva a su pasión por los universales y las esencias, y esos amables filosófos renacerán al talento.

Es de lamentar que no exista una medida objetiva para reconocer y graduar la intelectualidad. Pero no puede negarse la previsión piadosa de la Divina Providencia al dejar libre ese gran campo de las ilusiones reconfortantes. Sin ellas, una buena parte de la humanidad sería desgraciada. ¿Quién sabe hasta qué punto la obra mediocre estimula al hombre de genio y se convierte en arte útil y estimable? Los enanos bufones del rey don Felipe ocasionaron dos obras maestras de Velázquez.

Así, de existir, la simulación del talento es delito colectivo. Requiere autor principal y cómplices, todos de buena fe, salvo algún risueño que va confundido en el grupo. La verdad y la mentira sobre este tópico presentan líneas generales tan idénticas que el

problema se vuelve insoluble. Jorge Ohnet, para su público, tiene talento, — sería un simulador en la tesis de Ramos Mexía : pero no para sus lectores que cotizan muy alto esa manera de sentir y de pensar. Al repetir su rosario de tonteras, el orador político o parlamentario no simula, se muestra tal cual es. La vulgaridad de su espíritu se afirma como en un clarobscuro, con los mismos aplausos y crónicas entusiastas. Para sus contemporáneos tiene talento : el énfasis, el concepto infeliz, la retórica trivial es buen gusto, es delicadeza y finura ; el tono armónico con sus almas. Así los trombones sugieren la idea de lo sublime o de un sublime.

También debe observarse que el talento no se adquiere de la misma manera en todos los países. En Buenos Aires se obtiene con más dificultad que en el resto de la América ; en Madrid los obstáculos son relativamente mayores, pero incomparables con los de París, Londres o Berlín. Alcanzar el talento en

París es obra de romanos. Diríamos que entre nosotros es más bien de fenicios, en el amplio sentido de la palabra.

Por otra parte, en el caso de Busto, por ejemplo, ¿no podría decirse que tuvo una época de talento? La personalidad se mantiene porque varía, y las cualidades morales e intelectuales siguen una línea sinuosa, como las físicas. Los más inteligentes tienen sus horas, días o épocas en que son torpes o mediocres; el discreto tiene sus minutos de indiscreción. En general, ese maximum de tensión de una cualidad, no se mantiene mucho tiempo — los grandes caracteres son débiles en la normalidad de la vida, como las grandes inteligencias.

Ese axioma de la psicología se opone al *ne varietur* de la moral clásica. Así, para ser lógicos con esta doctrina, debemos colocar en el amable terreno de las fantasías una serie de caracteres y grupos que se ofrecían a nuestra ingenua admiración y ejemplo. Un

comercio prolongado con ciertos pensadores muy obscuros me inclina a mirar con simpatía ese concepto. Desilusionar a un fanático es tarea agradable. Era el placer de Satanás en sus buenos tiempos, cuando vagaba por los conventos y demás casas piadosas, empeñado en demostrar la eterna vanidad y mentira de lo creado.

Si fuera exacta la tesis de Ramos Mexía, bien podríamos decir que vivimos en medio de una ilusión universal, sin un criterio preciso de la realidad. Tal vez, como dice Gautier, la vida se valga de estas ficciones para procurar su mejor desarrollo. Hasta cierto punto simular el talento equivale a tenerlo.

Ramos Mexía se manifiesta en este libro contrario a todo caudillo. La doctrina está de moda, y en unas famosas discusiones sobre los hombres nuevos se murmuró bastante de los hombres viejos. No faltan personas discretas, convencidas de que Mitre, Roca y Pellegrini, actúan como formidables prensas

pulverizando talentos en gestación. Así, por ahora, domina en el verbo un individualismo radical. No olvidemos que la teoría de Leibniz está basada sobre una armonía preestablecida.

Excuso decir al lector que no creo en esas cosas, ni en los cuentos de brujas. Respecto del caudillo, sólo encuentro de mal gusto la palabra, pero es una eximia invención de la vida en la lucha por el orden y el progreso, y una necesidad social. Mantiene el equilibrio conteniendo las ambiciones anárquicas, suavizando las consecuencias de las bravas batallas políticas. Debido a nuestros caudillos hemos salvado graves peligros, y no se ocupan nuestros ejércitos en pasar y repasar algun río Negro, en procura del mejoramiento institucional.

Por otra parte, es sabido que entre sus cualidades características, el hombre cuenta la sociabilidad, uno de sus puntos de contacto con otras especies y que vincula la majada

animal con la humana. Uno de los misterios indescifrables de la vida es la necesidad interna que nos agrupa y nos somete a un jefe. Sus condiciones no dependen de su voluntad, sino de los deseos del grupo. En Inglaterra, el *leadership* es Chamberlain : en Francia, lo fué Waldeck-Rousseau ; en España, Maura ; en Montevideo, Saravia ; cada uno de esos hombres desempeña análogas funciones, une voluntades y sentimientos dispersos, establece el orden y la cohesión en lo que, sin ellos, sería un caos. Todavía no se ha estudiado la influencia real de los antiguos montoneros en nuestra organización social. No es imposible que esas tiranías locales fueran un proceso educativo necesario, la dura disciplina que habituaba a respetar la autoridad, preparatoria de un orden sano y normal.

Así, se puede afirmar como axioma, que siempre existirán caudillos. Sus méritos y la excelencia de sus medios de gobierno dependerán de nuestra cultura. Serán bravos en

las épocas del culto del coraje; intelectuales, fanáticos o tolerantes, según el momento de la evolución histórica. Pero siempre encarnarán el deseo íntimo y profundo, la ciega, voluntad de un país: el amor de la paz y del orden, puesto por sobre todas las cosas; el delirio de las gloriolas guerreras, la fe religiosa profunda, el entusiasmo por los ideales de belleza, justicia y bondad.

Estas contradicciones demostrarán al lector mi estimación por el carácter y el talento de Ramos Mexía.

Curso de derecho penal por el doctor Manuel Obarrio

Este libro contiene el curso profesado por el doctor Obarrio en 1884. Es una exposición clara, correcta y concienzuda del Código penal, que no obstante los años transcurridos conserva su interés y oportunidad.

Su autor pertenece a la escuela clásica y es de un espiritualismo radical; convencido de nuestro libre albedrío y de la superioridad mística del hombre sobre los demás seres. En estos puntos, tan escabrosos, sus ideas se han transformado en sentimientos, y no obstante su habitual tolerancia sospecho que no admi-

tiría tranquilamente la contradicción : « siento que mi ánimo se abate, dice, cuando observo tanto derroche de talento, tanta vigilia, tanta consagración, tanto ahinco, para llegar a una conclusión tan desconsoladora como amarga : el hombre no es el primero de los seres... » Así, el doctor Obarrio es antipositivista, y tal vez afirma con demasiada seguridad que « la justicia y la ciencia penal le cerrarán siempre sus puertas ».

No es difícil que caigan algunas ramas del positivismo ; es el destino de todo lo que vive : una parte de la doctrina de Lombroso, por ejemplo, todas las localizaciones y diagnósticos prematuros, basados en una experiencia ligera y deficiente. Pero es un error confundir el positivismo con los positivistas : éstos pueden equivocarse, sin perjuicio de que la tendencia directriz de su filosofía sea eximia. El doctor Obarrio olvida cierta influencia moral ejercida por esta escuela, a pesar de sus errores : una nueva piedad del

criminal, análoga a la compasión que inspiran los enfermos, constituye un progreso en el camino de las obras de misericordia, que no es de despreciarse.

Por otra parte, un derecho penal abstracto fundado en principios especulativos, sería irreal y por lo tanto inservible, y tal vez pernicioso. El delito y la pena deben basarse en la observación de las necesidades sociales. Se podrían citar los ejemplos argentinos, leyes que contradicen toda la teoría de la complicidad, de la tentativa, del delito frustrado, como la de falsificación de monedas, el disparo de arma de fuego, impuestas por las circunstancias peculiares de la actualidad; y que dejan de lado todos los principios fundamentales del derecho y de la justicia absoluta, y aun de la relativa. En cambio, la represión de las costumbres corrompidas, los delitos contra la moral privada, las injurias, calumnias, tienen una escala de penas bastante leve, y el *chantage* no ha sido previsto por

el legislador. Es que no obstante los principios, los delitos y las penas son cosas vivas y por lo tanto en perpetua evolución. La tabla de los valores morales se modifica en las diversas épocas; el mismo hecho reviste a veces una gravedad inusitada, o resulta innocuo, según el momento histórico, el estado del alma colectiva, y las exigencias políticas, económicas y sociales. Esta tendencia a prescindir de teorías más o menos fantásticas, y ajustar la ley a los hechos, es lo que constituye el positivismo jurídico.

El doctor Obarrio es también enemigo de la escuela francesa. Su convencimiento de la eficacia y superioridad de la razón y de la libertad es tan absoluto, que no deja grieta por donde pueda penetrar el aire envenenado. Sin embargo, la masa de las fuerzas sociales es tan enorme, y la regularidad del instrumento razonador tan delicada y frágil, que unas cuantas atenuantes y algunos signos de duda habrían sido oportunos. Por des-

gracia, he perdido mis ilusiones respecto de la inteligencia, y mis reservas sobre la libertad son más que suficientes para relegarla al más oculto y profundo archivo, a efecto de vivir tranquilo y sin tormentos filosóficos. En el ínterin debemos creerla, — es de un discreto espíritu conservador, — y proceder como si no creyéramos, es decir, preocuparnos de colocar a los hombres en medios sociales cultos y perfeccionados, que les inspiren sentimientos altruístas, sin perjuicio de elogiarles su voluntaria fuerza de carácter, y la virtud de sus silogismos.

De todas maneras, este libro hace honor a la Facultad. Está inspirado en sentimientos elevados, en principios claros y categóricos de moral y de justicia, y en una filosofía que representa uno de los momentos más bellos y llenos de ilusiones de la historia humana.

Norberto Quirno Costa [1]

El nombre de Quirno Costa es familiar a los argentinos. Lo oímos en todas las situaciones difíciles, en los momentos angustiosos y dramáticos de la vida nacional. Diputado, diplomático, ministro, vicepresidente de la Nación, estuvo mezclado a la política en una forma tan estrecha y eficaz, que no será posible escribir nuestra historia de los últimos cuarenta años sin recordarlo con elogio.

Pertenecía a un grupo de hombres escogidos, que bajo la dirección de Urquiza,

(1) Oración pronunciada en nombre de la Facultad de Derecho.

Mitre y Roca, organizaron el Estado. Todos ellos tuvieron un rasgo común : la tolerancia, la facultad de adaptación al medio momentáneo y pasajero. El Estado argentino no se hizo por el hierro y el fuego, como el Prusiano, o el de la Francia de Richelieu. Nació de una serie de acuerdos, de recíprocas concesiones, inspiradas en el santo deseo de organizar de una vez la patria. Por eso, imitando a las canciones de Gesta, podemos decir que la Argentina es suave y amorosa con sus hijos, construída sobre bases de armonía, tolerancia y bondad, que son las más consistentes.

Esos hombres habían visto u oído muy de cerca cosas horribles, resultados de la política intransigente. Los más jóvenes, como Quirno Costa, oirían contar en sus hogares los crímenes, los fusilamientos, las batallas, la ruína y la miseria general como efecto lógico de la ininteligencia de los hombres. Y lo más triste es que el historiador, al contemplar esas

luchas que parecían épicas, siente la impresión de algo infantil, inmotivado, una parodia trágica, porque se baña en sangre, pero no porque respondiera a sentimientos heroicos. ¿ Por qué muere Moreno en viaje de destierro y Saavedra se refugia en Chile? ¿ Por qué Lavalle fusila a Dorrego? Los dramas se suceden sobre bases tan estrechas y mezquinas que pierden toda su belleza y nos dejan un desgano incurable. Medita — dice el delicioso Marco Aurelio, — que los hombres nacieron los unos para los otros; que tolerarse es una parte de la justicia; que las faltas son involuntarias; que todos los que antes se odiaron y pelearon fueron tocados por la muerte y reducidos a cenizas.

Fué un colaborador muy importante en la paz interior y exterior; uno de los políticos que evitaron guerras absurdas a la república: y por eso tiene el agradecimiento de sus conciudadanos y las bendiciones que Dios da a los que trabajan por la concordia, por el

triunfo de la justicia, de la bondad y de la armonía entre los hombres.

Así se explica que la Facultad de derecho lo llamara a su seno. Representaba muchas cosas que los académicos aprecian : la justicia, que es equidad y tolerancia : el derecho, que no es más que la solución provisoria que permite vivir en paz a los intereses opuestos.

Ante esas tumbas que se abren se hace instintivamente un balance, y uno se pregunta, con el gran místico inglés : ¿qué significa esa vida que se va para siempre? Todos los que mueren, aún los más humildes tuvieron algún papel social, simbolizaron alguna partícula de este universo enigmático, por el que pasamos en forma rápida y fugitiva. Por eso el cadáver nos impresiona, como si fuera a revelar el secreto trágico de los destinos de ultratumba, secreto que seguramente posee la muerte.

A veces, junto a un féretro querido, en el silencio de esas noches tan tristes, la sensa-

ción mística intensa nos invade. Por un tiempo que parece inmóvil, estamos en la región del infinito, abocados a esos problemas soberbios. Oímos el murmullo universal, el coro gigantesco de todos los muertos, voces heladas que se desvanecen en una suprema angustia... ¡Felices aquellos — murmuran los misteriosos coros — de quienes se puede decir que fueron fuerza de bondad, de dulzura, que contribuyeron a suavizar las pasiones de los hombres! Porque ellos, nos dice el emperador filósofo, vivirán con los dioses.

Dejo así cumplido el honroso encargo de la Facultad de derecho. ¡Que el alma de Norberto Quirno Costa repose siempre en la paz divina!

José Antonio Terry

En nombre de la Facultad de derecho vengo a rendir este último homenaje a José Antonio Terry.

Podemos repetir ante su féretro con absoluta tranquilidad la pregunta de Carlyle: «¿Cuál fué el sentido y el carácter de su presencia en la tierra?», ahora que se ha ido para siempre y que la muerte concluye su vida en forma irrevocable.

El doctor Terry fué ante todo un universitario y en su cátedra deja el surco profundo y duradero. La vida política se compone de accidentes más o menos efímeros y pasajeros, que en resumen serán importantes en

cuanto realicen la Idea, que se cultiva en las universidades.

Cuando el doctor Terry ocupó la cátedra el tema del curso era el estudio de las finanzas europeas. El nuevo profesor rompió con la tradición y adoptó como programa el estudio crítico del presupuesto argentino. Con rara franqueza y energía expuso sus defectos y vicios. El prestigio de su persona vinculó en ciertos momentos a la cátedra con la política, y es sabido el éxito de sus conferencias sobre la Unificación.

Así, sus compañeros en esas nobles tareas le teníamos particular aprecio. Con sus lecciones y su prestigio de hombre público, nos ayudaba en la magna tarea, de lenta y difícil realización, de que la universidad se compenetre con el alma argentina.

La Muerte, señores, obliga a un examen de conciencia. El maestro, el amigo, el sér querido que parte, nos pone por unos instantes en contacto con la misteriosa eternidad.

En ciertos momentos tenemos la ilusión de la voz y del gesto. Las palabras afectuosas se oyen como un murmullo vago y doloroso. Esas rápidas visiones del terrible misterio nos impregnan de lo sublime. La desesperación se aplaca, las lágrimas se secan, la tristeza se cambia en algo consolador y reconfortante. Las almas de los que fueron vuelven purificadas, suaves y continúan siendo el consuelo y la inagotable fuente de paz interior.

Alberto Tedín Uriburu

En nombre de la Facultad de derecho y ciencias sociales vengo a rendir un último homenaje a la memoria del doctor Alberto Tedín Uriburu.

La Muerte reclama siempre un examen de conciencia prolijo y sincero. De este trágico quinto acto, dice uno de esos hombres que ven más allá de los sepulcros, sale algo nuevo que se extiende sobre toda la fisonomía y la vida. Con un arte prodigioso, señores, opera una transformación, suprime los detalles y accidentes y deja una síntesis, las dos o tres cualidades directrices de la vida y de su destino. Análogo proceso ocurre con la

persona física : si yo cierro los ojos para recordar a mi buen amigo, sólo veo un gesto animado y de risueña bondad, un rasgo de viril franqueza, un apretón de manos que me da la impresión material, por decirlo así, el contacto rudo de las cosas honradas... uno de esos hombres de quienes decía el rey don Alfonso el sabio, en su idioma tan gráfico y expresivo : *los omes honrrados fazen al reyno noble e apuesto.* Y el tenía el gesto y tenía el alma noble y apuesta.

Nada tiene de extraño que fuera así, y que los jóvenes de su generación pensaran que encarnaba la justicia y la bondad, las virtudes sanas y prudentes de los viejos filósofos estoicos. Si remontaba la línea de sus ascendientes, allá en el primer cuarto de siglo XIX, encontraba la heroica figura de Güemes, y cerca de su sepulcro está la estatua de su señor padre el juez Tedín.

Pensad, señores, lo que significa para la educación de un carácter tener en la intimi-

dad, en el trajín familiar y cuotidiano de la vida, esta clase de recuerdos. Se vive en un ambiente de historia y de epopeya. En sus ratos de ensueño se dibujarían en su imaginación la silueta admirable, los combates homéricos de la guerra gaucha, acompañados de este murmullo interior : esa fuente inagotable de energía, de virtud y de sacrificio tiene sangre de tu sangre ! Y el monólogo mental continuaría. Por una experiencia inmediata, casi personal, sabe que la virtud suele elevar a los hombres hasta que rocen los límites de la gloria. Cuando actúan estos estímulos las almas se abren como al llegar de las primeras brisas de la primavera, y corren esas cosas buenas y sabrosas que dan valor a la vida.

Por eso la Facultad lo llamó a la cátedra. Preparamos a las nuevas generaciones para que realicen una mayor justicia, una mayor verdad, para que formen una patria futura estimable por su belleza moral. Esta noble

tarea requiere inteligencia y estudio, sobre la base de las virtudes del carácter. Por sí sola la Idea es una cosa fría y pálida; su vida y su fuerza dependen del temperamento que la lleva. Los conceptos de Platón viven después de tantos siglos por la poesía soberbia de que los impregnó el delicioso filósofo.

Dejo así cumplida la voluntad del consejo de la Facultad de derecho.

Vosotros, señores, que rodeáis este féretro, vinculados a Tedín por el parentesco o la amistad íntima, perdonadme esta expansión personal. Para los que como yo creen en Dios, en la vida de ultratumba y en el alma, el dolor, la enfermedad y la muerte son los sacrificios purificadores necesarios para que pasemos de una vida inferior a una vida superior. Las opiniones contrarias no tienen una mayor evidencia, y son vulgares y groseras, y deprimen la vida rebajando los valores morales. Los hombres necesitamos llevar dentro del pecho algún germen trascenden-

tal que nos sostenga, y que en los momentos trágicos nos obligue a cumplir simplemente nuestro deber.

Recordaré, señores para terminar, la observación de un místico. Vosotros sabéis que esos hombres superiores conocen el mundo misterioso de ultratumba, lo mismo que nosotros conocemos la efímera realidad en que vivimos. Refiriéndose al fin de un hombre justo y bueno, dice el cronista con un aire de sorpresa y de asombro, como si viera : no ha muerto... duerme en la paz del Señor.

Que el Señor mantenga en su paz el alma de Alberto Tedín Uriburu.

En honor de los nuevos generales

Nuestro amigo el doctor Orma ha tenido la ocurrencia de pensar en mí para ofrecer esta fiesta de los oficiales generales de la nueva generación. Así no será la culpa mía si no se oye una marcha heroica, si los laureles no aparecen entre humaredas fantásticas, si las sombras de los héroes no descienden a este recinto, si no viene ese entusiasmo fresco y sano, como brisa del Atlántico, de los clarines en marcha, en un día de sol; de las banderas que salen entre músicas y colores, desafiando el porvenir, como si buscaran donde clavarse :

Mío Cid Ruy Díaz por Burgos entraba
En su compañía cuarenta pendones llevaba
Burgueses y burguesas por la fenestras son...

canta la canción guerrera de nuestros antepasados.

Algo emocionado, señores, por este paso difícil, busqué en los viejos libros el alma de los primeros ejércitos. En esas épocas remotas sólo escribían los togados ; pero a menudo se adivina el modelado de la espada en un pliegue de la toga, o se ve una empuñadura de plata cincelada que asoma relampagueando. Mis autores hablan de estos asuntos de la milicia en un idioma gráfico e intenso, que rivaliza con la música y la pintura. Además, son grandes tácticos, porque conocen a fondo el alma humana. En el ataque de frente, en el minuto sublime en que el Destino sentencia, aconsejan que nombren a sus damas, para que le crezcan más los corazones.

Así, gracias a mi audacia de aceptar, he

pasado algunas horas felices, comprendiendo cosas muy entretenidas y muy bien dichas. He aprendido que el ejército es un símbolo muy vasto y complejo, « cosa fuerte y cruda, así como de ferir y de matar », pero impregnada de misticismo, con ese matiz solemne que imprime la Muerte a sus devotos : « débenles venir en mente como Dios es poderoso en todas cosas, ca en su mano es la vida y la muerte ».

Al mismo tiempo que es místico es fatalista : « te escribo la víspera de una batalla — dice Enrique IV a Gabriela. Su resultado está en manos de Dios, que ya ha ordenado lo que debe suceder... Si la pierdo, no me verás más porque no soy hombre que huya... puedo asegurarte que si muero, mi penúltimo pensamiento será para tí, y el último para Dios ». Como lo veis, aprendía a cada momento cosas muy bellas y amables ; el alma humana se presentaba en sus mejores fases, iluminada por la fe en Dios y en el

amor, cargada de abnegación, sacrificio y heroísmo; y con ese contraste de elegancia y fineza en medio de la tragedia y de la Muerte.

Mis buenos togados disertan sobre todo con espíritu sutil y discreto. Aconsejan los trajes pintorescos, de paños bermejos, amarillos, verdes y cárdenos, para que tengan alegría; el pardo y otros colores obscuros son tristes y sombríos, y con el blanco, que significa el voto de idealismo y de pureza, se dejan para los religiosos. Para formar las almas, en las veladas de cuartel, los ancianos cuentan sus proezas, o el trovador pasajero canta las estrofas del Mío Cid, habla de Alvar Fanes, de Gimena, de Doña Sol, de Elvira, de las esforzadas hazañas, de los amores y de los odios de esas épocas bravías.

> Ya Doña Gimena la mi mujer tan cumplida
> Como a la mi alma yo tanto vos quería.

Ahora, siguiendo el análisis, vamos a ascender a regiones más elevadas y austeras,

donde está esa noción soberbia del Deber, que todavía constituye la pura esencia de los ejércitos : «que no recelen de morir por Dios y por la tierra, que se guarden de mentir en sus palabras, que sean leales y firmes». El estilo comienza a acerarse, la frase hecha a martillo suena como marcha de guerra, con una sobria y elegante precisión, como para ser grabada sobre piedra : «los hombres honrrados facen el reino noble y apuesto», dice a sus generales el sabio Don Alfonso. Todas estas cosas bellas fueron contemporáneas de las catedrales góticas, de las finas columnas, de las ojivas, de los primitivos, de los deliciosos romanceros. Y el ejército, milicia, como decían los antiguos, con sus uniformes, sus galones, sus estandartes, simboliza las mejores flores de la cultura humana.

En los tiempos difíciles, que pueden venir, conviene que nuestros ejércitos estén familiarizados con estos conceptos ; y formu-

lemos votos muy sinceros para que nuestros amigos conserven en sus almas las cuatro virtudes, bondades decía Don Alfonso, que fueron la esencia de la caballería : la Cordura, la Fortaleza, la Mesura y la Justicia, para mayor bien y felicidad de la Patria, que necesita la Paz para desarrollarse y realizar su destino.

A Manuel Láinez

En nombre de la Asociación Nacional del Profesorado, le entrego esta medalla de oro. Tiene grabado un atleta en medio de las nubes, que con un gesto audaz aparta las sombras y despeja el camino. Su amigo Magnasco nos dió la leyenda, que expresa con exactitud nuestros sentimientos: «mereció bien de la república».

Los argentinos hablamos de instrucción pública desde el siglo XVIII. Así, hay alguna injusticia en atribuir todos los méritos a Sarmiento, y dejar de lado a los precursores, como Urquiza, que fundó el colegio del Uruguay, y a los que echaron las bases de todo ré-

gimen de estudios secundarios : Mitre, y su ministro Eduardo Costa. Zorrilla, organizó la instrucción primaria, y lo mejor de ese complicado mecanismo, es obra suya. Desde esas épocas hasta la actual, cuatro hombres comprendieron bien nuestras necesidades : Fernández, con un instituto del profesorado secundario ; Bermejo, con la Facultad de filosofía y letras ; González, con la Universidad de La Plata, y usted, con la ley que lleva su nombre y el proyecto sancionado por el senado que asegura a los maestros esta cosa sencilla y tan necesaria : la justicia. Por esa ley quedará usted vinculado a nuestros anales en una forma envidiable.

Aparte el honor, siento un verdadero placer en decirle estas palabras, y agradezco a los profesores y maestros que me hayan proporcionado la oportunidad de expresar en público mi estimación y afecto. Usted reune cualidades raras ; la generosidad moral, entre otras, que al proporcionarnos muchas

ocasiones de ser felices con los triunfos de nuestros amigos, nos permite seguir con espíritu tranquilo los de nuestros enemigos. Así la vida es agradable, y se llega al medio del camino con el alma fresca y sana.

Esta medalla le conservará el recuerdo de un bello momento de su vida. Tal vez en alguna ocasión la comente con sus nietos, para entretenerlos, y satisfacer curiosidades inquietas y encantadoras. Ese atleta, dirá usted, es un símbolo de los obreros del Ideal; por esa cosa azulada se debe trabajar en todas las situaciones, desde la presidencia de la república hasta la más modesta del buen padre de familia; trabajar por el Ideal es levantar el nivel de la vida, es hacerla más desinteresada, más armoniosa e inteligente; es ennoblecer a los hombres.

Convengo en que esta visión de nuestro mundo moral es algo romántica en estos tiempos de vida intensa, según la fórmula tomada de Alemania por los norteamerica-

nos. Los argentinos parecen deseosos de la vida intensa. Sienten la necesidad de mover músculos vigorosos. Vuelan a cuatro mil metros de altura y cruzan por los aires el río de la Plata. Las nuevas razas son enérgicas, les gusta el gesto heroico, y como Tartarín, buscan la proeza. Usted encarnó siempre el espíritu de lucha y de acción, el americanismo, y si fuera posible, suprimiría en su reloj las horas de reposo. Es un error porque son las más deliciosas, las que nos permiten saborear la vida.

Así desaparece, felizmente para siempre, la calma ancestral, la apacible siesta española, dejándonos como recuerdo de varios siglos a Santos Vega, a Martín Fierro y alguna iglesia vieja que nos apresuramos a modernizar. Tenemos el respeto del hecho, el culto de la fuerza, el profundo y violento deseo de vivir. Es la filosofía más adecuada al momento histórico, que requiere mucho músculo y mucho empuje. Usted la maneja con

ironía, con su fineza de espíritu; pero un dejo del clásico platonismo es inofensivo y contribuye a la dulzura de la vida. Para conservarlo, todos los padres, y especialmente los abuelos, animan una vez cada año el cielo de los niños. A medianoche se ven a graves e importantes personajes ir con paso silencioso a poner las hadas y los muñecos en los zapatos blancos. Millares de madres se inclinan sobre las cunas queridas, y entonces corre por todo el universo, la brisa de saludable idealismo, cargada de ternura. Y se oye la canción milenaria, que canta la humanidad en la cabecera de todos los niños desde la noche trágica del Gólgota.

Usted terminará el comentario de la medalla con algunos cuentos de esos pájaros azules que alegran la vida de los niños, de los filósofos y de los poetas.

Los orígenes argentinos

por Roberto Levillier

... Todos los críticos de Europa y América le han dedicado merecidos elogios. Así mi tarea es la más ingrata, la de señalar los defectos de su obra.

El título de orígenes no condice con lo contenido del libro; más bien ha escrito usted una filosofía del pueblo argentino, con todas las ventajas y los inconvenientes de las síntesis prematuras. Sea dicho en discreta reserva, sabemos muy poco del viejo pueblo de esta ciudad, y mucho menos del que vivía esparcido en todo el territorio de la actual República. Recién conocemos algunos datos

sobre el régimen industrial de Buenos Aires, el trabajo agrícola y ganadero. Del trabajo esclavo, su forma y sus efectos, tenemos algunas vagas nociones basadas en notas algo abstractas del *Semanario* y *La Gaceta*. Los datos sobre el comercio son tan insuficientes que nada se puede afirmar en concreto sobre la economía de esa época. Algunos dicen que éramos muy pobres, otros creen lo contrario; en las cifras estadísticas se confunden los pesos con los reales y los reales con los pesos. No es una situación cómoda para filosofar.

El estudio positivo y metódico de la familia porteña está por iniciarse. Apenas se ha despejado el terreno precisando los caracteres de la familia aristocrática, familia-taller que satisface sus necesidades con el trabajo de sus miembros, siervos y agregados. Se ha comprobado que no corresponde con el esquema de las Leyes de partida, que es un grupo heterogéneo de una sólida organiza-

ción. Pero nos falta todo el detalle, el proceso de la vida del hogar en sus fases económica y social, que no se caracterizó tanto por lo que queda en los recuerdos tradicionales, sino por otras cosas más profundas referentes a la mentalidad, al juego de los sentimientos e ideas.

De las instituciones sólo conocemos la teoría escrita en las leyes, pero ignoramos su vida real y positiva. Algunos datos dispersos demuestran que debe desconfiarse de las teorías jurídicas y que la realidad era distinta, más pintoresca y variada.

En la época colonial no existe un pueblo argentino; la patria es la ciudad y el rey. Cada región tiene sus peculiaridades sociales y políticas tan originales que impiden toda generalización. Este inconveniente de hecho nos priva, por ahora, del placer de filosofar.

Así, tiene que pasar algún tiempo y ejecutarse muchos trabajos preparatorios para que

estemos en situación de construír los sistemas históricos. La tarea de nuestra generación es más modesta, de laboratorio, de microscopio aplicado a la historia. Pero no por ser minuciosa y limitada deja de tener mucho interés, y a veces proporciona emociones muy intensas y felices, cuando se siente palpitar la vida entre la polilla y la humedad de los viejos papeles. Tal vez sea más agradable remontar el vuelo, pasearse en el cielo de las ideas que como las nubes no ofrecen resistencia, trazar las grandes líneas del movimiento de un pueblo sobre una superficie que anota con igual facilidad todos los dibujos y se adapta a todos los moldes. De vez en cuando me entran esas tentaciones irresistibles, y tranquilamente meto toda la historia en el marco de dos o tres ideas, y como juego intelectual es entretenido, un ejercicio de poeta. ¿No será ese el destino de todas las filosofías? Distraernos de toda esta efímera realidad tan vana que pasa.

Sobre la lógica jurídica

En algún artículo anterior nos referimos a la conveniencia de estudiar prácticamente los hechos antes de legislarlos; y al atribuír a defectos de método muchos de nuestros errores jurídicos, comprobábamos una evidencia. Habría otra causa que mencionar; el amor de las teorías, el afán de la perfección lógica, el prurito de hacer construcciones; como los discípulos del famoso pandectista Windscheid de Berlín; que son una obra de arte.

Entre una cierta escuela de jurisconsultos y los antiguos orfebres, que trabajaban a mano, hay ciertas analogías, nada más que aparentes, y que a primera vista serían simples

paradojas. Y, sin embargo, es así; en esta y aún en otras ramas de nuestro mundo, espíritus idénticos en el fondo se manifiestan en formas muy diversas, como para despistar, según decía un sabio alemán, en un catálogo de adivinanzas. El amor de una copa, o la Venus que se recuesta en una pulsera, o las hojas y flores que adornan la taza, y una teoría del pacto comisorio, o del pago por error y sus efectos, han sido pulidos con el mismo entusiasmo y deseo de perfección. El orfebre busca la forma impecable, bien concluída en todas sus líneas; el jurisconsulto la lógica, el razonamiento férreo, que planta sus jalones y como barra de acero entra en la vida haciendo estragos, pero no cede, ni se dobla, según dice Martín Fierro en algunos de sus aforismos clásicos.

Por ese amor de la lógica se organizó la sociedad conyugal de una manera análoga a las sociedades de interés pecuniario; y se liquida en una forma rápida y radical que usan

los comerciantes resentidos por la marcha de sus negocios. Se olvidó en absoluto la fase moral de la institución ; el interés más superior y noble de la disciplina y de la solidaridad de la familia. Nuestra ley tiende en su fondo, algo inconsciente, a un individualismo casi anárquico, y destruye todo lo que mantiene unidos a los grupos.

Por amor a la lógica se declaran reivindicables los inmuebles dados en pago por error, contra terceros ajenos a esos trastornos ; y se anulan las ventas hechas por el cónyuge supérstite, amparándose el fraude y la mala fe, por respeto al silogismo.

Una construcción jurídica es algo curioso : está basada en una frase que se llama *principio ;* sobre ese nombre se alza todo el desarrollo silogístico, deducido en forma impecable. Y así resultan obras de apariencias muy sólidas, en realidad muy frágiles, porque se apoyan en simples palabras.

El lector prudente pensará tal vez que es-

tamos en plena paradoja, en el terreno amable y entretenido de la fantasía. Dios nos libre de caer por cualquier azar de la vida o de los negocios, en medio de esos hilos lógicos, que son más terribles que la tela de la araña que paraliza a sus víctimas. Y lo peor es que tantos sacrificios e injusticias se realizan en aras de una entidad metafísica, absolutamente vana, y que se llama la verdad teórica jurídica.

Nuestra manera de ver es más simple, menos pedantesca, más modesta. Partimos de esta base, que es bueno conocer la vida social antes de reglamentarla ; y que el reglamento debe amoldarse al curso de la vida. Esa vida es algo misteriosa, y lo poco que al respecto sabemos nos confirma en que está llena de contradicciones, que se desenvuelven entre antinomias capaces de desesperar al mismo Kant.

El buen sentido de las gentes observadoras sospechaba estas novedades, y la filosofía

y moral prácticas revelan el desconcierto que produce en los hombres este andar caprichoso de la vida. En general la colocaban entre los misterios, es decir, fuera de los límites de la razón. Y no está de más observar que para los que no tenemos los prejuicios antirreligiosos, hay muchas otras cosas en este Universo que están fuera de los límites de la razón.

Esta manera de pensar es sana porque es modesta, y nos hace tolerantes. La fe en el silogismo y en la verdad ideal ha producido terribles trastornos. Empezando por la Inquisición y todas las guerras de la Reforma, que fueron la simple consecuencia de la petulancia de los hombres, que se creían dueños de la verdad, hasta la Revolución francesa que es el desarrollo real de un silogismo teórico.

Toda idea radical jurídica es peligrosa. A primera vista esta afirmación parece paradojal, cualidad que no deja de ser interesan-

te, a pesar de su abundancia. Cuanto más perfecta es una teoría, más probabilidades tiene de ser dañina, porque lo perfecto es lo inadecuado.

Un filósofo alemán muy profundo y difícil, decía que todo lo real es racional y lo racional real. Este hombre que tuvo entre otros méritos el de haber definido la Ironía, no fué comprendido en su tiempo. Pero despues la Historia le ha dado razón, y se ha visto que las ideas forman parte de los hechos y se realizan en ellos. Y que todo sistema que se aparte de esa base positiva es pura fantasía.

Así, fueron fantasías muchas de nuestras leyes fundamentales, porque se olvidó esa noción simple y fácil de lo ideal que sale de lo real, y no de la inteligencia de los políticos y jurisconsultos. Vivimos en medio de la ilusión de que los hombres dirigen, y por eso hablamos de dirigentes muy a menudo. Este mundo se dirige solo, por suerte; espe-

cialmente en lo que se refiere a la esfera social y política.

Todas estas maneras de ver fueron presentidas por muchos hombres distinguidos y prácticos. Es una grave audacia, decía Montaigne, despreciar lo que no comprendemos. Para la mayoría las formas clásicas de pensar son las únicas, y no admiten que los principios de la contradicción, identidad y causa puedan alterarse. Toda esa inteligencia de las cosas que vienen de la sensibilidad, les escapa, y como no la entienden incurren en la audacia de Montaigne, y la desprecian. Sin fijarse en que la parte más curiosa y útil de lo creado, que es la vida, no es asequible al razonamiento puro, y reclama esa fusión del sujeto y el objeto, esa identidad perfecta que nos permite ponernos al unísono con el fenómeno estudiado.

Goethe decía que la inquietud de los hombres proviene de que no saben armonizar sus ideas con las cosas. Y podría extenderse

el concepto a la política : la inquietud social, el malestar colectivo nace de esos antagonismos entre los hechos y las instituciones, que son como las ideas sociales.

Así, nuestros estadistas deberían preparar la solución de estos antagonismos dolorosos por medio de una serie de leyes basadas en un conocimiento exacto de los hechos.

Todas estas cuestiones tan interesantes tienen antecedendes muy curiosos en nuestra historia. Moreno perteneció a la escuela clásica, al método teórico de legislar ; era un discípulo de Rousseau, y al mismo tiempo un sectario religioso. Los dos fanatismos se alían fácilmente, porque responden al mismo temperamento. Así, entre Torquemada y Robespierre sólo se notan diferencias de traje. Ambos creyeron en la verdad y en la felicidad de los hombres, y quemaron o guillotinaron a muchos desgraciados, para la mejor salud moral y política de los otros.

Los saavedristas fueron más flexibles ; por

instinto dejaron las teorías y los silogismos a sus adversarios, y se afirmaban sobre los hechos. Y estas antítesis mentales aclaran mucho nuestra historia.

Así, resulta que las ideas no son esas cosas azules, plácidas, serenas, que alumbran como las estrellas. Suelen desencadenar temporales. Por eso es saludable un cierto dejo de escepticismo que nos permite conservar la paz interior.

Sobre ley electoral

Un rápido examen de la geografía política nos da este primer dato muy interesante : todos los países de Europa practican algún régimen electoral con una aproximada sinceridad. En algunas naciones como Bélgica, Inglaterra y Suiza, la práctica y la teoría son perfectas, relativamente a sus respectivas idiosincrasias.

En la misma Rusia las Dumas son elegidas por el pueblo, y se ha dado el caso de que fuera necesario disolverlas porque contrariaban los própositos del gobierno que había presidido la elección! Existen dos excepciones : España y Portugal.

Toda la América española se encuentra en las mismas condiciones que España y Portugal, es decir, con leyes cívicas que no se cumplen. No se podría citar una comuna de habla española en la que se haya practicado un régimen electoral con lealtad durante diez años.

¿Cuál es la causa de este curioso fenómeno? No puede atribuírse a las condiciones del medio físico porque en todas las latitudes, y las naturalezas y climas más diversos se observa el mismo hecho. Tampoco puede atribuírse a una mayor o menor intelectualidad. El único factor que no varía y al que provisionalmente consideraremos como causa, es la raza.

¿Se trata de un vicio órganico fatal y necesario, o de simples accidentes corregibles? La primera hipótesis no sería tan absurda; una buena parte de la humanidad se manifiesta reacia a estos sistemas representativos. Un repaso de la historia de España nos en-

seña que antes de Carlos V hubo un régimen municipal y de Cortes, muy eficaz y activo. Por otra parte, el proceso de nuestro régimen electoral es alentador. En su primera etapa, desde el año 62 hasta el 80 se suprimía la libertad de votar por la violencia ejercitada por los partidos o por los gobiernos. Un progreso de la conciencia pública, trajo la substitución de la violencia por el fraude, que también suprime la libertad del elector, pero respeta su persona física ; del fraude por la corrupción, que respeta la libertad y la voluntad. Y a medida que se afine el sentido moral colectivo desaparecerá gradualmente el mercado de votos. Nada contribuye tanto al mejoramiento del sentido moral como la severidad de las penas aplicadas con todo rigor. En Inglaterra, la horca colocó al caballeresco duelo en la categoria de las cosas sociales y legalmente inmorales. Entre nosotros la severidad de la pena de la falsificación de moneda ha sido altamente beneficio-

sa. Así, una rígida legislación electoral aplicada con un criterio implacable contribuiría a incrustar bien en el alma popular que la mentira política es despreciable y condenable, digna del presidio y de la infamia porque deprime y envilece a los hombres.

Así, la causa está en la raza pero no es un vicio orgánico. ¿Cuál será el elemento viciado y perturbador? Como no tendríamos tiempo para hacer la investigación en clase, consultemos a Stuart Mill. Se requieren las siguientes condiciones para que funcione bien el gobierno representativo: 1° la educación de los ciudadanos de manera que sepan disciplinarse a sí mismo; 2° un sentimiento de obediencia y respecto al poder público; 3° un elemento de cohesión entre los miembros de un mismo estado.

Carlos V y sus sucesores Austrias y Borbones, sabían por intuición estas cosas y con las dos cuchillas secular y religiosa destruyeron del carácter de su pueblo, el primer y

tercer elemento. Rompieron todos los vínculos entre los consejos, aislaron a los individuos poniéndolos en contacto directo y autónomo con los representantes de la autoridad. La Inquisición, el destierro de moros y judíos, habituaría a los hombres a disimular, familiarizándolos con la hipocrecía y la mentira, corrompiendo esos levantados resortes interiores que requiere la vida pública. Ahi está la deficiencia de la raza.

Dados estos antecedentes, a nuestro país le conviene una ley electoral muy simple. La representación de los varios matices de la política militante, el voto acumulativo calificativo... son refinamientos jurídicos que suponen un estado de cultura muy avanzado y grandes progresos del derecho en la conciencia nacional. El ejemplo de Buenos Aires es de una evidencia absoluta. En ese feliz régimen todos los grupos tendrían sus legisladores, de una manera precisa y automática, con intervención de las ciencias exac-

tas... olvidaron el cálculo de las probabilidades y esa fué la lástima. Por otra parte, la historia de esas minorías argentinas, cuyos destinos preocupan tanto, inspiran más bien envidia. Nos gobiernan desde 1810, excepción hecha del período de Rosas.

Un buen régimen político democrático debe garantir a todo ciudadano la posibilidad de llegar a las posiciones dirigentes por el solo peso de sus méritos y de su acción personal.

Hay que abrir bien las puertas a todas las ambiciones siempre que actúen dentro de la ley y de la verdad. En general cuando la lucha es franca y leal el triunfo pertenece a los mejores y justifica a los ambiciosos; ésta es la base de toda democracia. Por eso es preferible el «distrito» que independiza a los hombres de las tiranías y caprichos de los jefes de los gobiernos, o de los jefes de los partidos.

No se debe olvidar la función educativa

de la pena que permite atacar el mal en sus raíces. La indulgencia con la mentira es tan funesta en la vida pública como en la vida privada. Solo el estigma de la infamia penal convencerá a nuestro pueblo de que no hay diferencias en los fraudes : políticos o privados se basan en la misma abyecta cosa, en la mentira.






UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 08 04 11 018 3